La Mano de Oberon

Serie Ámbar IV

Roger Zelazny



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Jay Haldeman, por camaradería y alcachofas

I

Un brillante destello intuitivo, equiparable a ese peculiar sol...

Allí estaba... Expuesto en esa luz, algo que hasta entonces sólo había visto iluminado a medias en la oscuridad: el Patrón, el gran Patrón de Ámbar, proyectado sobre una plataforma oval debajo/arriba de un extraño cielo-mar.

... Y tuve la certeza, tal vez porque algo en mi interior me une a él, que éste habría de ser el verdadero. Esto significaba que el Patrón en Ámbar era su primera sombra. Lo que significaba...

...Que la misma Ámbar no era sino una sombra, aunque especial, ya que el Patrón no puede ser transportado a otros lugares que no sean el reino de Ámbar, Rabma y Tir-na Nog'th. Esto me indicó que el sitio en el que estábamos era, por la ley de la prioridad y la configuración, la verdadera Ámbar.

Me volví hacia un sonriente Ganelón, cuya barba y revuelto pelo parecían fundirse bajo la despiadada luz.

-¿Cómo lo supiste? -le pregunté.

-Sabes que soy un buen adivino, Corwin -replicó-, y recuerdo todo lo que me dijiste sobre cómo funcionan las cosas en Ámbar: cómo su sombra y aquellas que creáis vosotros son lanzadas a través de los mundos. A menudo me pregunté, pensando en el camino negro, si algo pudo proyectar una sombra así en la misma Ámbar. Y me imaginé que tendría que ser extremadamente primario, poderoso y secreto. -Con un gesto abarcó la escena ante nosotros-. Como eso.

-Continúa -le pedí.

Su expresión cambió, y se encogió de hombros.

-Así que tenía que haber un estrato de realidad más profundo que vuestra Ámbar -explicó-, un lugar donde se realizara el trabajo sucio. El unicornio nos condujo hasta aquí, y esa mancha en el Patrón tiene el aspecto de ser el trabajo sucio. Tú estuviste de acuerdo conmigo.

Asentí.

-Fue tu perspicacia más que la conclusión en sí misma lo que me sorprendió -dije.

-Me resultaba increíble -admitió Random a mi derecha-, pero tus palabras han penetrado en mis intestinos... por decirlo de una manera delicada. Estoy seguro que, de algún modo, eso de ahí abajo es la base de nuestro mundo.

-A veces alguien de fuera ve las cosas mejor que quien forma parte de ellas -ofreció Ganelón.

Random me miró y luego volvió su atención al espectáculo.

-¿Crees que cambiarán aún más -preguntó- si bajamos y echamos un. vistazo?

-Sólo hay una manera de averiguarlo -contesté.

-En fila de a uno, entonces -propuso Random-. Yo iré delante.

-De acuerdo.

Random guió su caballo a derecha e izquierda, por una larga serie de baches en el camino que nos permitió atravesar la mayor parte de la cara del muro. Siguiendo el mismo orden que mantuvimos a lo largo del día, yo iba detrás de él y Ganelón en la retaguardia.

-Parece bastante estable -comentó Random.

-Hasta ahora, si -dije.

-Hay una especie de abertura en las rocas más abajo.

Me incliné hacia adelante. Se veía la entrada de una cueva hacia la derecha, al mismo nivel que la llanura ovalada. Estaba situada en una zona imposible de ver desde nuestra posición anterior más alta.

-Pasaremos muy cerca de ella -observé.

-... Rápida, cauta y silenciosamente -añadió Random, desenvainando su espada.

Yo hice lo mismo con Grayswandir, y en el recodo por el que venia detrás, Ganelón extrajo su arma.

No pasamos por delante de la abertura inmediatamente, sino que giramos hacia la izquierda una vez más antes de llegar hasta la entrada. Nos aproximamos a unos tres o cuatro metros de ella y detecté un olor desagradable que no logré identificar. En aquel momento, los caballos mostraron una prudencia excesiva, o eran pesimistas por naturaleza, ya que agacharon las orejas y ensancharon las fosas nasales, emitiendo ruidos de alarma mientras sacudían la cabeza contra las riendas. Pero se calmaron cuando cogimos la siguiente curva, alejándonos una vez más. No volvieron a encabritarse hasta que finalizamos el descenso y nos aproximamos al dañado Patrón. Entonces se negaron a acercarse.

Random desmontó. Avanzó hasta el borde del díselo, donde se detuvo y observó. Después de un rato, habló sin mirar hacia atrás.

-Por todo lo que sabemos -dijo-, y ya que nos condujeron hasta aquí, el daño fue deliberado.

-Eso parece -corroboré.

-También es obvio que nos han traído por algún motivo.

-Eso diría.

-Por lo tanto, no hace falta mucha imaginación para deducir que la razón por la que estamos aquí es para que determinemos cómo fue dañado el Patrón y cómo repararlo.

-Posiblemente. ¿Cuál es tu diagnóstico?

-Aún no tengo ninguno.

Caminé a lo largo del perímetro del dibujo, hacia la derecha, donde comenzaba el efecto de la mancha. Envainé la espada y me dispuse a desmontar. Ganelón extendió el brazo y me cogió del hombro.

-Puedo hacerlo solo... -comencé.

-Corwin -interrumpió-, parece haber una pequeña irregularidad aproximadamente en el centro del Patrón. No parece pertenecer al...

-¿Dónde?

La señaló, y yo seguí su gesto.

Había un objeto ajeno al Patrón cerca de su centro. ¿Un bastón? ¿Una piedra? ¿Un trozo de papel perdido...? Era imposible decirlo desde esa distancia.

-Lo veo -repuse.

Desmontamos y nos acercamos a Random, quien por ese entonces estaba arrodillado en el extremo derecho del diseño, examinando la decoloración.

-Ganelón descubrió algo cerca del centro -le comenté.

Random asintió.

-Lo he notado -replicó-. Intento determinar cuál es el mejor camino para acercarnos y observarlo. No me entusiasma demasiado la idea de atravesar un Patrón roto. Y por otro lado me preguntaba a qué podría exponerme si atravesaba directamente la zona ennegrecida. ¿Qué te parece?

-Atravesar lo que queda del Patrón llevaría cierto tiempo -dije-, si la resistencia es igual al que hay en casa. Y también nos advirtieron que apartarse de él es la muerte segura... y esta estructura te obligará a hacerlo al llegar a ¡a mancha. Por otro lado, como tú has dicho, podríamos alertar a nuestros enemigos cruzando por la parte negra. Así...

-Así que ninguno de vosotros va a cruzarlo -interrumpió Ganelón-. Yo sí.

Entonces, sin esperar respuesta, dio un salto hacia el sector negro, corrió en dirección al centro, deteniéndose allí el tiempo suficiente para recoger un objeto pequeño, luego dio media vuelta y regresó.

Momentos después, estaba ante nosotros.

-Fue una acción bastante arriesgada -observó Random.

Asintió.

-Pero vosotros dos todavía lo estaríais debatiendo si yo no lo hubiera hecho -alzó la mano, extendiéndola-. ¿Qué creéis que es esto?

Sostenía una daga. Clavada en ella había un rectángulo de cartulina manchada.

Se las quité.

-Parece un Triunfo - comentó Random.

-Si.

Liberé la carta, alisando las partes arrugadas. El hombre que contemplé en ella me resultaba familiar a medias... quiero decir que también me resultaba extraño a medias. Tenía el pelo lacio y claro, con facciones ligeramente angulosas, esbozaba una sonrisa y daba el aspecto de ser de complexión ligera.

Sacudí la cabeza.

-No lo conozco -dije.

-Déjame ver.

Random me quitó la carta, frunciendo el ceño.

-No -afirmó después de un tiempo-. Yo tampoco. Casi me parece como si debiera conocerlo, pero... no.

En ese instante los caballos lanzaron otra vez sus quejas mucho más ruidosamente. Sólo tuvimos que volvernos un poco para descubrir la causa de su incomodidad, ya que emergía en ese momento de la cueva.

-Maldición - exclamó Random.

Estuve de acuerdo con él.

Ganelón se aclaró la garganta y sacó la espada.

-¿Alguien sabe lo que es? - preguntó en voz baja.

Mi primera impresión de la bestia fue que pertenecía a la familia de los reptiles, tanto por sus movimientos como por el hecho de que su larga y gruesa cola parecía más una continuación de su largo y delgado cuerpo que un simple apéndice. Sin embargo, se movía sobre cuatro patas de doble articulación, con garras de aspecto siniestro. Su estrecha cabeza tenía un pico, y se balanceaba de lado a lado a medida que avanzaba, mostrándonos primero un ojo de color azul pálido y luego el otro. Exhibía grandes alas plegadas a los costados, correosas y de color púrpura. No tenía ni pelo ni plumas, pero se veían partes escamadas

a lo largo de su pecho, hombros, espalda, y por toda la superficie de la cola. Desde el pico-bayoneta hasta el extremo de la cola parecía medir poco más de tres metros. Se escuchaba un leve sonido de campanillas mientras se movía, y vislumbré el resplandor de algo brillante colgado de su cuello.

- Lo más parecido que conozco - dijo Random - es una bestia heráldica: el grifo. Solo que esta es calva y de color púrpura.

-Definitivamente no es nuestro pájaro nacional - añadí, desenvainando a Grayswandir y colocando su punta en línea con la cabeza de la criatura.

Con increíble velocidad, la bestia sacó una lengua roja y bífida. Levantó las alas unos pocos centímetros y luego las dejó caer. Cuando su cabeza giraba a la derecha, la cola iba hacia la izquierda, luego izquierda y derecha, derecha e izquierda... produciendo un efecto fluido y casi hipnótico mientras avanzaba.

Pero parecía más preocupada por los caballos que por nosotros, ya que la dirección en la que iba la conducía bastante más allá de donde estábamos nosotros, hasta el lugar donde nuestras monturas se encontraban amarradas, temblando visiblemente. Avancé para interponerme en su camino.

En ese momento se alzó sobre sus dos patas traseras.

Las alas se elevaron, abriéndose, extendiéndose como un par de velas flojas que repentinamente cogen una ráfaga de viento. Se irguió sobre nosotros y dio la impresión de que abarcaba cuatro veces el espacio que ocupaba anteriormente. Entonces lanzó un chillido, un grito espantoso, que podía ser de caza o de desafío, y que dejó mis oídos vibrando. Después, con un movimiento seco, bajó las alas y dio un salto, volando momentáneamente.

Los caballos se desbocaron y huyeron. La bestia se encontraba más allá de nuestro alcance. Sólo en ese momento me di cuenta del significado del resplandor brillante y del sonido de campanillas: el animal estaba sujeto a una cadena larga que se perdía en la cueva. La longitud exacta de la cadena súbitamente cobró una importancia más que académica.

Di media vuelta cuando pasó, siseando, batiendo las alas, y aterrizando más allá de donde nos encontrábamos nosotros. No llegó a tener el suficiente ímpetu como para volar de verdad en esa breve acometida al aire. Vi que Star y Firedrake retrocedían hacia la parte más alejada del óvalo. Iago, el caballo de Random, se dirigía en dirección al Patrón.

La bestia volvió a posarse en el suelo, giró, como para perseguir a Iago, pareció estudiarnos una vez más, y se detuvo, quedando inmóvil. Estaba mucho más cerca ahora -a unos cuatro metros-, y nos observaba con la cabeza ladeada, mostrándonos el ojo derecho; después de un momento, abrió el pico y emitió un suave sonido parecido a un graznido.

-¿Qué os parece si nos lanzamos sobre ella ahora? - sugirió Random.

-No. Espera. Hay algo extraño en su comportamiento.

Mientras yo hablaba había agachado la cabeza y extendido las alas hacia abajo. Tres veces golpeó el suelo con el pico, luego levantó la vista de nuevo. Entonces replegó parcialmente las alas. Movió la cola dos veces, y empezó a balancearse más vigorosamente de un lado a otro. Abrió el pico y repitió esa especie de graznido.

En ese momento nos distrajimos.

Iago había penetrado en el Patrón por el lado de la mancha oscura. Se encontraba unos cinco o seis metros en su interior... cuando atravesaba una línea de poder, fue atrapado cerca de uno de los puntos del Velo como un insecto en un papel cazamoscas. Relinchó estentóreamente cuando las chispas se elevaron a su alrededor, haciendo que su crin se erizara.

Inmediatamente el cielo comenzó a oscurecerse encima de nuestras cabezas; pero no se debía al efecto de ninguna nube de vapor de agua: se trataba de una formación perfectamente circular, roja en el centro y amarilla por los bordes, que giraba en el sentido de las agujas del reloj. Súbitamente, llegó hasta nuestros oídos el ruido de un tañido de campana seguido del mugido de un toro.

Iago continuaba con sus forcejeos, liberando primero la mano derecha, que volvió a enredarse cuando soltó la izquierda, relinchando salvajemente durante todo el rato. Por ese entonces las chispas ya le llegaban hasta los hombros, y se las sacudía del cuerpo y el cuello como gotas de lluvia mientras su cuerpo adquiría un brillo suave y mantecoso.

El mugido aumentó de volumen y pequeños relámpagos aparecieron en el corazón de la cosa roja que flotaba encima nuestro. En ese momento un sonido de cascabeles llamó mi atención; bajé la vista y descubrí que el grifo púrpura se había arrastrado hacia nosotros hasta lograr interponerse entre nuestro camino y el del sonoro fenómeno rojo. Se agazapó como una gárgola y nos dio la espalda, contemplando el espectáculo.

En ese instante Iago logró liberar las dos manos, irguiéndose sobre las patas traseras. Ya había algo insustancial a su alrededor, con todo ese brillo y su perfil confuso debido a las chispas que lo bañaban. Tal vez relinchó entonces, pero todos los sonidos se veían ahogados por el incesante rugido que provenía de arriba.

Un embudo descendió de la ruidosa formación... que ahora brillaba, resplandeciente, aullando, tremendamente rápida. Tocó al encabritado caballo, y durante un segundo su contorno se expandió, enorme, haciéndose cada vez más tenue en proporción directa a este efecto. Y luego desapareció. Por un breve intervalo de tiempo el embudo permaneció inmóvil, como una peonza perfectamente equilibrada. Entonces el sonido fue bajando de volumen.

El tronco se elevó lentamente hasta una altura muy pequeña - como la de un hombre - por encima del Patrón. Permaneció ahí unos segundos y luego ascendió tan rápidamente como había bajado.

El aullido cesó. El rugido empezó a disminuir. Los diminutos relámpagos se desvanecieron dentro del círculo. Un momento después, no era más que un trozo de oscuridad; poco más tarde, ya había desaparecido.

No quedaba ni un trazo de Iago en ningún lugar.

-No me preguntes - observé cuando Random se volvió hacia mí -. Yo tampoco lo sé.

Asintió y dirigió su atención a nuestro acompañante de color púrpura, que en ese momento sacudía su cadena.

-¿Y qué hay de Charlie? - preguntó, sopesando la espada.

-Tuve la clara impresión de que intentaba protegernos - comenté, adelantándome un paso -. Cúbreme. Voy a acercarme.

-¿Estás seguro de que podrás moverte lo suficientemente rápido? - inquirió -. Con la herida...

-No te preocupes - le dije, con más convicción de la necesaria, y continué avanzando.

Tenía razón con respecto a mi costado izquierdo, donde la herida del cuchillo, ahora en proceso de curación, todavía me causaba dolores y frenaba de alguna manera mis movimientos. Pero aún tenía a Grayswandir en la mano derecha, y ésta era una de esas ocasiones en que la confianza en mis instintos se encontraba a gran altura. En el pasado confié en mis intuiciones con buen resultado. Hay veces en que este tipo de apuestas son necesarias.

Random avanzó hacia la derecha. Ofreciendo mi perfil, alargué la mano izquierda, de la misma manera que lo harías cuando te presentas a un perro extraño: lentamente. Nuestro acompañante heráldico se había incorporado, volviéndose.

Nos contempló otra vez, estudiando a Ganelón, que permanecía detrás, a la izquierda. Luego miró mi mano. Agachó la cabeza y volvió a golpear el suelo, graznando muy suavemente - un ruido apagado, burbujeante -; después, alzando la cabeza, lentamente la adelantó. Movió su larga cola y tocó mis dedos con el pico, y repitió de nuevo los movimientos. Con mucho cuidado, puse la mano sobre su cabeza. El movimiento de la cola aumentó; su cabeza permaneció inmóvil. Se la rasqué suavemente a la altura del cuello, y lentamente el animal giró la cabeza,

como si lo disfrutara. Retiré la mano y retrocedí un paso.

-Creo que somos amigos - murmuré -. Ahora inténtalo tú, Random.

-¿Bromeas?

-No. Estoy seguro de que no correrás peligro. Inténtalo.

-¿Qué harás si estás equivocado?

-Disculparme.

-Estupendo.

Avanzó y le ofreció la mano. La bestia siguió mostrándose amigable.

-De acuerdo - dijo medio minuto después, palmeándole aún el cuello -, ¿qué hemos demostrado?

-Que es un perro guardián.

-¿Qué está guardando?

-En principio, el Patrón.

-Entonces - expuso Random mientras retrocedía -, diría que su trabajo deja algo que desear - y señaló la parte oscura -. Lo que es comprensible, si es amigable con cualquiera que no coma avena ni relinche.

-Mi opinión es que es bastante selectivo. También es posible que fuera destinado aquí una vez que se produjo el daño, para proteger al Patrón de cualquier actividad descuidada.

-¿Quién lo envió?

-A mí también me gustaría saberlo. Aparentemente alguien que está de nuestro lado.

-Puedes demostrar mejor tu teoría dejando que Ganelón se le acerque.

Ganelón no se movió.

-Puede que irradiéis un olor familiar - dijo finalmente -, y que sólo reconozca a los que son de Ámbar. Así que declinaré la oferta, gracias.

-Muy bien. No es tan importante. Hasta ahora tus intuiciones han sido acertadas. ¿De qué manera interpretas estos acontecimientos?

-De las dos facciones que perseguían el trono - analizó -, la compuesta por Brand, Piona y Bleys, era la más versada en la naturaleza de las fuerzas existentes alrededor de Ámbar. Brand no te habló de los detalles - a no ser que tú omitieras algunos incidentes que él te narrara -, pero creo que este daño al Patrón representa los medios por los que sus aliados obtuvieron un acceso a vuestro reino. Uno o varios de ellos hicieron esto, abriendo el camino negro. Si este perro guardián responde a un olor familiar o a alguna otra señal identificable que todos vosotros poseéis, entonces puede que estuviera aquí todo el tiempo y no percibiera ningún motivo para actuar contra los atacantes.

-Posiblemente - observó Random -. ¿Tienes alguna idea de cómo lo hicieron?

-Tal vez - replicó -. Dejaré que me lo demostréis, si estáis dispuestos.

-¿Qué hemos de hacer?

-Venid por aquí - dijo, dando media vuelta y encaminándose hacia el borde del Patrón.

Lo seguí. Random hizo lo mismo. El grifo guardián venía a mi lado, con la cabeza baja.

Ganelón se volvió y extendió la mano.

-Corwin, ¿podrías dejarme la daga que descubrí antes?

-Aquí la tienes - acepté, sacándola del cinturón y dándosela.

-Repito: ¿qué hemos de hacer? - inquirió Random.

-La sangre de Ámbar - replicó Ganelón.

-No estoy muy seguro de que me guste esta idea - comentó Random.

-Todo lo que tienes que hacer es pincharte el dedo con la daga - dijo, extendiéndola -, y dejar que caiga una gota sobre el Patrón.

-¿Qué sucederá?

-Hazlo y veremos.

Random me miró.

-¿Qué te parece a ti? - preguntó.

-Hazlo. Averigüemos lo que ocurre... estoy intrigado.

Asintió.

-De acuerdo.

Recibió el cuchillo de Ganelón y se pinchó la yema de su dedo meñique izquierdo. Entonces apretó cerca del pinchazo, colocando la mano encima del Patrón. Apareció una diminuta gota roja, creciendo y temblando, hasta que cayó.

Inmediatamente se elevó una delgada columna de humo del lugar donde había caído, acompañada por un sonido chisporroteante casi inaudible.

-¡Maldición! - exclamó Random, que la observaba fascinado.

Surgió una mancha pequeña, que se extendió gradualmente hasta el tamaño de una moneda de medio dólar.

-Ahí lo tienes - repuso Ganelón -. Así es como lo hicieron.

La mancha era un duplicado idéntico del daño masivo que había a nuestra derecha. El grifo guardián emitió un corto aullido y retrocedió, moviendo la cabeza con rapidez y observándonos atentamente a cada uno.

-Tranquilo, muchacho. Tranquilo - susurré, y extendí la mano para acariciarlo, calmándolo una vez más.

-¿Pero qué es lo que pudo causar una mancha tan enorme...? - empezó Random... y entonces asintió lentamente.

-Así es, ¿qué pudo haber sido? - musitó Ganelón-. No veo ninguna marca que indique dónde fue destruido tu caballo.

-La sangre de Ámbar - prosiguió Random -. Tienes una intuición profunda hoy, ¿no es así?

-Pídele a Corwin que te hable de Lorraine, el lugar donde viví durante tanto tiempo - contestó -, el lugar donde se inició el círculo negro. He permanecido alerta ante los efectos de estos poderes, desde que tuve lejanas noticias de ellos en aquel entonces. Sin embargo estos asuntos se han hecho cada vez más claros para mí gracias al conocimiento que adquirí de vosotros.

-Corwin - dijo Random -, dame el Triunfo perforado.

Lo saqué de mi bolsillo y lo alisé. Las manchas que tenía parecieron más ominosas. Otra cosa me sorprendió: no creía que lo hubiera dibujado Dworkin, aquel sabio, mago, artista, y una vez mentor de los hijos de Oberon. No se me había ocurrido hasta ese momento que cualquier otra persona pudiera crear uno. Así como el estilo de éste me resultaba familiar, no era trabajo suyo. ¿Dónde había visto esta línea deliberada antes, menos espontánea que la del maestro, como si cada movimiento hubiera sido completamente intelectualizado antes de que la pluma tocara el papel? Y había algo más que no encajaba... un toque de idealización diferente al de nuestros Triunfos, como si el artista estuviera trabajando con recuerdos antiguos, un toque aquí, otro allí, realizándolo a través de una descripción en vez de hacerlo con un modelo vivo.

-El Triunfo, Corwin. Por favor - repitió Random.

Hubo algo en la manera en que lo pidió que me hizo dudar. Me dio la impresión que de alguna manera se encontraba un paso por delante de mí en un descubrimiento importante, una sensación que no me gustaba nada.

-He acariciado a esa cosa tan fea por ti, y acabo de sangrar por la causa, Corwin. Ahora, por favor, dámelo.

Se lo alcancé, sintiéndome aún más incómodo cuando lo cogió y frunció el ceño. ¿Por qué súbitamente yo era el estúpido? ¿Acaso una noche en Tir-na Nog'th ralentiza la capacidad de análisis? ¿Por qué...?

Random comenzó a maldecir, una retahíla de blasfemias no superadas por nada que yo hubiera escuchado en mi larga carrera militar.

Cuando acabó, pregunté:

-¿Qué ocurre? No lo entiendo.

-La sangre de Ámbar - contestó finalmente -. Quienquiera que lo hizo, primero tuvo que atravesar el Patrón. Luego permaneció en su centro y se puso en contacto con él a través de este Triunfo. Cuando respondió y se consiguió un contacto firme, lo apuñaló. Su sangre cayó sobre el Patrón, destruyéndolo en el lugar en que cayó, tal como lo hizo la mía aquí.

Quedó en silencio por espacio de varios segundos.

-Apesta a algo ritual - comenté.

-¡Malditos sean los rituales! - exclamó -. ¡Malditos sean todos ellos! El que lo hizo va a morir, Corwin. Voy a matarlo, a él o a ella…

-Todavía no...

-Soy un idiota - continuó -, por no darme cuenta inmediatamente. ¡Mira! ¡Observa bien!

Me lanzó el Triunfo agujereado. Lo observé. Todavía seguía sin entender.

-¡Ahora mírame a mí! - rugió -. ¡Mírame!

Lo hice. Luego miré la carta otra vez.

Me di cuenta de lo que quería decir.

-Nunca fui para él más que un susurro de vida en la oscuridad. Pero usaron a mi hijo para esto - dijo -. Ese tiene que ser un dibujo de Martin.

II

De pie al lado del Patrón roto, contemplando una foto del hombre que podía ser el hijo de Random, que tal vez estuviera muerto debido a una herida de cuchillo recibida en algún punto dentro del Patrón, eché un vistazo mental a los acontecimientos que me habían traído hacía este momento de extrañas revelaciones. Descubrí tantas cosas nuevas recientemente que los eventos de los últimos años representaban casi una historia diferente de cuando yo los viví. Ahora, esta posibilidad nueva y sus implicaciones alteraban la perspectiva una vez más.

Ni siquiera tenía conocimiento de mi nombre cuando me desperté en Greenwood, aquel hospital privado en el estado de Nueva York, donde pasé dos semanas completamente en blanco después de mi accidente. Hacía muy poco tiempo que me enteré de que dicho accidente había sido planeado por mi hermano Bleys, inmediatamente después de mi huida del hospital mental de Porter en Albany. Supe esta historia por mi hermano Brand, que fue el responsable de que me ingresaran en el hospital Porter gracias a una evidencia falsa sobre mi estado mental. En Porter, fui tratado con terapia de electroshock durante varios días, consiguiendo unos resultados ambiguos, pero que presumiblemente me devolvieron unos pocos recuerdos. En principio, esto fue lo que asustó a Bleys y por lo que intentó matarme cuando me escapé, disparándole a un par de las ruedas de mi coche mientras tomaba una curva en una carretera que discurría por encima de un Iago. Esto, indudablemente, me habría producido la muerte si Brand no hubiera estado un paso detrás de Bleys, dispuesto a proteger su seguro de vida: yo. Me dijo que avisó a la policía, que me sacó de las aguas y que me proporcionó los primeros auxilios hasta que llegó la ayuda pedida. Poco después, fue capturado por sus antiguos socios - Bleys y nuestra hermana, Piona -, que lo encerraron en una torre vigilada continuamente en un lugar muy distante en la Sombra.

Había dos grupos haciendo planes e intrigando para conseguir el trono, vigilándose mutuamente, siempre al acecho para contrarrestar la jugada de los otros. Nuestro hermano Eric, respaldado por los hermanos Julián y Caine, estaba preparado para hacerse con el trono, largo tiempo vacío por la inexplicable ausencia de nuestro padre, Oberon. Para el otro grupo, que estaba formado por Bleys, Piona y - en un principio - Brand, esta ausencia no era inexplicable porque ellos eran los responsables. Lo hicieron para abrirle a Bleys el camino del trono. Pero Brand cometió un error táctico cuando intentó obtener la ayuda de Caine, ya que Caine decidió que conseguiría algo mejor apoyando el bando de Eric. Esto hizo que Brand fuera sometido a una estrecha vigilancia, pero sin que pudieran descubrir de inmediato las identidades de sus socios. Aproximadamente por esa misma fecha, Bleys y Piona tomaron la decisión de usar a sus aliados secretos contra Eric. Brand se opuso, ya que temía el poder de esas fuerzas, lo que situó a Bleys y a Piona en su contra. Con todo el mundo detrás suyo, intentó desnivelar completamente el equilibrio de poderes viajando a la Tierra de sombra donde Eric me había abandonado siglos atrás con la intención de que muriera. Fue

sólo después, cuando Eric se enteró de que yo no había muerto y que me encontraba en un estado de total amnesia, lo cual era igual de bueno, que mandó a nuestra hermana Flora para que me vigilara en mi exilio, con la esperanza de que aquello fuera lo último que se supiera de mí. Brand luego me confesó que me ingresó en Porter en una acción desesperada para que me devolvieran la memoria como un movimiento preliminar de mi regreso a Ámbar.

Mientras Fiona y Bleys se ocupaban de Brand, Eric se había puesto en contacto con Flora. Ella se ocupó de mi traslado a Greenwood, sacándome de la clínica donde me había ingresado la policía, dando instrucciones de que me mantuvieran narcotizado mientras Eric preparaba su coronación en Ámbar. Poco después, la existencia idílica de nuestro hermano Random en Texorami fue interrumpida cuando Brand consiguió enviarle un mensaje por vías ajenas a los canales normales de la familia - ej.: los Triunfos -, pidiéndole que lo rescatara. Mientras Random, felizmente ajeno a la lucha de poder, se ocupaba de ello, yo escapé de Greenwood, todavía con la memoria relativamente en blanco. Conseguí la dirección de Flora gracias al aterrado director de Greenwood, y me trasladé hasta su casa en Westchester, donde la engañé con elaboradas mentiras, quedándome allí como su invitado. Random, mientras tanto, no había tenido éxito en su intento de rescatar a Brand. Matando a la cosa parecida a una serpiente que custodiaba la torre, tuvo que huir, utilizando una de las rocas móviles de la región, debido a los guardias que había en su interior. Los guardias, una peligrosa banda de alienígenas, lograron perseguirlo a través de la Sombra, una proeza normalmente imposible para la mayoría de los que no son amberitas. Random huyó a la Tierra de sombra donde yo guiaba a Flora a través de los senderos del engaño, -al mismo tiempo que intentaba localizar la ruta adecuada que iluminara mis propias circunstancias. Atravesando el continente en respuesta a mi promesa de darle protección, Random apareció creyendo que sus perseguidores eran mis criaturas. Cuando lo ayudé a eliminarlos quedó desconcertado, pero no sacó el tema, ya que pensó que yo me encontraba envuelto en una maniobra privada para conseguir el trono. De hecho, lo engañé fácilmente para que me ayudara a regresar a Ámbar a través de la Sombra.

Este movimiento fue beneficioso en algunos aspectos al mismo tiempo que perjudicial en otros. Cuando al fin revelé el verdadero estado de mi situación personal, Random y nuestra hermana Deirdre, a quien habíamos encontrado en el camino, me condujeron a la ciudad-espejo de Ámbar que hay bajo el mar, Rabma. Allí atravesé la imagen del Patrón y, como resultado, recuperé la mayor parte de mis recuerdos... a la vez que ponía fin a la cuestión de si yo era el verdadero Corwin o una de sus sombras. Desde Rabma me trasladé a Ámbar, utilizando el poder del Patrón para efectuar un viaje instantáneo a casa. Después de mantener un inconcluso duelo con Eric, huí por medio de los Triunfos a la fortaleza de mi amado hermano y aspirante asesino, Bleys.

Me uní a Bleys en un ataque a Ámbar, un asunto mal calculado, que perdimos. Bleys desapareció en la última batalla, en unas circunstancias

que parecían fueran a ser fatales pero que, cuanto más descubría y pensaba en ello, probablemente no lo fueron. Esto me convirtió en el prisionero de Eric y en una parte activa e involuntaria en su coronación, después de la cual hizo que me quemaran los ojos y me encerraran. Unos pocos años en las mazmorras de Ámbar vieron la regeneración de mis ojos en proporción directa al deterioro de mi mente. Sólo la aparición fortuita del viejo consejero de Papá, Dworkin, que se encontraba en peores condiciones mentales que yo, me proporcionó una vía de escape.

Una vez libre, me dediqué a recuperarme y tomé la firme decisión de ser más prudente la próxima vez que fuera tras Eric. Viajé a través de la Sombra a una vieja tierra donde una vez reiné - Avalón -, con la intención de conseguir allí una substancia que yo sólo entre todos los amberitas conocía, una substancia química única en su capacidad de poder ser detonada en Ámbar. Ya en camino, pasé por la región de Lorraine, donde encontré a mi viejo general exiliado de Avalón, Ganelón, o a alguien muy parecido a él. Me quedé allí debido a un caballero herido, a una muchacha, y a una amenaza local peculiar-mente similar a lo que ocurría en las cercanías de la misma Ámbar... un círculo negro que iba en aumento y que estaba relacionado con el camino negro por el que viajaban nuestros enemigos, algo de lo que yo me consideraba responsable debido a la maldición que pronuncié cuando me quemaron los ojos. Gané la batalla, perdí a la muchacha, y seguí viaje a Avalón junto a Ganelón.

Pronto supimos que la Avalón a la que llegamos se encontraba bajo la protección de mi hermano Benedict, que tenía sus propios problemas en una situación muy similar a las amenazas provenientes del círculo negro/camino negro. En la batalla decisiva, Benedict perdió el brazo derecho, aunque consiguió la victoria contra las doncellas infernales. Me advirtió que mantuviera controlados mis planes con respecto a Ámbar y a Eric, y posteriormente nos ofreció su hospitalidad en un finca que tenía en el campo, mientras él permanecía unos días más en el campamento militar. Fue en este lugar donde conocí a Dará.

Dará me contó que era la biznieta de Benedict y que su existencia era un secreto para Ámbar. Me sonsacó todo lo que pudo sobre Ámbar, el Patrón, los Triunfos, y acerca de nuestro poder para manipular la Sombra. También era una consumada espadachina. Hicimos el amor a mi regreso, después de una cabalgada infernal, de un lugar donde conseguí la suficiente cantidad de diamantes en bruto para pagar todo lo que necesitaría en mi asalto a Ámbar. Al día siguiente, Ganelón y yo recogimos el suministro de los productos químicos y partimos inmediatamente hacia la Tierra de sombra donde yo había vivido en mi exilio con el fin de obtener las armas automáticas y la munición encargada de acuerdo con mis especificaciones.

Durante la marcha, tuvimos ciertas dificultades a lo largo del camino negro, que parecía haber aumentado su campo de influencia entre los mundos de la Sombra. Pudimos solventar los problemas que nos

presentó, pero yo estuve a punto de morir en un duelo con Benedict, quien nos había perseguido en una larga galopada. Encontrándose demasiado encolerizado para razonar, luchó conmigo en un pequeño bosque… y todavía era mejor que yo, incluso esgrimiendo la espada con la mano izquierda. Sólo pude engañarle gracias a un truco en el que utilicé ciertas propiedades del camino negro de las que él no tenía conocimiento. Yo creía que quería matarme debido a mi asunto con Dará. Pero no era así. En las pocas palabras que intercambiamos, negó conocer la existencia de una persona con ese nombre. Nos perseguía convencido de que habíamos asesinado a sus sirvientes. Ahora bien, todo lo que sabíamos del asunto era que Ganelón había descubierto unos cadáveres recientes en el bosque de la finca de Benedict, pero pensamos que era mejor olvidarlos, ya que desconocíamos sus identidades y no teníamos deseos de complicarnos aún más la existencia.

Dejé a Benedict al cuidado de mi hermano Gérard, a quien había llamado de Ámbar por medio de su Triunfo, y Ganelón y yo continuamos hacia la Tierra de sombra para conseguir las armas; luego nos armamos y reclutamos un ejército en la Sombra, emprendiendo la marcha sobre Ámbar. Pero cuando llegamos allí, descubrimos que Ámbar era atacada por criaturas que habían salido del camino negro. Mis armas nuevas pronto desnivelaron la lucha en favor del reino, aunque mi hermano Eric murió en esa batalla, dejándome con sus problemas, su maldición de muerte y la Joya del Juicio: un instrumento que controlaba el clima y que usó contra mí cuando Bleys y yo atacamos Ámbar.

En ese momento apareció Dará, que, dejándonos atrás, entró en Ámbar, donde encontró el camino hacia el Patrón y lo atravesó… siendo esta una importante evidencia de que estábamos emparentados de verdad. Sin embargo, durante el proceso de esta prueba, ella mostró lo que parecían ser peculiares transformaciones físicas. Una vez que cruzó el Patrón, anunció que Ámbar sería destruida. Luego desapareció.

Aproximadamente una semana más tarde, el hermano Caine fue asesinado, bajo ciertas circunstancias que me señalaban a mí como culpable. El hecho de que yo me encargara de su asesino apenas supuso una evidencia satisfactoria de mi inocencia, ya que el responsable no se encontraba en situación de poder confesarlo. Sin embargo, cuando me di cuenta de que ya había visto a gente igual que él anteriormente (aquella vez que nos deshicimos de los tipos que persiguieron a Random hasta la casa de Flora), busqué algo de tiempo y me senté con Random para escuchar la historia del rescate fallido de Brand de la torre en la que se encontraba prisionero.

Random, al poco de dejarlo en Rabma años atrás, cuando yo me trasladé a Ámbar para batirme en duelo con Eric, se vio obligado por la reina de Rabma, Moire, a casarse con una mujer de su corte: Vialle, una adorable muchacha que era ciega. Esto fue como una especie de castigo para Random, quien, años antes, había abandonado a la ya fallecida hija de Moire, Morganthe, embarazada de Martin: la aparente víctima del agujereado Triunfo que Random tenía ahora en la mano.

Extrañamente, debido al carácter de Random, parece que se enamoró de Vialle, con quien vivía ahora en Ámbar.

Después de dejar a Random, cogí la Joya del Juicio y la llevé conmigo hasta la cámara del Patrón. Una vez allí, seguí las instrucciones parciales que me permitirían sintonizar con ella para poder usarla. Experimenté unas sensaciones inusuales durante el proceso, y tuve éxito en conseguir el control de su función más obvia: la capacidad de dirigir los fenómenos meteorológicos. Más tarde interrogué a Flora acerca de mi exilio.

Su historia parecía razonable y concordaba con los hechos que yo poseía, pero tuve la impresión de que ocultaba algo relacionado con los acontecimientos de la época de mi accidente. No obstante, me prometió que identificaría al asesino de Caine como uno de los tipos que persiguieron a Random y con los que yo luché, y me garantizó que tenía todo su apoyo en lo que estuviera maquinando entonces.

Cuando escuché la historia de Random, yo desconocía la existencia de las dos facciones y lo que planeaban. En ese momento llegué a la conclusión de que si Brand vivía, su rescate era de vital importancia, aunque sólo fuera por el hecho de que él, obviamente, poseía información que alguien no quería que fuera divulgada. Se me ocurrió un plan para liberarlo, cuyo intento fue pospuesto sólo el tiempo que nos llevó a Gérard y a mí traer de vuelta a Ámbar el cuerpo de Caine. Aunque parte de este tiempo se lo apropió Gérard para dejarme inconsciente y recordarme, por si se me había olvidado, que era capaz de realizar esta proeza, dándole así más énfasis a sus palabras cuando me informó de que me mataría personalmente si se descubría que yo era el responsable de los males que asolaban Ámbar. Fue la pelea más exclusivamente de circuito cerrado que haya habido jamás, ya que fue contemplada por la familia a través del Triunfo de Gérard: una medida de seguridad para el caso de que se demostrase que yo era culpable y decidiera borrar su nombre de la lista de los vivos obligado por su amenaza. Luego continuamos viaje hasta la Arboleda del Unicornio, donde exhumamos el cuerpo de Caine. Fue en ese momento cuando vislumbramos brevemente al legendario unicornio de Ámbar.

Aquella noche nos reunimos en la biblioteca del palacio de Ámbar: Random, Gérard, Benedict, Julián, Deirdre, Fiona, Flora, Llewella y yo mismo. Luego pusimos en práctica mi idea sobre la liberación de Brand: que consistía en combinar las fuerzas de los nueve simultáneamente en un intento de contactar con él a través de su Triunfo. Tuvimos éxito.

Contactamos con él y lo trajimos de regreso a Ámbar. Sin embargo, en medio de la alegría, con todos nosotros apiñados en torno a Gérard que lo tenía en sus brazos, alguien clavó una daga en el costado de Brand. Gérard inmediatamente se nombró médico encargado del caso y nos echó de la habitación.

Los demás nos trasladamos a una sala de estar situada una planta más abajo, para, una vez instalados allí, acusarnos mutuamente y

discutir los acontecimientos. Durante este tiempo, Fiona me advirtió que la Joya del Juicio podía representar un gran peligro en situaciones de uso prolongado, indicando la posibilidad de que ésta, en vez de sus heridas, pudo haber sido la causa de la muerte de Eric. Creía que uno de los primeros signos de peligro era la distorsión del sentido del tiempo del que la portaba... un aparente ralentizamiento de la secuencia temporal, que se manifestaba como una aceleración de los movimientos físicos. Decidí que sería más precavido al usarla, ya que ella sabía más sobre estos asuntos que todos nosotros... había sido la pupila más avanzada de Dworkin.

Y tal vez tenía razón. Quizás hubo un efecto como el descrito por ella aquella misma noche cuando yo regresaba a mis habitaciones. Por lo menos pareció como si la persona que intentó matarme se moviera un poco más lentamente de lo qué hubiera sido preciso en circunstancias similares. Y aún así, casi tiene éxito. El cuchillo me entró en el costado y el mundo desapareció.

Con la vida que se me escapaba por la herida, desperté en mi vieja cama de mi vieja casa en la Tierra de sombra donde había vivido durante tanto tiempo como Cari Corey. Cómo regresé allí, no tenía ni idea. Me arrastré fuera de la casa en medio de la nieve que caía. Aferrándome precariamente a la poca lucidez que me quedaba, escondí la Joya del Juicio en un montón de tierra de abono, ya que el mundo realmente parecía moverse más despacio a mi alrededor. Luego llegué hasta la carretera, con el propósito de llamar la atención de algún coche que pasara por allí.

Fue un amigo y antiguo vecino, Bill Roth, quien me encontró y me llevó hasta la clínica más cercana. Una vez ingresado, fui atendido por el mismo doctor que me trató años antes, en la época del accidente. Sospechó que yo pudiera ser un caso psiquiátrico, ya que el archivo antiguo reflejaba algo parecido.

Sin embargo, Bill apareció más tarde y aclaró la situación. Había sentido curiosidad cuando desaparecí y, siendo abogado, investigó un poco. Descubrió el certificado falso que me declaraba mentalmente desequilibrado y mis fugas sucesivas; incluso poseía detalles sobre estos asuntos y sobre el mismo accidente. Pero todavía tenía la sensación de que había algo extraño en mí, aunque esto no le inquietaba demasiado.

Más tarde, Random se puso en contacto conmigo a través del Triunfo, avisándome que Brand había recuperado el conocimiento y preguntaba por mí. Con la ayuda de Random, regresé a Ámbar. Fui a ver a Brand. Fue entonces cuando me enteré de la naturaleza de la lucha por el poder que se desarrollaba a mi alrededor, y de la identidad de los implicados en ella. Su historia, junto con lo que Bill me había contado en la Tierra de sombra, finalmente otorgaron cierto sentido y coherencia a los acontecimientos de los últimos años. También me amplió detalles acerca de la naturaleza del peligro al que nos enfrentábamos en ese momento.

Al día siguiente no hice nada, con muestras ostensibles de que ello se debía a que me estaba preparando para visitar Tir-na Nog'th, cuando en realidad lo que intentaba era ganar tiempo para recuperarme de mi herida.

Pero, como me había comprometido a ello, tenía que cumplirlo. Fui a la ciudad en el cielo aquella noche, donde encontré una confusa colección de signos y portentos, que tal vez no significaran nada; a mi regreso traje conmigo un extraño brazo metálico que pertenecía al fantasma de mi hermano Benedict.

Cuando que volví de esta excursión a las alturas desayuné con Random y Ganelón antes de que cruzáramos Kolvir para volver a casa. Lentamente, y de manera desconcertante, el sendero comenzó a cambiar a nuestro alrededor. Era como si estuviéramos atravesando la Sombra, una proeza casi imposible tan cerca de Ámbar. Cuando llegamos a esta conclusión, quisimos manipular nuestra ruta, pero ni Random ni yo fuimos capaces de afectar la cambiante escena. Aproximadamente al mismo tiempo se nos apareció el unicornio. Parecía querer que lo siguiéramos. Y eso hicimos.

Nos condujo a través de una caleidoscópica serie de cambios hasta que finalmente llegamos al lugar que quería, donde nos abandonó a nuestros recursos.

Ahora bien, con toda esa total secuencia de acontecimientos dando vueltas en mi cabeza, mi mente se abrió camino alrededor de la confusión, y analicé las palabras que Random acababa de pronunciar. Tenía la sensación de que me encontraba ligeramente por delante de él una vez más. Cuánto duraría esta situación, no lo sabía, pero recordé dónde había visto los mismos trazos que habían creado el Triunfo agujereado.

Brand a menudo se dedicaba a pintar cuando le asaltaba uno de esos períodos melancólicos, y me vino a la mente su técnica favorita a medida que recordaba los lienzos pintados por él con estilo claro o sombrío. Añádele a esto su excursión de años atrás en busca de las descripciones de todo aquel que hubiera conocido a Martin. Como Random todavía no había reconocido su estilo, me pregunté cuánto tiempo le llevaría llegar a la misma conclusión que yo acerca de los posibles fines de la búsqueda de información de Brand. Incluso si su mano no fue la que hundió el cuchillo, Brand era cómplice del acto al suministrar los medios necesarios. Conocía lo suficiente a Random para saber que cumpliría lo que prometió. Trataría de matar a Brand tan pronto como viera la conexión. Debía evitarlo.

No tenía nada que ver con el hecho de que Brand probablemente hubiera salvado mi vida. Yo saldé mi deuda con él cuando lo saqué de aquella maldita torre. No. No era la deuda ni el sentimiento lo que me hizo pensar en la forma de distraer o retrasar a Random. Era el hecho desnudo y frío de que yo necesitaba a Brand. El se encargó de que fuera así. Mis motivos para salvarlo no eran más altruistas de lo que habían sido los suyos al sacarme del lago. Poseía algo que yo necesitaba: información. El lo comprendió inmediatamente y la había racionado... eran los convenientes lazos de su vida.

-Veo el parecido -le reconocí a Random-, y puede que tengas razón sobre lo que sucedió.

-Por supuesto que tengo razón.

-Es la carta la que fue perforada -comenté.

-Obviamente. Yo no...

-Lo que quiere decir que no lo trajo a través del Triunfo. Por lo tanto, la persona que lo hizo estableció contacto, pero no pudo convencerlo de que viniera hasta aquí.

-¿Y eso qué demuestra? El contacto duró lo suficiente para que pudiera apuñalarlo. Tal vez estableció un control mental que le permitiera inmovilizarlo mientras sangraba. El muchacho posiblemente no tenía mucha experiencia con el uso de los Triunfos.

-Tal vez sí, tal vez no -argumenté-. Llewella o Moire quizá puedan decirnos el conocimiento que tenía de los Triunfos. Pero lo que quería establecer es la posibilidad de que el contacto pudiera haberse roto antes de la muerte. Si heredó tus capacidades regenerativas, quizás sobrevivió.

-¿Quizás? ¡No quiero especulaciones! ¡Quiero respuestas!

Sopesé algunos hechos mentalmente. Tenía la certeza de que sabía algo que él desconocía, pero mi fuente de información no era la mejor. Y además quería mantener esa posibilidad en secreto, ya que no había tenido la oportunidad de discutirlo con Benedict. Por otro lado, Martin era el hijo de Random, y mi objetivo era alejar su atención de Brand.

-Random, me parece... -dije.

-¿Qué?

-Justo después de que Brand fuera apuñalado -comencé-, cuando nos encontrábamos reunidos en la sala de estar, ¿recuerdas el momento en que la conversación se centró en Martin?

-Sí. No surgió nada nuevo.

-Yo sabía algo que pude haber añadido entonces, pero me contuve porque estaban todos presentes. Además, quería discutirlo en privado con la parte involucrada.

-¿Quién?

-Benedict.

-¿Benedict? ¿Qué tiene que ver con Martin?

-No lo sé. Esa es la razón por la que no quise hablar de ello hasta no haberlo averiguado. Y mi fuente de información no era muy de fiar.

-Continúa.

-Dará. Benedict se pone frenético cada vez que menciono su nombre, pero hasta ahora, ciertas cosas que ella me contó han demostrado ser ciertas... tales como la expedición de Julián y Gérard al camino negro, las heridas que sufrieron y su permanencia en Avalón. Benedict admitió que estos hechos ocurrieron.

-¿Qué te dijo ella sobre Martin?

¿Cómo exponerlo sin revelar la parte en la que estaba implicado Brand...? Dará me contó que Brand visitó a Benedict a lo largo de los años varias veces cuando éste se encontraba en Avalón. La diferencia temporal entre Ámbar y Avalón es tal que parecía factible, cuando pensé en ello, que las visitas coincidieran con la época en la que Brand buscaba tan activamente información acerca de

Martin. Muchas veces me pregunté qué era lo que le hacía volver allí, ya que él y Benedict nunca estuvieron muy unidos.

-Sólo que Benedict tuvo un visitante llamado Martin, que ella creía que era de Ámbar -mentí.

-¿Cuándo?

-Hace tiempo. No estoy seguro.

-¿Por qué no me contaste esto antes?

-No es mucho... y además, tú nunca aparentaste estar demasiado interesado en Martin.

Random dejó de mirarme para posar sus ojos sobre el grifo, que estaba acuclillado a mi lado, y asintió.

-Ahora lo estoy -dijo-. Las cosas cambian. Si todavía vive, me gustaría llegar a conocerlo. Si no...

-De acuerdo -observé-. La mejor manera de hacerlo es descubriendo un camino que nos lleve a casa. Creo que hemos visto lo que se supone que teníamos que ver y me gustaría largarme ya.

-Pensaba en ello -indicó-, y se me ocurrió que probablemente podamos usar el Patrón para conseguirlo. Llegar hasta su centro y transportarnos de regreso.

-¿Atravesando la zona oscura? -pregunté.

-¿Por qué no? Ganelón ya lo ha intentado y no le ocurrió nada.

-Un momento -intervino Ganelón-. No dije que fuera fácil, y estoy seguro de que no podréis conseguir que los caballos sigan esa ruta.

-¿Qué quieres decir? -inquirí.

-¿Te acuerdas de aquel lugar donde atravesamos el camino negro... cuando huíamos de Avalón?

-Por supuesto.

-Pues las sensaciones que experimenté al recoger la carta y la daga no fueron muy diferentes de las que sentí en aquellos momentos. Es una de las razones por las que corrí tan rápido. Antes que intentar esa ruta estoy a favor de que probemos de nuevo con los Triunfos, según la teoría de que este punto es congruente con Ámbar.

Asentí.

-Muy bien. Intentemos que sea lo más fácil posible. Pero primero reunamos a los caballos.

Así lo hicimos, descubriendo de paso la longitud de la cadena del grifo. Se frenó a unos treinta metros de la boca de la cueva; inmediatamente comenzó a quejarse sordamente. Esto no nos facilitó mucho la tarea de pacificar a los caballos, pero me dio una idea peculiar, que de momento guardé para mí.

Una vez que tuvimos todo bajo control, Random sacó sus Triunfos y yo saqué los míos.

-Intentémoslo con Benedict -dijo.

-Bien. Cuando quieras.

Inmediatamente noté que las cartas estaban frías una vez más, lo que era una buena señal. Localicé la de Benedict y me concentré. A mi lado, Random hizo lo mismo.

El contacto se produjo casi inmediatamente.

-¿Qué ocurre? -preguntó Benedict, mientras sus ojos se posaban en Random, en Ganelón y en los caballos, para luego enfocarlos en los míos.

-¿Nos transportarías? -pedí.

-¿También a los caballos?

-A todos.

-Venid.

Extendió su mano y yo la toqué. Todos fuimos hacia él. Momentos más tarde, estábamos a su lado en un lugar elevado y rocoso, azotados por un viento frío que sacudía nuestras ropas, bajo el sol de Ámbar más allá del mediodía en un cielo lleno de nubes. Benedict vestía una chaqueta de cuero duro y unas polainas de piel de ante. Su camisa era de un amarillo pálido. Una capa anaranjada ocultaba el muñón de su brazo derecho. Apretó su larga mandíbula y bajó los ojos para mirarme.

-Interesante el sitio del que venís -comentó-, pude vislumbrar parte del paisaje.

Asentí.

-También es interesante la vista desde esta altura -dije, notando el catalejo en su cinturón al mismo tiempo que me daba cuenta de que nos encontrábamos en la ancha plataforma de roca desde la cual Eric había dirigido la batalla el día de su muerte, el mismo día de mi regreso. Di un paso adelante y contemplé la oscura guadaña que cruzaba Garnath, muy lejos debajo, y que se extendía hasta el horizonte.

-Sí -afirmó-. El camino negro parece que ha estabilizado sus limites en la mayoría de los puntos. Aunque en unos pocos todavía se extiende. Es como si se estuviera acercando a una uniformidad final con una especie de... patrón... Decidme, ¿de dónde venís?

-Pasé la noche de ayer en Tir-na Nog'th -dije-, y esta mañana, al regresar, nos perdimos cuando cruzábamos Kolvir.

-Es bastante difícil -comentó-, eso de perderte en tu propia montaña. Ya sabes que tienes que dirigirte continuamente hacia el este. Es la dirección por la que se sabe que el sol inicia su curso.

Sentí que mi cara enrojecía.

-Hubo un accidente -señalé, mirando a otro lado.

-¿Qué clase de accidente?

-Uno serio... para el caballo.

-Benedict -intervino Random, alzando repentinamente la vista del Triunfo agujereado-, ¿qué puedes decirme sobre mi hijo Martin?

Benedict lo estudió durante varios segundos antes de hablar. Luego preguntó:

-¿Cuál es el motivo de este súbito interés?

-Se debe a que tengo razones para creer que está muerto -replicó-. Si ese es el caso, quiero vengarlo. Si no lo es... bueno, el pensamiento de que así pudiera ser me ha perturbado. Si todavía vive, me gustaría conocerlo y hablar con él.

-¿Qué te hace creer que pueda estar muerto?

Random me miró. Asentí.

-Comienza desde que desayunamos - dije.

-Mientras se lo cuenta, voy a buscar algo para que almorcemos - indicó Ganelón, rebuscando en una de las alforjas.

-El unicornio nos mostró el camino... -empezó Random.

III

Estábamos sentados en silencio. Random había terminado de hablar y Benedict miraba hacia el cielo por encima de Garnath. Su rostro permanecía inexpresivo. Hace mucho que aprendí a respetar su silencio.

Después de un rato, asintió con determinación, volviendo el rostro para mirar a Random.

-Hace tiempo que sospecho algo parecido -declaró- por frases que Papá y Dworkin dejaron caer a lo largo de los años. Deduje que había un Patrón original que habían conseguido localizar o que fue creado por ellos, colocando a nuestra Ámbar sólo a una sombra de distancia para que se alimentara de su fuerza. Sin embargo, nunca averigüé cómo se llegaba a ese lugar -se volvió nuevamente hacia Garnath y lo señaló con su barbilla-. ¿Y eso, me contáis, corresponde a lo que se hizo allí?

-Así parece -replicó Random.

-¿... Por el derramamiento de la sangre de Martin?

-Creo que sí.

Benedict alzó el Triunfo que Random le pasó durante su narración. Desde entonces no había hecho sobre él ningún comentario.

-Sí -asintió en ese momento-, este es Martin. Vino a mí cuando abandonó Rabma. Permaneció conmigo bastante tiempo.

-¿Por qué se dirigió a ti? -preguntó Random.

Benedict esbozó una sonrisa.

-Tenía que ir a algún sitio -contestó-. Estaba cansado de su situación en Rabma, era ambivalente con respecto a Ámbar, joven, libre, y acababa de conseguir su poder mediante el Patrón. Quería marcharse, ver cosas nuevas, viajar por la Sombra... de la misma manera que lo hicimos todos nosotros. Una vez, cuando era niño, lo llevé conmigo a Avalón para que paseara por la tierra reseca de su verano, para enseñarle a montar a caballo y que viera la recogida de una cosecha. Cuando repentinamente se encontró en la posición de ir al lugar que quisiera en un instante, sus elecciones todavía estaban limitadas a los pocos sitios que conocía. Cierto que podría haber imaginado un lugar en ese momento y transportarse allí... creándolo de esa manera. Pero también era consciente de que aún tenía mucho que aprender para garantizar su seguridad en la Sombra. Así que me pidió que fuera su maestro. Y lo fui. Pasó casi todo un año en mi casa. Yo le enseñé a luchar, le enseñé a manejar los Triunfos y los caminos de la Sombra; le instruí en todo aquello que un ambarita debe conocer si quiere sobrevivir.

-¿Por qué lo hiciste? -inquirió Random.

-Alguien tenía que hacerlo. Fue a mí a quien recurrió, por lo tanto fui yo el que lo hizo -replicó Benedict-. Y, además, le tenía cariño al muchacho -añadió.

Random asintió.

-Has dicho que permaneció contigo casi un año. ¿Qué ocurrió después?

-Le poseyó ese ansia de viajar que tan bien conocemos. Cuando ya tuvo la suficiente confianza en sus habilidades, quiso ponerlas en práctica. Como parte de la enseñanza, yo le había llevado conmigo en viajes por la Sombra, presentándole a gente que conocía en diferentes lugares. Pero llegó el día en que quiso emprender su propio camino. Y así, una mañana se despidió de mí y se marchó.

-¿Le has vuelto a ver desde entonces? -preguntó Random.

-Sí. Cada cierto tiempo regresaba y permanecía conmigo una temporada, contándome sus aventuras, sus descubrimientos. Siempre quedaba claro que sólo se trataba de una visita. Pasado dicho período, volvía a sentir la inquietud y se marchaba otra vez.

-¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

-Hace unos años, tiempo de Avalen, bajo las mismas circunstancias. Apareció una mañana, se quedó unas dos semanas, me contó las cosas que había visto y hecho, y me habló de todo lo que quería hacer. Luego emprendió la marcha una vez más.

-¿Y nunca más supiste de él?

-Todo lo contrario. Cada vez que pasaba por algún lugar donde hubiera amigos mutuos, me dejaba mensajes. Incluso en algunas ocasiones se puso en contacto conmigo a través de mi Triunfo…

-¿Poseía un juego de Triunfos? -interrumpí yo.

-Sí, yo le regalé uno de mis mazos.

-¿Tenías un Triunfo suyo?

Sacudió la cabeza.

-Ni siquiera sabía que existiera hasta que vi éste -indicó, alzando la carta, contemplándola y devolviéndosela otra vez a Random-. No poseo el arte para crear uno. Random, ¿has intentado ponerte en contacto con él con este Triunfo?

-Sí, varias veces desde que lo encontramos. De hecho, hace unos minutos. Sin ningún resultado.

-Por supuesto, eso no prueba nada. Si todo sucedió tal como tú piensas y él sobrevivió, tal vez tomó la determinación de bloquear cualquier intento posterior. Sabe cómo hacerlo.

-¿Si ocurrió tal como yo pienso? ¿Acaso tú sabes algo más sobre el asunto?

-Tengo una idea -dijo Benedict-. Hace unos años apareció herido en la casa de unos amigos… en un lugar de la Sombra. Era una herida física producida por la hoja de una espada. Me contaron que llegó hasta su casa en muy malas condiciones y que no les explicó lo

ocurrido. Se quedó unos días -hasta que pudo moverse por sus propios medios- y se marchó antes de estar completamente recuperado. Eso fue lo último que supieron de él. También fue lo último que yo supe.

-¿No sentiste curiosidad? -preguntó Random-. ¿No saliste a buscarlo?

-Por supuesto que sentí curiosidad. Y todavía la tengo. Pero un hombre tiene el derecho de llevar su propia vida sin la intromisión de sus familiares, no importa lo bien intencionados que éstas sean. Salió de la crisis y no intentó ponerse en contacto conmigo. Aparentemente sabía lo que quería. Me dejó un mensaje con los Tecy, donde me decía que cuando me enterara de lo ocurrido no me preocupara, que sabía lo que estaba haciendo.

-¿Los Tecy? -pregunté.

-Así es. Amigos míos de la Sombra.

Me contuve para no hablar. Creí que ellos eran otro invento de Dará, ya que en muchos casos había distorsionado la verdad. Me mencionó a los Tecy como si los conociera, como si hubiera estado un tiempo con ellos... con el beneplácito de Benedict. Sin embargo, el momento no

parecía ser el apropiado para hablarle de la visión que tuve la otra noche en Tir-na Nog'th y lo que ésta me indicó sobre la relación que tenía con la muchacha. Yo todavía no había tenido el tiempo suficiente para meditar sobre ello y las implicaciones que aportaba.

Random se incorporó y se acercó hasta el borde de la plataforma, donde se detuvo, dándonos la espalda con las manos entrelazadas detrás. Después de un momento, dio media vuelta y regresó.

-¿Cómo podemos ponernos en contacto con los Tecy? -le preguntó a Benedict.

-De ninguna manera -subrayó Benedict-, a no ser viajando.

Random se volvió hacia mí.

-Corwin, necesito un caballo. Me has dicho que Star ya ha pasado por varias cabalgadas infernales...

-Ha tenido una mañana bastante pesada.

-No fue tan agotadora. Casi todo quedó en un susto, y ahora parece estar bien. ¿Me lo dejas?

Antes de que pudiera responderle, se encaró con Benedict.

-Me llevarás, ¿no es así? -pidió.

Benedict dudó.

-No sé qué más puedes descubrir... -comenzó.

-¡Cualquier cosa! Lo que sea que recuerden... posiblemente algo que en su momento no pareció importante pero que en este momento, con lo que sabemos, sí lo es.

Benedict me miró. Yo asentí.

-Puede montar a Star si tú lo llevas.

-De acuerdo -aceptó Benedict, poniéndose de pie-. Iré a coger mi caballo.

Dio la vuelta y se encaminó al lugar donde estaba amarrado el enorme animal.

-Gracias, Corwin -dijo Random.

-Hazme un favor a cambio.

-¿Qué?

-Déjame el Triunfo de Martin.

-¿Para qué?

-Se me acaba de ocurrir una idea. Es demasiado complicada para que te la cuente si lo que deseas es marcharte lo antes posible. Pero quédate tranquilo, no le ocurrirá nada.

Se mordió el labio.

-De acuerdo. Quiero que me la devuelvas cuando acabes.

-Por supuesto.

-¿Ayudará a que lo encontremos?

-Tal vez.

Me pasó la carta.

-¿Regresarás al palacio? -me preguntó.

-¿Le dirás a Vialle lo que ha ocurrido y a dónde me dirijo? Estará preocupada. -Seguro. Lo haré. -Cuidaré bien a Star. -Lo sé. Buena suerte. -Gracias.

Yo montaba a Firedrake. Ganelón caminaba. El había insistido en ello. Seguimos la ruta que tomé cuando perseguí a Dará el día de la batalla. Junto con otros acontecimientos recientes, eso fue probablemente lo que me hizo pensar en ella de nuevo. Desempolvé mis sentimientos y los examiné cuidadosamente. Me di cuenta entonces que a pesar de cómo había jugado conmigo, de los asesinatos en los que había tomado parte, y de los planes que tenía para el reino, todavía me sentía atraído hacia ella por algo más que simple curiosidad. No quedé sorprendido al descubrirlo. La última vez que inspeccioné por sorpresa mis barracones emocionales, los encontré igual. Entonces me pregunté cuánta verdad habría en aquella última visión que contemplara la noche anterior, cuando me expuso que descendía de Benedict. Sí, existía el parecido físico, y yo estaba convencido de que era verdad su declaración. Además, en la ciudad fantasma, la sombra de Benedict lo había aceptado, alzando su nuevo y extraño brazo en su defensa...

-¿Qué es lo que te hace gracia? -preguntó Ganelón mientras caminaba a mi izquierda.

-El brazo -repliqué- que vino conmigo desde Tir-na Nog'th... me preocupaba que tuviera algún designio escondido, alguna fuerza del destino no prevista... de la manera en que entró en nuestro mundo desde ese lugar de misterio y sueños. Y sin embargo, no duró ni un día. No quedó nada cuando el Patrón aniquiló a Iago. Todas las visiones de la noche se desvanecieron.

Ganelón se aclaró la garganta.

-Bueno... no ocurrió exactamente de la manera que tú crees -indicó.

-¿Qué quieres decir?

-El brazo metálico no se encontraba en las alforjas de Iago. Random lo guardó en las tuyas. Iago cargaba con la comida, y cuando terminamos de comer guardó los utensilios en el mismo lugar de antes: sus alforjas. Pero no hizo lo mismo con el brazo. No había sitio.

-Oh -murmuré-. Entonces...

Ganelón asintió.

-... Ahora lo tiene él -concluyó.

-Malditos sean los dos, el brazo y Benedict. No me gusta nada esa situación. Trató de matarme. Nadie fue atacado antes en Tir-na Nog'th.

-Pero Benedict está de nuestro lado, a pesar de que ahora mantengas algunas diferencias con él. ¿Correcto?

No le contesté.

Alargó el brazo y cogió las riendas de Firedrake, deteniéndolo. Entonces alzó la vista y estudió mi rostro.

-Corwin, ¿qué ocurrió ahí arriba? ¿Qué descubriste?

Dudé. En realidad, ¿qué había descubierto en la ciudad en el cielo? Nadie conocía con certeza los mecanismos que se esconden detrás de las visiones de Tir-na Nog'th. Bien podría ser, como a veces hemos sospechado, que el lugar simplemente sirviera para dar solidez a los miedos y deseos ocultos del que la visita, tal vez mezclándolos con hipótesis inconscientes. Compartir conclusiones y conjeturas razonablemente sólidas difiere de contar las sospechas creadas por un factor desconocido. Sin embargo, ese brazo era lo suficientemente real...

-Ya te dije -expuse- que le quité el brazo al fantasma de Benedict. Obviamente, luchamos.

-¿Y lo ves como un presagio de que eventualmente tú y Benedict entraréis en conflicto?

-Quizás.

-Observaste algo que te hace pensar en ello, ¿verdad?

-De acuerdo -dije, suspirando sin querer-. Sí. Se me indicó que Dará estaba emparentada de verdad con Benedict... lo que puede ser cierto. También es muy posible, si esto es verdad, que él no lo sepa. Por lo tanto, no lo divulgaremos hasta que lo podamos verificar o descartar. ¿Entendido?

-Por supuesto. ¿Pero cómo es posible?

-Tal como lo dijo ella.

-¿Es su biznieta?

Asentí.

-¿Con quién la tuvo?

-Con la doncella infernal que sólo conocimos por su reputación: Lintra, la dama culpable de que perdiera el brazo.

-Pero esa batalla tuvo lugar hace muy poco tiempo.

-El tiempo fluye de muchas maneras en los diferentes reinos de la Sombra, Ganelón. En las regiones más alejadas... no sería imposible.

Sacudió la cabeza y relajó su mano sobre las riendas.

-Corwin, creo que Benedict tendría que saberlo -comentó-. Si es verdad, deberías darle una oportunidad para que se acostumbre a ello en vez de descubrirlo súbitamente. Vosotros sois un grupo tan poco fértil que la paternidad parece afectaros más seriamente que a los demás. Mira a Random. Durante años renegó de su hijo, y ahora... tengo el presentimiento de que arriesgaría su vida por él.

-Estoy de acuerdo contigo -observé-. Ahora olvida la primera parte pero desarrolla la segunda un paso más lejos en el caso de Benedict.

-¿Crees que se pondría del lado de Dará contra Ámbar?

-Preferiría no darle la posibilidad de una elección manteniéndolo en la ignorancia de que ésta existe... si es que existe.

-Creo que lo subestimas. Dudo que emocionalmente sea un niño. Ponte en contacto con él a través del Triunfo y cuéntale tus sospechas. Al menos de esa manera podrá meditarlo, en vez de dejar que se arriesgue a una confrontación repentina sin estar preparado.

-No me creería. Ya has visto cómo se pone cada vez que menciono a Dará.

-Eso en sí mismo podría ser revelador. Posiblemente sospecha la verdad y la rechaza con tanta vehemencia porque querría que fuera de otra manera.

-En este momento eso ensancharía una grieta que trato de cerrar.

-No compartir tus sospechas con él ahora puede ser la causa para que se abra definitivamente cuando lo averigüe.

-No. Creo que conozco a mi hermano mejor que tú.

Soltó las riendas.

-Muy bien -dijo-. Espero que tengas razón.

No respondí, haciendo que Firedrake emprendiera una vez más la marcha. Había un acuerdo tácito entre nosotros por el cual Ganelón podía pedirme lo que fuera... y estaba claro que yo escucharía cualquier consejo suyo. Esto, en parte, se debía a que su posición era única. No estábamos unidos por ningún lazo de sangre. El no era de Ámbar. Las luchas y los problemas del reino le afectaban porque él así lo había elegido. Hacía mucho tiempo habíamos sido amigos y luego enemigos, y después, más recientemente, de nuevo amigos y aliados en la batalla de su tierra de adopción. Cuando ésta concluyó, me pidió que le dejara venir conmigo para ayudarme en mis propios asuntos y en los de Ámbar. Tal como yo lo veía, ya no me debía nada, ni yo a él... siempre que uno lleve la cuenta de estas cosas. Por lo tanto, sólo la amistad nos unía, algo más fuerte que deudas pasadas y asuntos de honor: en otras palabras, algo que le daba el derecho a incordiarme en cuestiones como esas, donde tal vez le hubiera dicho al mismo Random que se fuera al infierno una vez que hubiera tomado una determinación. Me di cuenta que no tenía que irritarme, ya que todo lo que decía era de buena fe. Posiblemente se debía a una vieja costumbre militar, que se remontaba a nuestra antigua relación, así como a la situación imperante entonces: no me gusta que se cuestionen mis decisiones y mi órdenes. Probablemente me encontraba más que irritado por el hecho de que últimamente había manifestado algunos análisis agudos, y ciertos consejos bastante buenos basados en ellos... que tendría que haber percibido yo. A nadie le gusta reconocer un resentimiento que surge de algo así. Sin embargo... ¿era eso todo? ¿Una simple proyección de insatisfacción por unos pocos ejemplos de ineficacia? ¿Un viejo reflejo adquirido en el ejército con respecto a la infalibilidad de mis decisiones? ¿O era algo más profundo que llevaba tiempo molestándome y que en ese momento salía a la superficie?

-Corwin -dijo Ganelón-, pienso...

Suspiré.

-¿Qué?

-... en el hijo de Random. Por la manera en que vuestras heridas curan, supongo que es posible que haya sobrevivido y que se encuentre oculto en algún lugar.

-Eso me gustaría creer.

-No te apresures tanto.

-¿Qué quieres decir?

-Creo que ha tenido muy poco contacto con Ámbar y el resto de la familia, ya que creció en Rabma.

-Así es.

-De hecho, quitando a Benedict -y a Llewella en Rabma-, la única otra persona de la familia con la que aparentemente tuvo contacto sería

la que le apuñaló... Bleys, Brand, o Piona. Se me ocurre que probablemente tenga una visión bastante distorsionada de la familia.

-Distorsionada -corroboré-, pero no injustificada, si capto tu mensaje.

-Creo que sí. Es factible que no sólo tema a la familia, sino que haya jurado vengarse.

-Es posible -señalé.

-¿Crees que se pasó al bando del enemigo?

Sacudí la cabeza.

-No si está al tanto de que son los instrumentos de los que intentaron matarle.

-¿Pero lo son de verdad? Dijiste que Brand se asustó y trató de salir del pacto que hicieron con la gente del camino negro. Si son tan poderosos, me pregunto si Piona y Bleys no se han convertido en *sus* instrumentos. Si este fuera el caso, sí me imagino a Martin recurriendo a alguien que le concediera algún poder sobre ellos.

-Es una hipótesis demasiado elaborada - indiqué.

-El enemigo parece saber demasiado sobre vosotros.

-Cierto, pero han contado con la ayuda de un par de traidores.

-¿Podrían conocer todo lo que me contaste que sabía Dará?

-Esa es una buena pregunta -dije-, pero difícil de contestar.

Salvo por el asunto de los Tecy, pensé enseguida. Aunque por el momento me guardé esa información y averigüé a dónde quería llegar. Así que añadí:

-Martin no se encontraba en una posición en la que les pudiera contar mucho sobre Ámbar.

Ganelón permaneció en silencio durante un momento. Luego dijo:

-¿Has tenido la oportunidad de comprobar aquel asunto del que te hablé la noche que estuvimos en tu tumba?

-¿Qué asunto?

-Si los Triunfos podían ser intervenidos -comentó-. Ahora que sabemos que Martin posee un mazo...

Fue mi turno de permanecer en silencio mientras que un pequeño grupo de recuerdos cruzó por mi mente, en fila india, desde la izquierda, sacándome la lengua en señal de burla.

-No -repliqué al fin-. No tuve la oportunidad.

Continuamos la marcha un largo trecho antes de que dijera:

-Corwin, la noche que trajisteis de vuelta a Brand...

-¿Sí?

-Me contaste que más tarde analizaste los motivos que podía tener cada uno, pensando en el que te apuñaló, y que para cualquiera de ellos hubiera resultado casi imposible hacerlo, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido.

-Ya veo lo que quieres decir.

Asintió.

-Ahora tienes otro pariente en quien pensar. Tal vez carezca de la sutileza de la familia sólo porque es joven y le falta práctica.

Sentado allí, inmerso en mi interior, saludé con la mano al silencioso desfile de recuerdos que cruzó entre Ámbar y nosotros.

IV

Me preguntó quién era cuando toqué en la puerta y se lo dije.

-Un momento.

Escuché sus pasos y luego la puerta se abrió. Vialle mide un poco más de un metro y medio y es delgada. Su cabello es de color castaño, las facciones delicadas, y habla con voz muy suave. Vestía de rojo. Sus ojos ciegos me observaron, recordándome mi oscuridad pasada, el dolor.

-Random -le expliqué-, me pidió que os dijera que llegaría un poco tarde y que no os preocuparais.

-Por favor, entrad -dijo, haciéndose a un lado y abriendo totalmente la puerta.

Pasé. No quería nacerlo, pero entré. No pensaba cumplir el encargo de Random literalmente... explicándole lo que había ocurrido y dónde se había marchado. Sólo fui con la intención de contarle lo que ya le había dicho y nada más. Comprendí en toda su extensión lo que Random me pidiera cuando nos separamos por caminos diferentes: quería que viera a su esposa, con quien nunca hablé más de unas pocas palabras, y le contara que él se había marchado en busca de su hijo ilegítimo... el muchacho cuya madre, Morganthe, se había suicidado, razón por la que Random fue obligado a casarse con Vialle. El hecho de que ese matrimonio funcionara bien todavía me sorprendía. No deseaba ponerla al tanto de acontecimientos extraños, y cuando entré pensé en otras alternativas.

Pasé delante de un busto de Random alojado en un nicho en la pared a mi izquierda. De hecho, ya lo había dejado atrás cuando me di cuenta de que era mi hermano el modelo. En un rincón de la habitación, vi su mesa de trabajo. Retrocediendo, estudié el busto.

-No sabía que esculpíais -comenté.

-Sí.

Mirando la habitación, pronto descubrí otras esculturas hechas por ella.

-Hay trabajos aquí realmente buenos -dije.

-Gracias. ¿No queréis sentaros?

Me dejé caer en un sillón grande, con apoyabrazos altos, que resultó más cómodo de lo que aparentaba. Ella se sentó en un sofá bajo a mi derecha, doblando las piernas.

-¿Puedo ofreceros algo de comer y beber?

-No, gracias. Sólo puedo quedarme un rato. Venía a deciros que en nuestro trayecto de vuelta a casa, Random, Ganelón y yo, nos vimos obligados a dar un rodeo; poco después de ese retraso nos reunimos con Benedict. El resultado de esa reunión fue que Random y Benedict tuvieron que emprender otro viaje corto.

-¿Cuánto tiempo estará fuera?

-Probablemente toda la noche. Quizás un poco más. En caso de que así fuera, nos lo comunicaría a través de los Triunfos y nosotros os lo diríamos de inmediato.

Mi costado comenzó a palpitar y yo le di unos masajes.

-Random me ha contado muchas cosas sobre vos -comentó.

Me reí entre dientes.

-¿Estáis seguro de que no queréis algo de comer? No sería ninguna molestia.

-¿Os dijo que siempre tengo hambre?

Se rió.

-No. Pero si habéis estado tan activo como decís, imagino que no tuvisteis tiempo para almorzar.

-Tenéis casi toda la razón. De acuerdo. Con un poco de pan me daré por satisfecho.

-Muy bien. Esperad un momento.

Se puso de pie y se fue a la otra habitación. Aproveché ese momento para rascarme con ganas alrededor de la herida, que me escocía como mil demonios. Acepté su ofrecimiento en parte por este motivo y en parte porque me di cuenta de que estaba hambriento. Sólo después me percaté de que no podía verme mientras me rascaba. Sus movimientos seguros, su postura confiada, me habían hecho olvidar que era ciega. Eso era bueno. Me complacía que lo llevara tan bien.

La escuché entonar una melodía: «La Balada de los Navegantes», la canción de la gran flota mercante de Ámbar. Ámbar no destaca por su industria, y la agricultura nunca fue nuestro punto fuerte. Pero nuestros barcos navegaban las sombras, viajando a todas partes, estableciendo todo tipo de comercio. Casi todo ambarita, noble o plebeyo, se alista en algún momento en la flota. Aquellos de sangre real establecieron las rutas marítimas hace mucho tiempo para que cualquier barco las pudiera recorrer. Cada capitán guarda en su memoria los mares de más de dos docenas de mundos. Yo mismo participé en ello en tiempos pasados, y,

aunque mi aportación nunca fue tan importante como la de Gérard y Caine, quedé muy impresionado por las fuerzas de las profundidades y por el espíritu de los hombres que surcan los mares.

Después de un rato, Vialle regresó portando una gran bandeja llena de pan, queso, carne, fruta y una frasca de vino. La colocó sobre una mesa cercana.

-¿Pretendéis alimentar a un ejército? -pregunté.

-Mejor que no falte.

-Gracias. ¿Me acompañáis?

-Tal vez tome una fruta -aceptó.

Sus dedos tantearon durante un segundo y localizaron una manzana. Luego volvió a sentarse en el sofá.

-Random me dijo que vos escribisteis esa canción -comentó.

-Fue hace mucho tiempo, Vialle.

-¿Habéis compuesto alguna recientemente?

Iba a sacudir la cabeza, y me contuve, diciendo:

-No. Esa parte de mí... descansa.

-Es una pena. Es muy hermosa.

-Random es el verdadero músico de la familia.

-Sí, es muy bueno. Pero la interpretación y la composición son dos cosas diferentes.

-Cierto. Tal vez algún día, cuando las cosas se hayan arreglado... Decidme, ¿sois feliz aquí en Ámbar? ¿Tenéis todo lo que necesitáis?

Sonrió.

-Random es todo lo que necesito. Es un buen hombre.

Me sentí extrañamente conmovido al oírla hablar de esa manera.

-Entonces me alegro por vos -dije. Y luego añadí-: Siendo el más joven, el más pequeño... tuvo que soportar muchas bromas crueles y tal vez lo pasó peor que el resto de nosotros. No hay nada más inútil que otro príncipe cuando ya hay una multitud de ellos por los alrededores.

Yo fui tan culpable como los demás. Bleys y yo una vez lo dejamos abandonado en un islote al sur de aquí...

-... Y Gérard fue a rescatarlo cuando lo supo -comentó-. Sí, él me lo contó. Aún debe molestaros si lo recordáis después de tanto tiempo.

-También se le quedó grabado a él.

-No, os perdonó hace mucho tiempo. Me lo contó como una broma. También me confesó que una vez atravesó el tacón de vuestra bota con una pequeña estaca... que os clavasteis en el pie al ponérosla.

-¡Entonces *fue* Random! ¡Vaya sorpresa! Siempre le eché la culpa a Julián.

-Eso le molesta a Random.

-Hace tanto tiempo que ocurrió... -observé.

Sacudí la cabeza y continué comiendo. El hambre se apoderó de mí y ella me concedió varios minutos de silencio mientras lo aplacaba. Cuando acabé, me sentí obligado a decir algo.

-Ya me encuentro mejor. Mucho mejor -comencé-. Fue una noche agotadora y extraña la que pasé en la ciudad en el cielo.

-¿Habéis recibido alguna profecía que tenga cierta utilidad?

-No sé cuan provechosas puedan resultar. Pero supongo que si tuviera que elegir entre conocerlas o no, preferiría oírlas, sin importar el valor que tengan. ¿Ha ocurrido algo interesante aquí en palacio mientras estuve fuera?

-Un sirviente me comentó que vuestro hermano Brand se está recuperando. Esta mañana comió con ganas, lo que es un buen síntoma.

-Así es -dije-. Así es. Parece que ya está fuera de peligro.

-Casi con toda seguridad. Son... son terribles las experiencias que habéis vivido últimamente todos vosotros. Lo siento. Tenía la esperanza de que conseguiríais algún atisbo de mejoría en vuestros asuntos si pasabais esta noche en Tir-na Nog'th.

-No importa -dije-. No estoy tan seguro de que dichas profecías tengan algún significado.

-¿Entonces por qué...? Oh.

La estudié con renovado interés. Su cara todavía no delataba nada, pero su mano derecha se cerró, aprisionando la tela del sofá. Luego, como dándose cuenta de la elocuencia de este acto, la dejó inmóvil. Obviamente ella misma se había respondido a su pregunta, y en ese momento deseó haberlo hecho en silencio.

-Sí -contesté-. Quise ganar tiempo. Estáis al tanto de mi herida.

Asintió.

-No estoy enojado con Random por contároslo -observé-. Su juicio siempre ha sido certero y cauto. No veo ninguna razón para no fiarme de él. Sin embargo, debo preguntaros qué os ha dicho, tanto por vuestra propia seguridad como por mi tranquilidad, ya que hay ciertas cosas que sospecho pero que aún no he expresado.

-Lo entiendo. Es difícil calcular la falta de conocimiento -quiero decir, lo que él pudo haber soslayado-, pero él me cuenta casi todo. Conozco vuestra historia y la de casi todos los demás. Me mantiene al corriente de los acontecimientos, sospechas, conjeturas.

-Gracias -dije, tomando un sorbo de vino-, saberlo me hace más fácil hablar con vos. Voy a contaros todos los detalles de lo sucedido desde el desayuno hasta ahora...

Y así lo hice.

Ocasionalmente, mientras yo hablaba, ella sonreía, pero no me interrumpió. Cuando acabé, me preguntó:

-¿Pensasteis que al mencionar a Martin me enfadaría?

-Parecía posible -repliqué.

-No -dijo-. Conocí a Martin en Rabma cuando sólo era un niño pequeño. Yo estuve allí mientras él crecía. Me gustaba entonces. Incluso si no fuera el hijo de Random también me gustaría. Sólo puedo estar contenta por la preocupación que siente Random por él, y espero que esto aún los pueda unir.

Sacudí la cabeza.

-No conozco gente como vos demasiado a menudo -observé-. Y me alegro de haberos conocido al fin.

Se rió, y luego dijo:

-Estuvisteis ciego bastante tiempo.

-Sí.

-Esto puede amargar a una persona, o le puede enseñar a disfrutar más con lo que tiene.

Na tuve que recordar los sentimientos de aquellos

días de ceguera para saber que yo pertenecía al primer tipo, incluso olvidándome de las circunstancias que me condujeron a esa situación. Lo siento, pero así es como soy, y lo lamento.

-Cierto -acordé-. Sois afortunada.

-En realidad sólo es un estado mental... algo que un Señor de la Sombra fácilmente puede apreciar.

Se puso de pie.

-Siempre me pregunté cómo seríais -dijo-. Random os ha descrito para mí, pero no es lo mismo. ¿Me permitís?

-Por supuesto.

Se acercó y puso los dedos sobre mi rostro. Con delicadeza, recorrió mis facciones.

-Sí -corroboró-, sois tal como os imaginaba. Y siento la tensión que hay en vos. Ha estado ahí durante mucho tiempo, ¿no es cierto?

-De una u otra manera, supongo, desde que regresé a Ámbar.

-Me pregunto -aventuró- si no seríais más feliz antes de recuperar la memoria.

-Es una de esas preguntas imposibles de contestar -dije-. También podría estar muerto si no la hubiera recobrado. Pero dejando eso a un lado de momento, incluso en esa época sentía una permanente ansiedad, algo que me molestaba cada día. Constantemente buscaba la manera de descubrir quién era yo de verdad.

-¿Pero erais más feliz, o menos, que ahora?

-Ninguna de las dos opciones -respondí-. Todo tiende a equilibrarse. Es, como sugeristeis antes, un estado mental. E incluso si no fuera así, nunca podría regresar a aquella vida ahora que sé quién soy, ahora que he encontrado Ámbar.

-¿Por qué no?

-¿Por qué me hacéis estas preguntas?

-Quiero entenderos -explicó-. Desde la primera vez que me hablaron acerca de vos en Rabma, incluso antes de que Random me contara historias vuestras, me pregunté qué era lo que os impulsaba a seguir adelante. Ahora que tengo la oportunidad -no el derecho, por supuesto, sólo la oportunidad-, pensé que valía la pena ir más allá de mi posición social y haceros esta pregunta fuera de lugar.

Reí un poco, conteniéndome.

-Muy bien -dije-. Intentaré ser honesto. Lo que me dio fuerzas al principio fue el odio -odio a mi hermano Eric- y mi deseo de subir al trono. Si me hubierais preguntado cuando regresé cuál era el sentimiento más fuerte, os hubiera contestado que el trono. Sin embargo... ahora tendría que admitir que era al revés. No me di cuenta de ello hasta este momento, pero es la verdad. Mas Eric está muerto y ya no queda nada de lo que sentía entonces. El trono permanece, y mis sentimientos son contradictorios. Existe la posibilidad de que ninguno de nosotros tenga derecho a él bajo las circunstancias actuales, e incluso si toda oposición familiar desapareciera, no lo querría en este momento. Primero tendría que reinstaurar la estabilidad del reino y luego querría aclarar algunas incógnitas.

-¿Incluso si ello os impidiera la subida al trono?

-Incluso así.

-Comienzo a entender.

-¿Qué? ¿Qué hay que entender?

-Lord Corwin, mi conocimiento de las bases filosóficas de estas cuestiones es limitada, pero tengo entendido que sois capaces de encontrar cualquier cosa que deseéis en la Sombra. Llevo pensando en ello durante mucho tiempo, y nunca comprendí por completo las explicaciones que me dio Random. Si lo quisierais, ¿no podría cada uno de vosotros internarse en la Sombra y encontrar otra Ámbar... una como ésta en todos los aspectos con la excepción de que allí seríais los gobernantes?

-Sí, podemos localizar lugares así -repliqué.

-¿Entonces por qué no lo hacéis? Así se acabarían todas estas luchas.

-Es porque sólo podemos encontrar un sitio que *pareciera* el mismo ... pero ahí se acabaría toda similitud. Nosotros somos parte de esta Ámbar de la misma manera que ella es parte nuestra. Cualquier sombra de Ámbar tendría que estar habitada por sombras de nosotros mismos para que tuviera algún valor. Incluso podríamos desterrar a nuestro doble en caso de que deseáramos habitar en ese reino. Sin embargo, los habitantes de ese reino no serían como la gente de aquí. Una sombra nunca es exactamente igual como aquello que la proyecta. Estas pequeñas diferencias se van sumando, y son peores que las importantes. Sería como entrar en una nación de extraños. La mejor comparación que se me ocurre es el encuentro con una persona que se parece enormemente a otra que conoces. Todo el tiempo esperas que se comporte como ella; peor aún, tú mismo tienes la tendencia de actuar como lo harías con la otra persona. Te enfrentas a él con la máscara a la que está habituado, pero sus respuestas no son las correctas. Es una sensación desagradable. La personalidad es lo único que no podemos controlar en nuestras manipulaciones de la Sombra. De hecho, es lo que nos permite reconocernos frente a nuestros posibles dobles. Esta es la razón por la que Flora estuvo tanto tiempo indecisa en aquella Tierra de mi exilio: mi personalidad nueva era bastante diferente.

-Empiezo a comprenderlo -musitó-. No es únicamente Ámbar lo importante para vosotros. Es el lugar más todo lo demás.

-El lugar más todo lo demás... *Eso* es Ámbar -coincidí.

-Decís que vuestro odio murió con Eric y que vuestro deseo por el trono se ha reducido por la consideración de todo lo que aprendisteis.

-Así es.

-Creo que ya he descubierto qué es lo que os impulsa.

-El deseo de estabilidad es lo que me mueve -dije-, y algo de curiosidad... y la venganza contra nuestros enemigos...

-El deber -observó-. Por supuesto.

Bufé.

-Sería reconfortante adoptar esa idea -indiqué-. Sin embargo, no soy un hipócrita. Difícilmente puedo considerarme un solícito hijo de Ámbar o de Oberon.

-Vuestra voz indica con claridad que no deseáis que se os considere como tal.

Cerré los ojos, los cerré para unirme a ella en la oscuridad, para recordar por un breve instante el mundo donde las ondas de luz no son lo más importante. Entonces descubrí que tenía razón sobre el mensaje de mi voz. ¿Por qué me burlé tan firmemente de la idea del deber tan pronto como la sugirió?

Me gusta tanto como a cualquiera que me consideren una buena persona, pura y noble y de altos ideales, incluso cuando a veces no lo soy. ¿Qué me molestó cuando mencionó mi responsabilidad hacia Ámbar? Nada. ¿Entonces qué fue?

Papá.

Ya no le debía nada, y menos «deber». En última instancia, él era responsable del estado en que se encontraba el reino. Había traído al mundo a un buen número de príncipes sin designar un sucesor al trono. Se comportó de manera bastante arbitraria con nuestras madres y luego esperó nuestra devoción y apoyo. Cambió de favorito a su antojo y, de hecho, todo indicaba que nos predispuso al uno contra el otro. Y entonces se vio envuelto en algo que no pudo manejar y dejó el reino en un estado caótico. Bastante tiempo atrás Sigmund Freud me hizo renunciar a cualquier sentimiento normal y generalizado de -animadversión hacia la unidad familiar. No tenía ningún problema en ese aspecto. Pero los hechos son otro asunto. No me desagradaba mi padre por el mero hecho de que no me hubiera dado ningún motivo para que me gustara; a decir verdad, pareció que se había esforzado en la otra dirección. Basta. Me di cuenta de que lo que me molestaba sobre la idea del deber era su representante.

-Tenéis razón -acepté, abriendo los ojos y contemplándola-, y me alegro de que me lo dijerais.

Me puse de pie.

-Dadme vuestra mano -pedí.

Extendió su mano derecha y yo la alcé hasta mis labios.

-Gracias -dije-. Ha sido un excelente almuerzo.

Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta. Cuando volví a mirarla vi que se había ruborizado y que sonreía, y aún tenía la mano parcialmente levantada... entonces comprendí el cambio en Random.

-Que tengáis buena suerte -me dijo cuando oyó que mis pasos se detenían.

-...Y vos también -le deseé, marchándome rápidamente.

Antes de aquella entrevista con Vialle, había planeado ver a Brand, pero ya no tenía tantas ganas. Por un lado, no quería encontrarme con él teniendo el cerebro tan embotado por la fatiga; y por otro, mi encuentro con Vialle había sido lo único agradable que me ocurriera en bastante tiempo, y deseaba que el recuerdo de esa velada no se viera empañado por nada.

Subí por las escaleras y caminé por el corredor hacia mis habitaciones, meditando, por supuesto, en la noche en que me apuñalaron mientras introducía la llave en la nueva cerradura. Cuando entré en el dormitorio, corrí las cortinas para ocultar la luz del atardecer y me desvestí, metiéndome en la cama. Como en otras

ocasiones en que también estaba agotado, el sueño se negó a venir. Durante un buen rato di vueltas en la cama, reviviendo los acontecimientos de los últimos días y algunos mucho más lejanos. Cuando finalmente me quedé dormido, mis sueños fueron una amalgama de dichos recuerdos, incluyendo algunos momentos pasados en mi vieja celda, cuando contemplaba la puerta.

Todavía era de noche cuando desperté. Me sentía descansado. La tensión había desaparecido, y mis pensamientos surgían mucho más tranquilos. A pesar de todo, sentía una cierta ansiedad y excitación danzando en el fondo de mi cerebro. Era como una compulsión, una idea olvidada que…

¡Sí!

Me incorporé. Recogí mi ropa y me vestí. Me ceñí Grayswandir a la cintura. Doblé una manta y la coloqué bajo mi brazo. Por supuesto…

Tenía la mente despejada y mi costado ya no palpitaba. No sabía cuánto había dormido, y no valía la pena averiguarlo. Tenía algo mucho más importante que investigar, algo que se me debió haber ocurrido mucho tiempo atrás… que de hecho se me había ocurrido. Una vez lo pensé, pero la falta de tiempo y los acontecimientos me hicieron postergarlo. Hasta ahora.

Cerré la puerta de la habitación detrás de mí y me encaminé hacia las escaleras. Las velas parpadearon, y el descolorido ciervo que llevaba siglos muriendo en el tapiz a mi derecha miraba a los perros que llevaban el mismo tiempo persiguiéndolo. A veces mis simpatías están con el ciervo; sin embargo, casi siempre todo mi ser es un sabueso. Tengo que hacerlo restaurar un día de estos.

Bajo las escaleras. No escucho ningún sonido. Eso me indica que es tarde. Bien. Otro día y todavía estamos vivos. Tal vez incluso soy un poco más sabio. Lo suficientemente sabio para darme cuenta de que necesitamos saber mucho más. Pero todavía queda esperanza. Sí. Es algo que me faltaba cuando yacía en aquella maldita celda con las manos cubriéndome los ojos quemados, aullando. Vialle… Desearía haber podido hablar un poco con vos en aquellos días. Pero todo lo que sé lo aprendí en una escuela desagradable, y probablemente nadie me hubiera concedido vuestra gracia. Sin embargo… es difícil de saber. Siempre he tenido la impresión de que soy más sabueso que ciervo, más cazador que víctima. Vos me hubierais enseñado algo que mitigara la amargura, que aplacara el odio. ¿Acaso eso hubiera cambiado los acontecimientos? El odio murió con mi hermano y la amargura también había desaparecido… pero, mirando hacia atrás, me pregunto si hubiera podido resistir sin ellos. No estoy tan seguro de haber sobrevivido a mi encarcelamiento sin su desagradable compañía, que me devolvían a la vida y a la cordura una y otra vez. Ahora puedo permitirme el lujo de pensar ocasionalmente como un ciervo, pero entonces hubiera sido fatal. Sinceramente, no lo sé, amable señora, y dudo que alguna vez lo sepa.

La segunda planta estaba silenciosa. Llegan unos pocos ruidos de abajo. Dormid bien, señora. Doy la vuelta y sigo descendiendo. Me pregunté si Random había descubierto algo importante. Posiblemente no, de lo contrario él o Benedict ya se hubieran puesto en contacto conmigo. Tal vez estuvieran en apuros. Es ridículo ir en busca de los problemas. La realidad se presenta en su debido momento, y yo tenía más que suficiente entonces.

La planta baja.

-Will -saludé-. Rolf.

-Lord Corwin.

Los dos guardias se pusieron firmes al oír mis pasos. Sus rostros me indicaron que todo estaba en orden, pero lo pregunté para mantener la formalidad.

-Todo tranquilo, Señor. Todo tranquilo -replicó el oficial de mayor rango.

-Muy bien -dije, y continué mi camino, entrando en el comedor de mármol.

Funcionaría, estaba seguro, siempre y cuando el tiempo y la humedad no la hubieran borrado. Y entonces...

Entré en el largo corredor, donde las polvorientas paredes se ciernen sobre uno. Oscuridad, sombras, mis pasos...

Llegué a la puerta y la abrí, saliendo a la plataforma. Una vez más descendí aquel camino en espiral, una luz aquí, otra allí, hacia las cavernas de Kolvir. Random tenía razón. Si se eliminara todo hasta el nivel distante de aquella planta en la que me hallaba, habría un gran parecido entre lo que quedara y el lugar de aquel Patrón original que visitamos aquella mañana.

... Hacia abajo. Girando en medio de esa penumbra. El puesto de guardia iluminado por una antorcha aparecía teatralmente austero en su interior. Cuando terminé el descenso me dirigí hacia allí.

-Buenas noches, Lord Corwin -saludó la enjuta figura cadavérica que se apoyaba en una estantería, fumando su pipa al mismo tiempo que sonreía.

-Buenas noches, Roger. ¿Cómo están las cosas en el limbo?

-Una rata, un murciélago, una araña. Todo lo demás duerme. Tranquilo.

-¿Os gusta este puesto?

Asintió.

-Estoy escribiendo un romance filosófico salpicado con elementos de horror y morbo. Trabajo esas partes aquí abajo.

-Es lo más idóneo -dije-. Necesitaré una linterna.

Cogió una del estante y la encendió con la vela.

-¿Tendrá un final feliz? -pregunté.

Se encogió de hombros.

-Yo seré feliz.

-Lo que pregunto es si el bien triunfa y el héroe se lleva a la heroína a la cama. ¿O haces que muera todo el mundo?

-Eso no es muy correcto -comentó.

-No importa. Tal vez algún día la lea.

-Tal vez -dijo.

Cogí la linterna y me volví, encaminándome hacia una dirección que no había recorrido en mucho tiempo. Descubrí que aún oía los ecos en mi mente.

Después de un rato, llegué hasta el muro, vi el corredor adecuado y me adentré en él. Entonces sólo tuve que contar mis pasos. Mis pies conocían el camino.

La puerta de mi antigua celda estaba parcialmente entornada. Deposité la linterna en el suelo y con las dos manos la abrí por completo. Crujieron los goznes cuando la empujé. Luego alcé la linterna, manteniéndola en alto, y entré.

Mi piel se estremeció y mi estómago se cerró como un puño. Temblé. Tuve que frenar un fuerte impulso para no dar media vuelta y salir corriendo. No pensé que reaccionaría así. No quería apartarme de aquella pesada puerta reforzada con bordes de latón por miedo a que se cerrara detrás mío. Fue un instante cercano al más puro terror lo que la sucia celda me había provocado. Me obligué a concentrarme en los detalles... el agujero que había sido mi letrina, el ennegrecido lugar donde encendí el fuego aquel último día. Pasé la mano izquierda por la superficie interior de la puerta, localizando las marcas que dejara cuando arañaba con mi cuchara. Recordé cómo esa actividad había dejado mis manos. Me agaché y examiné la madera que había comido. No era tan profundo como me pareció entonces, no cuando se comparaba el surco con el espesor de la puerta. Me di cuenta cómo mi mente había exagerado los efectos de aquel débil esfuerzo. Me aparté y contemplé la pared.

Los trazos eran débiles. El polvo y la humedad poco a poco los habían borrado. Pero todavía se discernían los contornos del Faro de Cabra. La magia aún estaba ahí, esa fuerza que finalmente me había transportado a la libertad. La sentí sin necesidad de concentrarme en ella.

Me volví y miré la otra pared.

El dibujo que entonces contemplé había tenido menos suerte que el del Faro, aunque fue hecho con urgencia bajo la luz de mis últimos fósforos. Ni siquiera se distinguían todos los detalles, pero mis recuerdos aportaron algunos contornos que ahí eran difusos: era la vista de una especie de biblioteca, con un montón de libros a lo largo de las paredes y un escritorio en el fondo. Me pregunté si debía arriesgarme a limpiarlo.

Puse la linterna en el suelo, y me volví nuevamente al dibujo de la otra pared. Con un extremo de la manta, quité con suavidad algo de polvo que había en la base del Faro. El trazo se hizo más nítido. Lo limpié otra vez, ejerciendo más presión. Fue un error. Borré unos tres centímetros de su contorno. Di un paso atrás y arranqué una tira ancha del borde de la manta. Doblé lo que quedaba en una especie de almohadón y me senté. Lentamente, con cuidado, me puse a trabajar en el faro. Tenía que conseguir el punto exacto antes de intentarlo con el otro dibujo.

Media hora más tarde, me incorporé, estirándome, y luego le apliqué unos masajes a mis piernas hasta que desapareció el entumecimiento. Lo que quedaba del Faro estaba limpio. Lamentablemente, destruí el 20 por ciento del dibujo antes de penetrar en la textura de la pared y descubrir la presión exacta que podía ejercer. No pensé que mejoraría.

La linterna parpadeó cuando la moví. Estiré la manta y la sacudí, cortando un trozo limpio. Con el nuevo paño, me arrodillé ante el otro dibujo y comencé el trabajo.

Un rato después había limpiado lo que quedaba de él. No recordaba la calavera sobre el escritorio hasta que la descubrí después de limpiar ese trozo… y el ángulo de la pared más lejana, y aquella vela grande… Di unos pasos atrás. Sería arriesgado seguir frotando. Probablemente innecesario. Estaba todo lo bien que se podía esperar en ese entorno.

La linterna parpadeó otra vez. Maldiciendo a Roger por no haber mirado el nivel de kerosén, me puse de pie y coloqué la linterna a la altura del hombro izquierdo. Dejé mi mente en blanco salvo por la escena que tenía enfrente.

Ganó algo de perspectiva cuando la contemplé. Un momento más tarde, se volvió totalmente tridimensional, expandiéndose hasta que llenó todo mi campo de visión. Entonces me adelanté y deposité la linterna en un extremo del escritorio.

Observé el lugar. Las cuatro paredes estaban llenas de estantes para libros. Había dos puertas en la parte más lejana de la habitación, justo enfrente de la que tenía a mi espalda: una estaba cerrada y la otra entreabierta. Había una mesa pequeña y larga repleta de libros y papeles al lado de la puerta abierta. Extraños adornos ocupaban los espacios en los estantes y en los peculiares nichos y agujeros de las paredes: huesos, piedras, artesanía, tablas escritas, lentes, varillas, instrumentos de funciones desconocidas. La enorme alfombra parecía una Ardebil. Di un paso hacia el fondo de la habitación y la linterna volvió a vacilar. Me volví, cogiéndola. En ese momento, se apagó.

Maldiciendo, bajé la mano. Entonces di media vuelta, lentamente, y busqué cualquier posible fuente de luz. Algo parecido a una rama de coral brillaba pálidamente sobre una estantería en la otra punta de la habitación, y una pequeña línea de luz apareció debajo de la puerta cerrada. Dejé la linterna y crucé la habitación.

Abrí la puerta tan silenciosamente como pude. La habitación a la que daba estaba desierta: era un pequeño salón sin ventanas, ligeramente iluminado por las ascuas todavía humeantes que había en la chimenea. Las paredes de la sala eran de piedra y se arqueaban por encima de mí. El hogar posiblemente fuera un nicho natural en el muro a mi izquierda. Había una enorme puerta blindada en la pared más lejana que tenía una gran llave parcialmente girada.

Entré, cogiendo una vela de una mesa cercana, y me acerqué a la chimenea para encenderla. Cuando me arrodillé buscando una llama en los rescoldos, oí una suave pisada cerca de la puerta.

Al volverme, lo vi más allá del umbral. Medía aproximadamente un metro y medio y era jorobado. Su cabello y su barba estaban más largos de lo que recordaba. Dworkin vestía un camisón que le llegaba hasta los tobillos. Llevaba una lámpara de aceite y sus oscuros ojos escudriñaron la negra chimenea.

-Oberon -exclamó- ¿Ha llegado la hora ya?

-¿A qué hora te refieres? -pregunté en voz baja.

Se rió entre dientes.

-¿A cuál crees? ¡La hora de destruir el mundo, por supuesto!

V

Mantuve la luz apartada de mi rostro y la voz baja.

-Todavía no -contesté-. Todavía no.

Suspiró.

-Aún no estás convencido.

Adelantó la cabeza y, echándola a un lado, me escrutó.

-¿Por qué tienes que arruinar las cosas? -inquirió.

-No he arruinado nada.

Bajó la lámpara. Giré nuevamente la cabeza pero, de todas formas, pudo observarla bien. Se rió.

-Es gracioso. Gracioso, gracioso, gracioso -repitió-. Vienes con la figura del joven Lord Corwin, creyendo que me convencerás con sentimentalismo familiar.¿Por qué no elegiste la forma de Brand o Bleys? Fueron los hijos de Clarissa los que mejor nos sirvieron.

Me encogí de hombros, incorporándome.

-Sí y no -dije, decidido a lanzarle ambigüedades durante el tiempo que las aceptara y respondiera a ellas. Quizás consiguiera algo de valor, y parecía una manera fácil de mantenerlo contento-. ¿Con qué cara te enfrentarías a los acontecimientos?

-Bueno, para ganarme tu voluntad, te imitaré -comentó, riéndose

Echó atrás la cabeza, y mientras su risa resonaba a mi alrededor le sobrevino un cambio. Su altura pareció aumentar y su rostro se deshinchó como una vela sin viento. La joroba de su espalda decreció a medida que él se erguía. Sus facciones se modificaron y la barba se le oscureció. Por ese entonces se hizo obvio que de alguna manera estaba redistribuyendo la masa de su cuerpo, ya que su camisón, que antes le llegaba a los tobillos, ahora sólo le cubría las rodillas. Respiró profundamente y sus hombros se ensancharon. Los brazos se le alargaron, su prominente estómago comenzó a encogerse, mientras se tensaba. Entonces ya me llegaba a los hombros, y seguía creciendo. Nuestros ojos quedaron a la misma altura. Su joroba había sido completamente reabsorbida. Su rostro sufrió un último reajuste y sus facciones se estabilizaron, asentándose. Su carcajada se convirtió en una risita entre dientes y desapareció con una mueca.

Contemplé una versión ligeramente más estilizada de mí mismo.

-¿Es suficiente? -inquirió.

-No está mal -comenté-. Espera, voy a echar unos leños al fuego.

-Te ayudaré.

-De acuerdo.

Cogí unos leños que había a la derecha. Cualquier pérdida de tiempo me servía, me permitía analizar sus reacciones. Mientras echaba los leños en la chimenea, él se acercó a una silla y se sentó. Cuando lo observé, vi que no me estaba mirando a mí, sino a las sombras. Permaneció un rato en silencio y finalmente preguntó:

-¿Qué ocurrió con el gran diseño?

No sabía si se refería al Patrón o a algún plan maestro de Papá del que estaba al tanto.

-Dímelo tú -le contesté.

Otra vez se rió entre dientes.

-¿Por qué no? Cambiaste de opinión, eso es lo que ocurrió -afirmó.

-¿Dime en qué...tal como tú lo ves?

-No te burles de mí. Ni siquiera tú tienes derecho a hacerlo -dijo-. Tú el que menos.

Me incorporé.

-No me burlaba de ti -le aseguré.

Atravesé la habitación, cogí otra silla y la acerqué al fuego, enfrente de Dworkin. Me senté.

-¿Cómo me reconociste? -pregunté.

-No todo el mundo conoce mi paradero.

-Es verdad.

-¿Hay muchos en Ámbar que creen que estoy muerto?

-Sí, y otros suponen que estás en algún lugar de la Sombra.

-Ya veo.

-¿Cómo te has sentido... últimamente?

Me sonrió con malicia.

-¿Me preguntas si todavía estoy perturbado mentalmente?

-Lo expresas de una manera demasiado cruda.

-A veces se disipa, otras se intensifica -dijo-. Me invade en ocasiones y otras desaparece. De momento, casi soy yo mismo... casi, repito. Tal vez la sorpresa producida por tu visita... Hay algo en mi mente que se quebró. Ya lo sabes. Sin embargo, no podría ser de otra forma. También sabes eso.

-Supongo que sí -comenté-. ¿Por qué no me lo cuentas otra vez? Quizás si lo recuerdas en voz alta te sentirías mejor, incluso podría captar algo que antes me pasara desapercibido. Cuéntame una historia.

Otra risa.

-Como tú quieras. ¿Tienes alguna preferencia? ¿Mi huida del Caos hacia esta pequeña isla en el océano de la noche? ¿Mis meditaciones ante el abismo? ¿La revelación del Patrón en una joya que colgaba del cuello de

un unicornio? ¿La transcripción que hice de ese diseño con el rayo, la sangre y una lira mientras que la furia de nuestros padres se abatía, demasiado tarde, para detenerme a medida que el poema ígneo trazaba aquella primera ruta en mi cerebro, poseyéndome con el deseo de crear? ¡Demasiado tarde! Demasiado tarde... Con las abominaciones nacidas de la enfermedad ya dentro de mí, más allá de su ayuda, de su poder, hice planes y construí, preso en mi nuevo ego. ¿Es esa la historia que te gustaría oír de nuevo? ¿O prefieres que te narre su cura?

Mi mente sintió vértigo ante las implicaciones que acababa de arrojar a puñados. No sabía si hablaba literal o metafóricamente, o si simplemente compartía conmigo ilusiones paranoides, pero las cosas que quería oír, que tenía que oír, estaban más cercanas en el tiempo. Así que, contemplando la imagen de mí mismo cubierta por las sombras de la cual emergía aquella anciana voz, le dije:

-Cuéntame qué hace falta para su cura.

Unió las yemas de los dedos y habló:

-Yo soy el Patrón -empezó-, en un sentido muy real. Cuando pasó a través de mi mente para tomar la forma que ahora tiene, que es la base de Ámbar, me dejó marcado de la misma forma que yo le marqué a él. Un día comprendí que yo era el Patrón y yo mismo, y esa entidad se vio forzada a convertirse en Dworkin a la vez que se convertía en sí misma. Durante el nacimiento de este lugar y de este tiempo, se produjeron modificaciones

bilaterales, y ahí radicó nuestra debilidad al igual que nuestra fuerza. Y se me ocurrió que si algo dañaba el Patrón me dañaría a mí, y el daño en mi persona se reflejaría en el Patrón. Sin embargo, no podía ser realmente dañado, ya que el Patrón me protege, ¿y quién, sino yo, puede dañar el Patrón? Parecía ser un hermoso sistema cerrado, su debilidad totalmente protegida por su fuerza.

Se quedó en silencio. Me dediqué a escuchar el fuego. No sé qué era lo que escuchaba él.

Luego prosiguió:

-Estaba equivocado. Y era algo tan simple... Mi sangre, con la cual lo dibujé, podía borrarlo. Pero me llevó eras darme cuenta de que la sangre de mi sangre también podía hacerlo. Puedes usarlo, también puedes cambiarlo... sí, hasta la tercera generación.

Descubrir que él era nuestro antepasado común no me tomó por sorpresa. De alguna manera, lo supe todo el tiempo, lo sabía sin haberlo expresado... Sin embargo... esto planteaba más interrogantes en vez de responderlos. *Junta una generación de antepasados y lo que obtienes es más confusión.* Ahora tenía menos idea que antes sobre quién era Dworkin en realidad. Añádele a esto el hecho que incluso él mismo reconocía: era una historia contada por un loco.

-¿Pero para arreglarlo...? -insistí.

Sonrió afectadamente, y era mi cara la que lo hacía ante mí.

-¿Has perdido el anhelo de ser un señor del vacío viviente, un rey del caos? -preguntó.

-Tal vez -repliqué.

-¡Por el Unicornio, tu madre, sabía que llegarías a esto! El Patrón es tan fuerte en ti como el reino mayor. ¿Cuál es tu deseo?

-Preservar el reino.

Sacudió su/mi cabeza.

-Sería más sencillo destruir todo y empezar de nuevo... como ya te he dicho tan a menudo en el pasado.

-Soy terco. Así que dímelo de nuevo -subrayé, tratando de imitar la brusquedad de Papá.

Se encogió de hombros.

-Destruye el Patrón y destruirás Ámbar... al igual que todas las sombras adyacentes. Dame tu permiso para aniquilarme en el centro del Patrón y lo haremos desaparecer. Prométeme que entonces cogerás la Joya, que contiene la esencia del orden, y la usarás para crear un nuevo Patrón, resplandeciente y puro, sin mácula, con la materia de tu propio ser mientras las legiones del caos intentan engañarte a cada paso que des. Prométemelo y déjame acabar con todo, ya que, con mi mente en el estado en que se encuentra, preferiría morir por el orden que vivir para él. ¿Qué me contestas ahora?

-¿No sería mejor reparar lo que tenemos que deshacer el trabajo de eones?

-¡Cobarde! -gritó, poniéndose en pie de un salto- ¡Sabía que volverías a contestar lo mismo!

-Bien, ¿no lo sería?

Recorrió la habitación.

-¿Cuántas veces lo hemos discutido? -preguntó-.¡Nada ha cambiado! ¡Tienes miedo de intentarlo!

-Quizás -contesté-. ¿Pero no crees que merece un esfuerzo más algo por lo que tanto has dado... un sacrificio adicional, si existe la posibilidad de salvarlo?

-Todavía no lo comprendes -replicó-. Creo que algo que está dañado debería ser destruido... y, con suerte, reemplazado. La naturaleza de mi desequilibrio personal es tal, que no concibo su reparación. Mi lesión es así. Mis sentimientos están predestinados.

-Si la Joya puede crear un nuevo Patrón, ¿por qué no va a servir para reparar el viejo, acabando con nuestros problemas y aliviando tu espíritu?

Se acercó y permaneció delante de mí.

-¿Dónde está tu memoria? -preguntó-. Sabes que sería infinitamente más difícil reparar el daño que crear uno nuevo. Incluso la Joya podría

destruirlo más fácilmente que arreglarlo. ¿Te has olvidado del aspecto que tiene? -inquirió mientras indicaba con la mano la pared detrás suyo-. ¿Quieres salir y verlo otra vez?

-Sí -dije-. Me gustaría. Vamos.

Me puse de pie y bajé la vista para mirarlo. El control que mantenía sobre su forma se había relajado al enfadarse. Ya había perdido unos diez centímetros de altura, y la imagen de mi rostro se fundía de nuevo, recobrando sus facciones de gnomo a la vez que una joroba perceptible le crecía entre los omóplatos. La había notado cuando gesticuló.

Sus ojos se abrieron y me contempló.

-De verdad quieres ir -murmuró después de un momento-. Muy bien, vamos.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la gran puerta metálica. Le seguí. Usó las dos manos para girar la llave. Luego empujó con fuerza. Me acerqué para ayudarlo, pero me apartó a un lado con una fuerza extraordinaria antes de abrirla con un último impulso. Rechinando, se abrió por completo. Inmediatamente me vi asaltado por un olor extraño pero familiar.

Dworkin atravesó el umbral y se detuvo. Cogiendo lo que parecía ser un largo bastón que estaba apoyado contra el muro hacia su derecha, golpeó varias veces contra el suelo y su extremo superior emitió un brillo. Iluminó nuestro entorno bastante bien, revelando un estrecho túnel hacia el cual avanzó. Fui tras él y en un corto trecho se ensanchó, lo que me permitió ir a su lado. El olor se hizo más fuerte, y ya casi lo había reconocido. Era muy reciente…

Unos ochenta pasos después nuestro camino giró hacia la izquierda, inclinándose hacia arriba. Entonces atravesamos una zona más pequeña que estaba salpicada de huesos rotos y que tenía un enorme anillo metálico empotrado en la roca a un metro de altura del suelo. De allí salía una resplandeciente cadena que se perdía delante nuestro como si fuera una línea de gotas derretidas enfriándose en la penumbra.

Nuestro sendero volvió a estrecharse y Dworkin fue delante una vez más. Después de un rato, torció en una esquina cerrada y le escuché murmurar. Casi tropiezo con él cuando giré. Estaba en cuclillas y tanteaba con su mano izquierda en una oscura hendidura. Cuando oí el suave graznido y vi que la cadena desaparecía en la abertura, comprendí lo que era y dónde nos encontrábamos.

-Buen Wixer -le escuché decir-. No voy lejos. Todo está bien, buen Wixer. Aquí tienes algo para que mastiques.

De dónde había cogido lo que fuera que le arrojó a la bestia, no lo sabía, pero el grifo púrpura, al que pude distinguir moviéndose en su madriguera una vez que avancé un poco, aceptó el ofrecimiento con un movimiento de cabeza y sonidos de su boca.

Dworkin me sonrió.

-¿Sorprendido? -preguntó.

-¿De qué?

-Pensaste que le tenía miedo. Pensaste que nunca me haría amigo suyo. Tú lo pusiste ahí fuera para que me mantuviera aquí dentro... lejos del Patrón.

-¿Comenté eso alguna vez?

-No tenías que hacerlo. No soy tonto.

-Lo que tú digas -acordé.

Se rió entre dientes, se incorporó y continuó avanzando por el pasaje.

Le seguí y el suelo volvió a nivelarse. El techo se elevó y el sendero se ensanchó. Por fin, llegamos hasta la entrada de la cueva. Dworkin quedó por un momento perfilado allí, con el bastón alzado ante él. Fuera era de noche, y un limpio aire marino borró el olor almizclado de la atmósfera.

Un momento más tarde, reanudó la marcha, entrando en un mundo donde titilaban las velas en el cielo como contra un fondo de terciopelo azul. Siguiéndole, quedé ligeramente boquiabierto ante esa sorprendente vista. No era simplemente el brillo de las estrellas en el cielo sin nubes y sin luna que resplandecían con un fulgor preternatural, ni que la distinción entre el cielo y el mar una vez más hubiera sido borrada. Era que el Patrón refulgía con un azul casi acetileno ante aquel cielo-mar, y todas las estrellas arriba, al lado, y debajo, estaban distribuidas con una precisión geométrica, formando un enrejado fantástico y oblicuo que, más que cualquier otra cosa, nos daba la impresión de que pendíamos en medio de una trama cósmica donde el Patrón era el verdadero centro, siendo el resto de la radiante malla una consecuencia precisa de su existencia, de su configuración y posición.

Dworkin bajó hasta el Patrón, justo al borde de la zona ennegrecida. Movió el bastón, señalando, y se volvió para mirarme cuando me acerqué a él.

-Aquí lo tienes -anunció-, aquí ves el agujero que hay en mi mente. Mis pensamientos ya no lo atraviesan, sólo lo circunvalan. Ya no sé qué hay que hacer para reparar algo que ahora no tengo. Si piensas que tú puedes hacerlo, tendrás que estar dispuesto a abrirte a la destrucción instantánea cada vez que abandones el Patrón para atravesar esa sección. Y no serás destruido por esa zona negra, sino por el mismo Patrón cuando te apartes del circuito. La Joya puede que te proteja, puede que no lo

haga. No lo sé. Pero no será más fácil. Se hará más difícil con cada circuito, y mientras tanto tu fuerza se debilitará progresivamente. La última vez que lo discutimos tuviste miedo. ¿Quieres darme a entender que te has hecho más intrépido desde entonces?

-Quizás -respondí-. ¿No ves otra salida?

-Sé que puede hacerse comenzando desde cero, ya que una vez yo lo hice así. Aparte de eso, no veo otra manera. Cuanto más aguardes, más empeorará la situación. ¿Por qué no coges la Joya y me prestas tu espada, hijo? Es e! mejor camino.

-No -dije-. Tengo que saber más. Dime otra vez cómo se hizo el daño.

-Todavía no sé cuál de tus hijos derramó su sangre en ese punto, si eso es lo que quieres saber. Fue hecho. Déjalo ahí. Nuestras naturalezas más oscuras se marcaron indeleblemente en ellos. Tal vez estén más próximos al caos del que salimos tu y yo, pero sin la fuerza de voluntad que tuvimos nosotros para vencerlo. Pensé que el ritual de atravesar el Patrón sería suficiente para ellos. No se me ocurrió nada mejor para que desarrollaran esa fuerza. Sin embargo, fracasó. No se detienen ante nada, quieren destruir el mismo Patrón.

-¿Si tuviéramos éxito comenzando de nuevo, no se repetirían estos sucesos otra vez?

-No lo sé, ¿Pero qué elección nos queda sino el fracaso y el retorno al caos?

-¿Qué sería de ellos si empezamos desde cero?

Permaneció en silencio un buen rato. Luego se encogió de hombros.

-No lo sé.

-¿Cómo hubiera sido otra generación?

Se rió entre dientes.

-¿Cómo contestar esa pregunta? No tengo ni idea.

Extraje el Triunfo mutilado y se lo alcancé. Lo contempló cerca del resplandor que emitía su bastón.

-Creo que es Martin, el hijo de Random -dije-. Aquel cuya sangre fue derramada aquí. No sé si todavía vive. ¿Qué crees que se proponía?

Giró la cabeza y observó el Patrón.

-Así que era esta carta la que se encontraba allí -comentó-. ¿Cómo la sacaste?

-La trajeron -respondí-. No la hiciste tú, ¿verdad?

-Por supuesto que no. Nunca he visto al chico. Pero esto contesta tu pregunta, ¿no es así? Si hubiera otra generación, tus hijos la aniquilarían.

-¿De la misma manera que nosotros los destruiremos a ellos?

Me miró a los ojos fijamente.

-¿Acaso te estás volviendo un padre responsable? -preguntó.

-Si no fuiste tú el que hizo el Triunfo, ¿quién fue?

Bajó la vista y recorrió la carta con su uña.

-Mi mejor pupilo. Tu hijo Brand. Es su estilo. ¿Ves lo que hacen apenas consiguen un poco de poder? ¿Alguno de ellos ofrecería su vida para salvar el reino, para restaurar el Patrón?

-Probablemente -observé-. Tal vez Benedict, Gérard, Random, Corwin…

-Benedict lleva la marca de la muerte sobre él, Gérard tiene la voluntad pero no el cerebro, Random carece de valor y determinación. Corwin… ¿no ha caído en desgracia y está prisionero?

Mis pensamientos retornaron a nuestro último encuentro, cuando me ayudó a escapar de mi celda hacia Cabra. Se me ocurrió entonces que tal vez acabara de tener un presentimiento, ya que él desconocía las causas por las que me encerraron.

-¿Ese es el motivo por el que adoptaste su forma? -continuó-. ¿Es una especie de castigo que me impones? ¿Me estás poniendo a prueba nuevamente?

-Ya no está en desgracia ni prisionero -afirmé-, aunque tiene enemigos entre la familia y fuera de ella. Él intentaría cualquier cosa para preservar el reino. ¿Qué posibilidades crees que tiene?

-¿No ha estado mucho tiempo fuera?

-Sí.

-Entonces tal vez haya cambiado. No lo sé.

-Creo que ha cambiado. Sé que desea intentarlo.

Nuevamente me observó durante un buen rato.

-Tú no eres Oberon -dijo al fin.

-No.

-Eres aquel al que veo delante mío.

-El mismo.

-Ya entiendo… No sabía que conocieras este lugar.

-No tenía idea de que existiera hasta hace poco. La primera vez que vine hasta aquí fue guiado por el unicornio.

Sus ojos se abrieron.

-Eso es… muy… interesante -murmuró-. Ha pasado tanto tiempo…

-¿Qué hay sobre lo que te pregunté antes?

-¿Eh? ¿Pregunta? ¿Qué pregunta?

-Mis posibilidades. ¿Crees que podré reparar el Patrón?

Avanzó lentamente, y extendiendo el brazo colocó su mano derecha sobre mi hombro. El bastón se ladeó en su otra mano y su luz azul resplandeció a quince centímetros de mi rostro, pero no sentí calor alguno. Miró en mis ojos.

-Has cambiado -observó después de un rato.

-¿Lo suficiente -pregunté- como para realizar el trabajo?

Apartó los ojos.

-Tal vez lo suficiente como para que valga la pena el intento -dijo-, incluso si estamos predestinados al fracaso.

-¿Me ayudarás?

-No sé si podré -comentó-. Estos estados de ánimo tan cambiantes que tengo, mis pensamientos... vienen y se marchan. Ahora mismo siento que el control que ejerzo sobre ellos se está debilitando. Quizás la excitación... Será mejor que volvamos dentro.

Escuché un ruido metálico a mi espalda. Cuando me volví, el grifo se encontraba allí, balanceando lentamente la cabeza de izquierda a derecha, su cola de derecha a izquierda, mientras la lengua salía y entraba de su boca a una velocidad pasmosa. Comenzó a rodearnos, y se detuvo cuando llegó a una posición en la que se interponía entre Dworkin y el Patrón.

-Él sabe -dijo Dworkin-. Percibe mis cambios. En esos momentos no deja que me aproxime al Patrón... Buen Wixer. Ya nos marchamos. Todo está bien... Ven, Corwin.

Nos dirigimos hacia la entrada de la cueva y Wixer nos siguió, haciendo sonar la cadena con cada paso que daba.

-La Joya -observé-, la Joya del Juicio... ¿dices que es necesaria para reparar el Patrón?

-Sí -confirmó-. Tiene que ser llevada durante todo el trayecto a través del Patrón, rediseñando los trazos originales en los sitios donde han sido dañados. Sin embargo, esta tarea sólo la puede realizar alguien que esté sintonizado con la Joya.

-Yo lo estoy -afirmé.

-¿Cómo lo lograste? -preguntó, deteniéndose.

Wixer cacareó detrás nuestro, y empezamos a andar de nuevo.

-Seguí tus instrucciones escritas...y las que me comunicó Eric antes de morir -expliqué-. La llevé conmigo hasta el centro del Patrón y me proyecté en su interior.

-Ya veo -dijo-. ¿Cómo la conseguiste?

-De Eric, en su lecho de muerte.

Entramos en la cueva.

-¿La tienes ahora?

-Me vi obligado a esconderla en un lugar de la Sombra.

-Te sugiero que la recojas lo mas rápidamente posible y que la traigas aquí o la lleves al palacio. Su sitio idóneo está cerca del centro de la creación.

-¿Por qué?

-Tiende a producir un efecto de distorsión en las sombras si permanece en ellas demasiado tiempo?

-¿Distorsión? ¿De qué manera?

-De antemano es imposible saberlo. Depende exclusivamente del lugar en el que esté.

Doblamos en una esquina y continuamos nuestro camino de regreso a través de la oscuridad.

-¿Qué significado tiene -pregunté-, cuando llevas la Joya, que todo se haga más lento a tu alrededor? Piona me advirtió que podía ser peligroso, pero no estaba segura del porqué.

-Significa que has alcanzado los límites de tu propia existencia, que tus energías quedarán, en poco tiempo, completamente agotadas, que morirás a menos que hagas algo, y rápidamente.

-¿Qué?

-Extraer poder del mismo Patrón... el Patrón original que hay dentro de la Joya.

-¿Cómo lo consigues?

-Debes entregarte a él, liberarte, desterrando tu identidad, borrando los límites que te separan de lo que te rodea.

-Parece más fácil decirlo que hacerlo.

-Pero puede ser hecho, y es el único camino.

Sacudí la cabeza. Continuamos, llegando por fin ante la gran puerta. Dworkin extinguió la luz del bastón y lo apoyó contra la roca. Entramos y cerramos la puerta. Wixer se había apostado justo al otro lado.

-Tendrás que marcharte ahora -dijo Dworkin.

-Pero hay muchas más cosas que quiero preguntarte, y algunas que me gustaría decirte.

-Mis pensamientos se hacen incoherentes... desperdiciarías tu aliento. Mañana por la noche, o la siguiente, o la próxima. ¡Rápido! ¡Márchate!

-¿Por qué esa prisa?

-Podría herirte cuando se apodere de mí la transformación. Ahora mismo la estoy manteniendo a raya a duras penas. ¡Márchate!

-No sé cómo. Sé llegar hasta aquí, pero...

-Hay muchos Triunfos especiales en el escritorio de la otra habitación. ¡Llévate la linterna! ¡Vete a cualquier parte! ¡Lárgate de aquí!

Iba a protestar, diciéndole que no temía ningún daño físico que pudiera nacerme, cuando sus facciones comenzaron a fluir como cera derretida y pareció más grande y sus extremidades más largas que antes. Cogí la linterna y huí del cuarto, poseído por un súbito escalofrío.

... Al escritorio. Abrí de un manotazo el cajón y cogí algunos Triunfos que había sueltos allí. Entonces oí pasos de algo que entraba en la habitación detrás mío, venía del cuarto que yo acababa de dejar. No parecían los pasos de un hombre. No miré atrás, sino que alcé las cartas ante mí y contemplé la primera. No era una escena familiar, pero inmediatamente abrí mi mente y la proyecté hacia el paisaje. El risco de una montaña, un contorno que no se distinguía detrás, un cielo extrañamente graneado, unas pocas estrellas desperdigadas hacia la izquierda... La carta era alternativamente caliente y fría al tacto, y pareció que un fuerte viento me sacudía cuando me concentré, de alguna manera, redistribuyendo el paisaje.

Entonces, justo detrás mío, una voz demasiado alterada pero todavía con un timbre de Dworkin, habló:

-¡Idiota! ¡Has escogido la tierra de tu perdición!

Una mano enorme con forma de garra -negra y correosa, retorcida- pasó por encima de mi hombro, como queriendo arrebatarme la carta. Pero la visión parecía a punto, y yo me lancé hacia ella, dando vuelta al Triunfo tan pronto como me di cuenta de que había escapado. Entonces me detuve y permanecí inmóvil, dejando que mis sentidos se adaptaran a mi nuevo entorno.

Lo reconocí. De fragmentos de leyendas, de conversaciones familiares aisladas, y de una sensación general que me invadió, reconocí el lugar al que había venido. Fue con la completa certeza de su nombre que alcé los ojos para contemplar las Cortes del Caos.

VI

¿Dónde? Los sentidos son inciertos, y los míos estaban sometidos a una presión más allá de sus límites. La roca sobre la que me encontraba... Si la miraba fijamente cobraba la apariencia del asfalto en una tarde calurosa. Parecía cambiar y oscilar, aunque mis pies seguían firmemente apoyados y no notaban nada. Pulsaba y resplandecía como la piel de una iguana. Alzando la vista, vi un cielo como el que mis ojos jamás habían contemplado antes. En ese momento se hallaba dividido por la mitad, de las cuales una era del negro-noche más profundo, con estrellas danzando en él. Cuando digo que danzaban, no quiero decir que parpadeaban: daban saltos y cambiaban de magnitudes; avanzaban a toda velocidad en línea recta y giraban en círculos; brillaban con la intensidad de novas y luego se consumían y se apagaban. Era un espectáculo aterrador, y mi estómago se encogió a medida que experimentaba una profunda acrofobia. La situación no mejoró cuando aparté los ojos. La otra mitad del cielo era como una botella de arenas coloreadas que se ven continuamente sacudidas; franjas anaranjadas, amarillas, rojas, azules, marrones y de tonalidad púrpura se entremezclaban sin parar; iban y venían trozos de color verde, malva, gris y blanco muerto, transformándose a veces en franjas y reemplazando o uniéndose a las otras entidades que se retorcían. Y también estos fenómenos parpadeaban y titilaban, creando imposibles sensaciones de distancia y proximidad. En ciertos momentos, algunos o todos parecían encontrarse literalmente en lo alto del cielo para luego llenar el espacio ante mis ojos como gaseosas y transparentes nieblas, translúcidas guadañas o sólidos tentáculos de color. Más tarde me di cuenta de que la línea que dividía el negro de la parte de color, avanzaba lentamente desde mi derecha a la vez que retrocedía a mi izquierda. Era como si todo el mándala celestial estuviera rotando en un punto aproximadamente encima de mi cabeza. Con respecto a la fuente de luz de la mitad más luminosa, no

sabía de dónde provenía. De pie allí, bajé la vista a lo que en un principio pareció un valle lleno de incontables explosiones de color; pero cuando la oscuridad que se aproximaba arrastró consigo esa exhibición, las estrellas danzaron Y ardieron en sus profundidades de la misma manera que lo hacían arriba, dando la impresión de un abismo sin fondo. Era como si me encontrara en el fin del mundo, el fin del universo, el fin de todo. Pero lejos, muy lejos de donde yo me hallaba, algo flotaba sobre un montículo intensamente negro... era una negrura en sí misma, ocasionalmente asaltada por resplandores apenas perceptibles de luz. No podía adivinar su tamaño, ya que la distancia, la profundidad y la perspectiva no existían. /Era un edificio? ¿Una formación? ¿Una ciudad? ¿O simplemente un lugar? Su contorno variaba cada vez que se posaba en mi retina. En ese momento, ligeras y neblinosas hojas aparecieron lentamente a la deriva entre aquello y retorciéndose como si fueran largas tiras de gasa llevadas por aire caliente. Cuando el mándala se invirtió cesó su movimiento giratorio. Ahora los colores se encontraban detrás de mí, y eran imperceptibles a menos que girara la

cabeza, acción que no tenía deseos de realizar. Me sentía a gusto allí de pie, contemplando la carencia de formas de la cual eventualmente todas las cosas surgieron.-- Esto ya existía incluso antes de que se creara el Patrón, pensé fugazmente pero seguro de ello. Lo sabía, ya Que estaba convencido de que yo había estado aquí antes. Siendo el niño del hombre en que me convertí, me pareció que en un día muy lejano me habían traído aquí -no me acordaba si fue Papá o Dworkin-, y permanecí, o me sostuvieron, en este mismo lugar o en uno muy parecido, y contemplé la misma escena con, lo juraría la misma incapacidad de comprensión que tenía en ese momento, con un sentido de la aprehensión muy parecido. Mi placer se vio ensombrecido por una excitación nerviosa, una sensación de sospechosa anticipación. Y, extrañamente, en ese momento se apoderó de mí una cierta añoranza por la Joya que tuve que abandonar en aquel montón de abono en la Tierra de sombra, esa joya a la que Dworkin había dado tanta importancia. ¿Acaso una parte de mí buscaba una defensa, o al menos un símbolo de resistencia, contra cualquier peligro que acechara más allá del lugar en el que me encontraba? Probablemente.

Mientras miraba fascinado a través del abismo, mis ojos parecieron adaptarse, o una vez más el paisaje cambió de manera sutil. Ya que en ese momento distinguí diminutas y fantasmales formas moviéndose en aquel lugar a lo largo de las tiras de gasa como si fueran meteoritos en cámara lenta. Esperé, observándolas atentamente, tratando de comprender sus movimientos. Al fin, una de las tiras pasó muy cerca mío. Poco después obtuve mi respuesta.

Hubo un movimiento. Una de las veloces formas se hizo más grande, y me percaté de que seguía el sinuoso camino que conducía hasta donde yo me encontraba. En sólo unos pocos momentos adquirió la forma de un jinete. A medida que se acercaba, asumió una semblanza de solidez sin perder esa cualidad fantasmal que parecían tener todas las formas que había ante mí. Unos segundos más tarde contemplé a un jinete desnudo sobre un caballo desprovisto de pelo. Los dos eran mortalmente pálidos y avanzaban a toda velocidad hacia mí. El jinete esgrimía una espada de color blanco; tanto sus ojos como los del caballo brillaban con un rojo intenso. Tan antinatural era su porte, que no sabía si podía verme o ni siquiera si existíamos en el mismo plano de realidad. Aun así, desenvainé a Grayswandir y di un paso atrás a medida que se aproximaba.

Su largo cabello blanco lanzaba diminutos destellos, y cuando giró la cabeza estuve seguro de que venía a embestirme, ya que sentí su mirada como una fría presión en todo mi cuerpo. Me coloqué de costado, alzando mi espada en posición de guardia.

Siguió avanzando, y me di cuenta de que tanto él como el caballo eran grandes, más grandes incluso de lo que yo había pensado. Continuaban su avance. Cuando alcanzaron el punto más cercano a mí -unos diez metros, quizás-, el, caballo se alzó sobre sus patas traseras en respuesta a que el jinete tiró de las riendas. Entonces me observaron,

moviéndose y oscilando como si se encontraran sobre una balsa en un mar tranquilo.

-¡Vuestro Nombre! -exigió el jinete-. ¡Vos, que entráis en este lugar, debéis darme vuestro nombre!

Su voz me llegó a los oídos con un sonido crepitante, alta y sin inflexión, en el mismo nivel.

Negué con la cabeza.

-Doy mi nombre cuando yo quiero, no cuando se me ordena -contesté-. ¿Quién sois vos?

Lanzó tres cortos ladridos, y yo pensé que era su risa.

-Os destrozaré, y luego gritaréis vuestro nombre durante toda la eternidad.

Le apunté a los ojos con Grayswandir.

-Las palabras son gratis -dije-. El whisky cuesta dinero.

Justo entonces tuve una sensación de frialdad, como si alguien estuviera jugando con mi Triunfo, pensando en mí. Pero era lejana y débil, y yo no podía prestarle ninguna atención, ya que el jinete le había transmitido alguna señal a su caballo, que volvió a alzarse sobre sus dos patas traseras. Pensé que la distancia era demasiado grande. Pero este pensamiento pertenecía a otra sombra. La bestia saltó, tirándose sobre mí y dejando el tenue camino que hasta entonces había seguido.

Su salto no le acercó demasiado a donde yo me encontraba. Pero no desapareció en el abismo, como yo había esperado. Prosiguió con sus movimientos de galope, y aunque su avance no fue tan importante como la acción, continuó moviéndose por encima del abismo a la mitad de la velocidad que llevaba antes.

Mientras ocurría esto, vi que en la distancia de la que había venido apareció otra figura que también se encaminaba en mi dirección. No me quedaba otra salida que resistir donde me encontraba y luchar, con la esperanza de deshacerme de mi atacante antes de que el otro estuviera encima mío.

A medida que el jinete se acercaba, su intensa mirada fluctuó de mi persona hasta mi mano, donde se detuvo en Grayswandir. Fuera cual fuere la extraña iluminación que surgía detrás de mí, se posó de manera extraña en los delicados trazos de la hoja de mi espada, dándoles nuevamente vida, de manera que una parte del Patrón que tenía grabado osciló, resplandeciendo a lo largo de todo el acero. En ese momento el jinete se encontraba muy próximo, pero aun así tiró de las riendas y sus ojos se alzaron, clavándose en los míos. Su desagradable mueca desapareció.

-¡Os conozco! -exclamó-. ¡Sois aquel al que llaman Corwin!

Eso le perdió.

Los cascos delanteros de su montura se posaron sobre el reborde de la plataforma rocosa y se lanzó hacia adelante. Los reflejos de la bestia

buscaron una solidez similar para sus patas traseras, a pesar de las riendas que la frenaban. El jinete colocó su espada en una posición de guardia cuando me lancé sobre él, pero lo esquivé, atacándole desde su izquierda. Mientras cambiaba su espada para bloquear la mía, yo ya había penetrado en su defensa. Grayswandir atravesó su pálida piel, entrando por debajo del esternón y por encima de sus entrañas.

Lo esquivé una vez más cuando se volvió e intentó alcanzarme con su arma. En ese momento el jinete explotó en una columna de luz. La bestia relinchó, dio media vuelta y huyó. Sin detenerse, saltó por encima del borde y desapareció en el abismo, dejándome con el recuerdo de la cabeza humeante de un gato que mucho tiempo atrás se había dirigido a mí, sintiendo los mismos escalofríos cada vez que recordaba esa escena.

Apoyé la espalda contra una roca, jadeando. El camino neblinoso se había acercado más a mí... se encontraba a unos tres metros del reborde. Yo padecía un calambre en el costado izquierdo. El segundo jinete se aproximaba rápidamente. No era pálido como el primero. Su cabello era oscuro y la cara tenía color. Montaba un alazán con una larga crin. Llevaba una ballesta preparada para disparar. Miré detrás mío, pero no vi ningún lugar al que pudiera retroceder, ninguna grieta en la que pudiera protegerme.

Me limpié la palma de la mano en los pantalones y agarré a Grayswandir por la empuñadura. Me coloqué de costado, para ofrecer el menor blanco posible, y alcé mi espada entre nosotros, manteniendo la empuñadura al mismo nivel de mis ojos, la punta hacia el suelo... era el único escudo que poseía.

El jinete, cuando llegó delante mío, se detuvo en el extremo más cercano de ese camino de gasa. Con lentitud alzó la ballesta, sabiendo que si no me derribaba inmediatamente con su primer disparo yo podría arrojarle mi espada como si fuera una lanza. Nuestros ojos se encontraron.

No llevaba barba y era delgado. Tras sus párpados entrecerrados creí distinguir que los ojos eran claros. Controlaba muy bien a su montura, con la presión adecuada de las rodillas. Las manos eran grandes y firmes. Capaces. Cuando lo contemplé tuve una extraña sensación.

El momento se estiró más allá del punto de la acción. Se echó hacia atrás y bajó ligeramente su arma, aunque la tensión existente no se disipó con esa postura más relajada.

-¿Esa espada que lleváis es la que llaman Grayswandir? -preguntó en voz alta.

-Sí -repliqué-, es ella.

Continuó su escrutinio, y algo en mi interior buscó algunas palabras para decir, fracasando en la oscuridad.

-¿Qué buscáis aquí? -inquirió.

-Marcharme -contesté.

Se escuchó un sonido como un *chish-chá* cuando la flecha golpeó en una roca que había a mi izquierda.

-Entonces marchaos -dijo-. Este es un lugar peligroso para vos.

Hizo que su montura girara en la dirección por la que había venido.

Bajé a Grayswandir.

-No os olvidaré -comenté.

-No -observó-. No lo hagáis.

Entonces se marchó galopando, y momentos más tarde la gasa también se perdió a la deriva.

Envainando a Grayswandir di un paso adelante. El mundo comenzaba a girar a mi alrededor otra vez, la luz avanzaba desde mi derecha y la oscuridad retrocedía a mi izquierda. Miré a mi alrededor buscando algún camino por el que pudiera escalar la pared rocosa que había a mi espalda. Parecía alzarse unos diez o doce metros, y yo quería contemplar la vista desde su cima. El reborde donde me encontraba se extendía hacia ambos lados. Sin embargo, el que conducía a la derecha se estrechaba rápidamente, impidiendo una ascensión segura. Me volví y me dirigí a la izquierda.

Llegué hasta el punto más escarpado en un lugar estrecho más allá de un saliente rocoso. Observé su superficie y vi que era posible ascender por ahí. Inspeccioné detrás mío para asegurarme de que no se acercaba ninguna amenaza. El camino fantasmal se había alejado bastante; no vislumbré ningún jinete. Comencé a escalar.

La subida no fue difícil, aunque la altura resultó mayor de lo que me pareció desde abajo. Posiblemente se debió a un síntoma de distorsión espacial que había afectado a mi visión en este lugar. Pasado un rato, me ayudé con las manos y me incorporé en un punto que permitía una mejor visibilidad de la otra parte del abismo.

Nuevamente contemplé los caóticos colores. Desde mi derecha la oscuridad los conducía. La tierra sobre la que danzaban estaba salpicada de rocas y cráteres, y no se veía ningún signo de vida en ella. Sin embargo, atravesándola desde el lejano horizonte hasta un punto de las montañas de la derecha, se veía algo oscuro y serpenteante, que sólo podía ser el camino negro.

Después de diez minutos de cuidadosa subida, logré situarme en un lugar desde el cual podía ver su final. Cruzaba un ancho paso en las montañas y llegaba justo hasta el mismo borde del abismo. Allí, su negrura se mezclaba con la que llenaba el lugar, sólo perceptible en ese momento gracias a que no se veía el resplandor de ninguna estrella. Aprovechando la oclusión en la que me encontraba para calibrarlo, tuve la impresión de que continuaba hasta la oscura eminencia alrededor de la cual flotaban los senderos neblinosos.

Me tendí sobre mi estómago, pegándome lo más posible a la superficie rocosa; no quería llamar la atención de ningún ojo invisible que pudiera estar contemplando la pequeña cima en la que me encontraba. Tumbado allí, pensé en el acceso que se le brindó al camino negro. El daño hecho en el Patrón había dejado Ámbar abierta, y tuve la certeza de que mi maldición ayudó mucho a ello. Supe que hubiera ocurrido también sin mi ayuda, pero yo había colaborado. La culpa en parte era mía, pero no toda, como una vez llegué a creer. Entonces pensé en Eric cuando yacía moribundo en Kolvir. Me dijo que tanto como me odiaba, reservaría su maldición de muerte para los enemigos de Ámbar. Era irónico, yo era el vehículo, y las Cortes del Caos los enemigos. Mis esfuerzos de ese momento se dirigían totalmente a hacer que el último deseo de mi hermano más odiado se hiciera realidad. La maldición suya que anulaba la mía me tenía a mí como su agente ejecutor. Tal vez, en un esquema mucho más grande, tuviera algún sentido.

Busqué con los ojos huestes de resplandecientes jinetes preparándose para marchar por aquel camino, y me alegré de no verlas. A menos que otra expedición hubiera salido ya, Ámbar estaba temporalmente a salvo. Sin embargo, varias cuestiones me perturbaron en ese momento, entre ellas por qué no se había producido todavía otro ataque si el tiempo fluía tan peculiarmente en aquel lugar como el posible origen de Dará indicaba. Ciertamente habían tenido tiempo más que suficiente para reunir sus fuerzas y lanzar otro ataque. ¿Acaso había ocurrido algo especial recientemente, esto es, en el tiempo de Ámbar, que alteró la naturaleza de su estrategia? En caso afirmativo, ¿qué? ¿Las armas que yo traje? ¿La recuperación de Brand? También me pregunté hasta dónde llegaban los puestos de vigilancia establecidos por Benedict. Estaba claro que hasta aquí no, ya que de lo contrario me hubiera informado. ¿Había estado él alguna vez en este lugar? ¿Estuvo alguno de mis otros hermanos recientemente en el lugar en el que yo me encontraba en ese momento, contemplando las Cortes del Caos, con el conocimiento de algo que yo no sabía? Decidí interrogar a Brand y a Benedict al respecto tan pronto como regresara.

Todos estos pensamientos hicieron que me preguntara cómo se estaba comportando el tiempo conmigo en ese momento. Decidí que era mejor que no perdiera más del necesario. Observé los otros Triunfos que cogí del escritorio de Dworkin. Así como todos eran interesantes, ninguna de las escenas desarrolladas en ellos me era familiar. Entonces extraje mi propio mazo y saqué el Triunfo de Random. Quizás fue él quien intentó ponerse en contacto conmigo antes. Alcé su carta y la contemplé.

Después de un rato, osciló ante mis ojos y vi un calidoscopio borroso de imágenes, con la impresión de que Random se encontraba en el centro. Movimiento, y perspectivas cambiantes...

-Random -dije-. Soy Corwin.

Sentí su mente, pero no obtuve ninguna respuesta. Me di cuenta de que se encontraba en medio de una cabalgada infernal, con toda su

concentración puesta en alterar el material de la Sombra a su alrededor. No podía responderme sin perder el control. Bloqueé el Triunfo con la mano, rompiendo el contacto.

Saqué la carta de Gérard. Momentos más tarde, se produjo el contacto. Me incorporé.

-Corwin, ¿dónde estás? -preguntó.

-En el fin del mundo -respondí-. Quiero regresar a casa.

-Adelante.

Extendió su mano. Adelanté la mía y la cogí, dando un paso.

Estábamos en la planta baja del palacio en Ámbar, en la sala de estar a la que nos habíamos dirigido todos la noche del retorno de Brand. Parecía que el día acababa de nacer. Había un fuego encendido en el hogar. Estábamos solos.

-Intenté ponerme en contacto contigo antes -comentó-. Creo que también Brand lo intentó. Pero no estoy seguro.

-¿Cuánto tiempo he estado fuera?

-Ocho días -respondió.

-Me alegro de haberme dado prisa. ¿Qué ocurre?

-Nada grave -observó-. No sé lo que quiere Brand. Ha preguntado por ti continuamente, y yo no pude localizarte. Hasta que al fin le di un mazo de cartas y le dije que lo intentara él, a ver si tenía más suerte. Aparentemente, no la tuvo.

-Estuve ocupado -aclaré-, y la diferencia temporal fue bastante grande.

Asintió.

-Ahora que está fuera de peligro, lo evito todo lo que puedo, ya que otra vez se encuentra en uno de sus estados de ánimo sombríos. Insiste en que puede cuidarse solo, lo cual, dada su predisposición actual, me alegra.

-¿Dónde está?

-Instalado en sus habitaciones, y hace una hora estaba allí... meditando.

-¿Ha salido en algún momento?

-Sólo para dar unos breves paseos, aunque en los últimos días no salió.

-Creo que será mejor que vaya a verlo. ¿Se sabe algo de Random?

-Sí -dijo-. Benedict volvió hace unos días. Dijo que habían encontraba unas cuantas pistas con respecto al hijo de Random. Le ayudó a comprobar algunas. Una de ellas conducía aún más lejos, pero Benedict creyó que no era bueno que se alejara tanto de Ámbar tal como está la situación aquí. Así que dejó que Random siguiera con su

búsqueda solo. Aunque ganó algo con el viaje. Regresó con un brazo artificial... una pieza hermosa. Con él puede hacer lo mismo que podía realizar antes.

-¿De verdad? -comenté-. Me resulta extrañamente familiar.

Sonrió, asintiendo.

-Me comentó que lo trajiste tú de Tir-na Nog'th. De hecho, quiere hablar contigo sobre ello lo más rápido posible.

-Me lo imagino -señalé-, ¿Dónde está ahora?

-En uno de los puestos de vigilancia que estableció a lo largo del camino negro. Tendrás que ponerte en contacto con el Triunfo.

-Gracias -dije-. ¿Se sabe algo de Julián o Piona?

Sacudió la cabeza.

-De acuerdo -repliqué, dirigiéndome hacia la puerta-. Creo que primero iré a ver a Brand.

-Tengo curiosidad por saber qué es lo que quiere -comentó.

-Lo tendré en cuenta -le dije.

Dejé la habitación y me encaminé hacia las escaleras.

VII

Di un golpe en la puerta de Brand.

-Pasa, Corwin -dijo.

Lo hice, diciéndome, cuando crucé el umbral, que no le preguntaría cómo había sabido quién era. Su habitación era un lugar sombrío, iluminado con velas a pesar del hecho de que era de día y que la habitación tenía cuatro ventanas. Tres de ellas estaban con las cortinas corridas. La cuarta se encontraba sólo parcialmente abierta. Brand permanecía de pie al lado de ésta, mirando hacia el mar. Estaba vestido totalmente de terciopelo negro y llevaba una cadena de plata alrededor del cuello. Su cinturón también era de plata, bellamente trabajado. Jugaba con una daga pequeña, y no me miró cuando entré. Todavía tenía un color pálido, pero su barba estaba bien recortada y él había ganado algo de peso desde la última vez que lo vi.

-Tienes mejor aspecto -comenté-. ¿Cómo te sientes?

Dio la vuelta y me contempló, su cara carente de expresión, los ojos entrecerrados.

-¿Dónde demonios has estado? -preguntó.

-Aquí y allá. ¿Para qué querías verme?

-Te pregunté dónde habías estado.

-Y yo te escuché -le dije, y abrí nuevamente la puerta detrás mío-. Saldré de nuevo. Luego entro y empezamos la conversación otra vez , ¿de acuerdo?

Suspiró.

-Espera. Lo siento -se disculpó-. ¿Por qué estamos todos tan irritables? No lo sé... Muy bien. Tal vez lo mejor sea que empiece desde el principio.

Guardó la daga y cruzó la habitación, sentándose en un pesado sillón de madera y piel.

-Estuve dándole vueltas a nuestra última conversación -dijo-, y a algunas cosas que no llegamos a discutir. Esperé lo que creí que era un tiempo apropiado hasta que acabaras los asuntos que te llevaron a Tir-na Nog'th y te busqué. Pregunté dónde estabas y me dijeron que

aún no habías vuelto. Esperé más tiempo. Al principio tuve impaciencia, pero luego temí que hubieras caído en alguna emboscada de nuestros enemigos. Cuando poco después pregunté de nuevo por ti, me enteré de que habías vuelto, quedándote sólo el tiempo suficiente para hablar con la esposa de Random -tuvo que ser una conversación muy importante- y descansar un poco. Me irritó tu falta de interés en mantenerme al tanto de los acontecimientos. Pero decidí esperar un poco más. Hasta que al final le pedí a Gérard que se pusiera en contacto contigo mediante tu Triunfo. Cuando no lo consiguió, me preocupé

mucho. Entonces lo intenté yo, y me pareció que me acercaba a ti en varias ocasiones, pero tampoco pude establecer el contacto. Temí por ti, y ahora veo que mi miedo fue infundado. Esa es la razón de que me precipitara cuando entraste.

-Ya veo -comenté, sentándome en un sofá a su derecha-. Lo que ocurrió es que el tiempo pasó más deprisa para mí que para ti, por lo que desde mi perspectiva estuve fuera sólo un poco. Posiblemente tú estés más recuperado de tu herida que yo de la mía.

Sonrió ligeramente y asintió.

-Por lo menos eso es algo -observó-. Por los dolores que pasé.

-Yo también he pasado por algunos dolores -dije-. Así que no me causes ninguno más. Me querías ver. Sepamos por qué.

-Hay algo que te está molestando -afirmó-. Tal vez debiéramos discutir eso primero.

-De acuerdo -acepté-. Hagámoslo.

Giré la cabeza y contemplé un cuadro que colgaba de la pared al lado de la puerta. Era un óleo más bien sombrío de la fuente que hay en Mirata, con dos hombres que conversaban de pie, al lado de sus caballos.

-Tienes un estilo muy marcado -comenté.

-En todo -replicó él.

-Me acabas de quitar las palabras de la boca -dije, localizando el Triunfo de Martin y pasándoselo.

Cuando lo examinó permaneció con la cara inexpresiva, mirándome durante un momento, brevemente, de reojo. Luego asintió.

-No puedo negar que ha sido hecho por mi mano -indicó.

-Tu mano ejecutó más que esa carta. ¿No es así?

Se humedeció los labios.

-¿Dónde la encontraste? -preguntó.

-En el mismo lugar donde tú la dejaste, en el corazón de los acontecimientos... en la verdadera Ámbar.

-Así... -comenzó, poniéndose de pie y regresando a la ventana, con la carta en alto como si la quisiera estudiar con una luz más clara-. Así que -repitió- sabes más de lo que yo pensaba. ¿Cómo descubriste el Patrón original?

Sacudí la cabeza.

-Primero contesta mi pregunta. ¿Apuñalaste a Martin?

Nuevamente se volvió hacia mí y me miró, asintiendo luego bruscamente. Sus ojos continuaron escrutando mi cara.

-¿Por qué? -pregunté.

-Alguien tenía que abrir el camino a los poderes que necesitábamos -explicó-. Lo echamos a suertes.

-Y tú ganaste.

-¿Gané? ¿Perdí? -se encogió de hombros-. ¿Qué importancia tiene esto ahora? Los acontecimientos no salieron como nosotros esperábamos. Ahora soy una persona diferente a la que fui entonces.

-¿Lo mataste?

-¿Qué?

-Me refiero a Martin, al hijo de Random. ¿Murió de la herida que le infligiste?

Puso las palmas de sus manos hacia arriba.

-No lo sé -dijo-. Si no murió, no fue porque yo no lo intenté. No hace falta que sigas buscando. Ya has encontrado al culpable. Y ahora que me hallaste, ¿qué harás?

Sacudí la cabeza.

-¿Yo? Nada. Hasta donde llega mi conocimiento, incluso puede que siga vivo.

-Entonces cambiemos de tema y hablemos de asuntos más importantes. ¿Desde cuándo tienes noción de la existencia del verdadero Patrón?

-Desde hace bastante tiempo -comenté-. Su origen, su cometido, el efecto de la sangre de Ámbar sobre él... sí, hace bastante. Le presté más atención a Dworkin de lo que suponías. Sin embargo, nunca pensé que se pudiera obtener algún beneficio dañando el mismo tejido de la existencia. Ni siquiera se me ocurrió, hasta que hablé contigo recientemente, que el camino negro pudiera estar relacionado con semejante idiotez. Encontré la carta de Martin y todo lo demás cuando fui a inspeccionar el Patrón.

-No sabía que conocieras a Martin.

-Nunca le he visto.

-¿Entonces cómo supiste que era él quien estaba representado en el Triunfo?

-No me encontraba solo en aquel lugar.

-¿Quién estaba contigo?

Sonreí.

-No, Brand. Todavía es tu turno. La última vez que hablamos me dijiste que los enemigos de Ámbar que atacaron desde las Cortes del Caos, tuvieron acceso al reino a través del camino negro debido a algo que tú, Bleys y Piona habíais hecho cuando planeabais tomar el trono. Ahora sé qué es lo que hicisteis. Benedict vigila el camino negro y yo acabo de regresar de las Cortes del Caos, y no hay ningún indicio de que estén agrupando sus fuerzas para atacarnos. Sé que el tiempo fluye de manera diferente allí. Ya han tenido más que suficiente para ultimar un nuevo

ataque. Quiero saber qué e lo que los retiene. ¿Por qué no se han movido? ¿Qué están esperando, Brand?

-Me adjudicas más conocimientos de los que poseo.

-No lo creo. Tú eres el experto en el tema. Tú has tratado con ellos. Ese Triunfo es la evidencia de que has ocultado algunos asuntos. No finjas más, habla.

-Las Cortes... -comentó-. Has estado ocupado. Eric fue un idiota al no matarte inmediatamente... si era consciente de que poseías tales conocimientos.

-Eric fue un idiota -reconocí-. Tú no lo eres. Habla.

-Yo también soy un idiota -dijo-, y, además, un tonto sentimental. ¿Recuerdas nuestra última pelea, aquí en Ámbar, hace tanto tiempo?

-Un poco.

-Yo estaba sentado en el borde de la cama y tú de pie al lado del escritorio. Cuando te diste la vuelta, dirigiéndote a la puerta, decidí matarte. Busqué debajo de mi cama, donde siempre guardo una ballesta preparada. Llegué a tener mi mano sobre ella e iba a sacarla cuando me di cuenta de algo que me detuvo.

Calló.

-¿Y qué fue? -pregunté.

-Mira hacia la puerta.

Miré, y no vi nada especial. Comencé a mover la cabeza cuando él dijo:

-En el suelo.

Entonces me di cuenta de lo que era... color rojo y oliva, marrón y verde, con un pequeño dibujo geométrico.

El asintió.

-Estabas de pie sobre mi alfombra favorita. No quise mancharla con sangre. Más tarde, mi furia desapareció. Como ves, yo también soy una víctima de las emociones y las circunstancias.

-Es una historia conmovedora... -comencé.

-... Pero quieres que deje de divagar. Sin embargo, no divagaba. Intentaba establecer un punto. Todos nosotros seguimos vivos gracias a la paciencia de alguien y a algún afortunado accidente. Y lo que me propongo es acabar con la paciencia, eliminando la posibilidad de los accidentes en un par de casos muy importantes. Pero primero responderé a tu pregunta. No estoy muy seguro de qué es lo que los retiene, aunque puedo imaginarlo. Bleys ha reunido un ejército importante para atacar Ámbar. Sin embargo, no se aproxima en magnitud al ejército con el que vosotros dos lo intentasteis. Creo que él cuenta con el recuerdo de aquel último ataque, que es lo que le condiciona en su respuesta a éste que planea. Y probablemente dicho ataque vaya precedido por los intentos de

asesinar a Benedict y a ti mismo. Pero todo será un simulacro. Estoy convencido de que Piona se ha puesto en contacto con las Cortes del Caos -tal vez ahora mismo se encuentre allí-, y los tiene preparados para el verdadero ataque, que puede ocurrir en cualquier momento después de la maniobra de distracción de Bleys. Por lo tanto...

-Has dicho que esto es sólo una hipótesis -interrumpí-. Ni siquiera estamos seguros de que Bleys todavía esté con vida.

-Bleys vive -aseguró-. Pude verificar su existencia a través de su Triunfo -incluso vislumbré brevemente sus actividades actuales- antes de que se percatara de mi presencia y la bloqueara. Es muy sensible ante estas intromisiones. Cuando lo espié se encontraba en un campamento con las tropas que lanzará contra Ámbar.

-¿Y Piona?

-No -comentó-. No intenté manipular su Triunfo, y te aconsejaría que tú tampoco lo hicieras. Ella es muy peligrosa, y no quise arriesgarme a que me cogiera con mis defensas relajadas. Mi estimación de su situación actual se basa en la deducción y no en el conocimiento directo. Pero me fío de ellas.

-Ya veo -dije.

-Tengo un plan.

-Continúa.

-La forma en .que me liberasteis combinando todas vuestras fuerzas fue bastante inspirada. Se podría utilizar el mismo principio otra vez, aunque ahora con un propósito diferente. Una fuerza como esa podría romper las defensas de cualquiera con bastante facilidad... incluso las defensas de Piona, si se concentran apropiadamente.

-¿Lo que quieres decir es que las dirigirías tú?

-Por supuesto. Propongo que reunamos a la familia y que nos concentremos hasta llegar a Piona y Bleys, sin importar donde se encuentren. Los inmovilizaremos, paralizándoles los cuerpos, sólo por un momento. El tiempo suficiente para que yo pueda actuar.

-¿Como lo hiciste con Martin?

-Mejor, creo. Martin pudo liberarse en el último momento. Eso no ocurrirá esta vez, ya que contaré con toda vuestra ayuda. Incluso con tres o cuatro de vosotros sería suficiente.

-¿Crees de verdad que puedes conseguirlo tan fácilmente?

-Sé que es mejor que lo intentemos. El tiempo pasa. Tú serás uno de los que ejecuten cuando tomen Ámbar. Igual que yo. ¿Qué dices?

-Tengo que estar convencido de que es absolutamente necesario. Entonces no me quedaría otra elección que aceptarlo.

-Es necesario, créeme. El siguiente paso es que necesitaré la Joya del Juicio.

-¿Para qué?

-Si Piona se encuentra de verdad en las Cortes del Caos, el Triunfo sólo no será suficiente para llegar hasta

ella e inmovilizarla... incluso con toda la familia detrás. En su caso, me hará falta la Joya para concentrar todas nuestras energías.

-Supongo que puede arreglarse.

-Entonces cuanto más pronto lo intentemos, mejor será. ^Podrás prepararlo todo para esta noche? Yo estoy lo suficientemente recuperado como para desempeñar mi parte.

-Demonios, no -dije, poniéndome de pie.

-¿Qué quieres decir? -aferró con fuerza los brazos de la silla, incorporándose a medias-. ¿Por qué no?

-Dije que participaría cuando estuviera totalmente convencido de que es necesario. Has admitido que gran parte de lo que has dicho es una conjetura. Eso sólo ya es suficiente para que este asunto no me convenza del todo.

-Entonces olvida tu necesidad de certeza. ¿Puedes permitirte el riesgo de no hacerlo? Corwin, el próximo ataque será mucho más fuerte que el último. Están al corriente de las nuevas armas que has traído. Contarán con ello cuando nos ataquen.

-Incluso si estuviera de acuerdo contigo, Brand, estoy seguro de que no podré convencer a los otros de que estas ejecuciones son necesarias.

-¿Convencerlos? ¡Sólo díselo! ¡Los tienes a todos cogidos del cuello, Corwin! Ahora mismo el que manda eres tú. Y quieres seguir en esa posición, ¿no es cierto?

Sonreí y me dirigí hacia la puerta.

-Y seguiré -observé-, pero haciendo las cosas a mi manera. Sin embargo mantendré tu sugerencia en mi mente.

-Tu manera te conducirá a la muerte. Más pronto de lo que crees.

-Nuevamente estoy sobre tu alfombra -dije.

Se rió.

-Muy bien. Pero no estaba amenazándote. Has captado lo que quise decirte. Ahora mismo tú eres el responsable de todo el reino. Tienes que hacer lo correcto.

-Y tú has captado lo que yo dije. No pienso matar a dos miembros más de la familia sólo por tus conjeturas. Necesito mucho más que eso.

-Cuando lo consigas, tal vez ya sea demasiado tarde.

Me encogí de hombros.

-Ya veremos.

Extendí la mano hacia el pomo de la puerta.

-¿Qué harás ahora?

Sacudí la cabeza.

-Brand, no le digo a nadie todo lo que sé. Es una especie de seguro de vida.

-Lo entiendo. Sólo espero que sepas lo suficiente.

Por un momento sus ojos tuvieron un instante de recelo. Luego sonrió.

-No te temo, hermano -dijo.

-Es bueno no temer nada -comenté.

Abrí la puerta.

-Espera -pidió.

-¿Sí?

-No me dijiste quién estaba contigo cuando descubriste el Triunfo de Martin donde yo lo dejé.

-Ah, era Random -observé.

-Oh. ¿Está al tanto de los detalles?

-Si lo que preguntas es si él sabe quién apuñaló a su hijo -dije-, la respuesta es no, todavía no.

-Ya veo. ¿Y qué hay sobre el nuevo brazo de Benedict? Tengo entendido que de alguna manera lo trajiste tú desde Tima Nog'th. Me gustaría que me dieras los detalles.

-Ahora no -contesté-. Guardemos algo para nuestro próximo encuentro. No tardará tanto.

Salí y cerré la puerta, saludando en silencio a la alfombra.

VIII

Después de visitar las cocinas, donde reuní gran cantidad de comida que devoré, me dirigí a los establos y elegí un hermoso alazán que una vez perteneció a Eric. A pesar de ello, me hice amigo suyo, y un rato después descendíamos por el sendero de Kolvir que nos llevaría directamente hasta el campamento donde se encontraba alojado el ejército que recluté en la Sombra. A medida que cabalgaba, digiriendo la comida, ordené los acontecimientos y revelaciones de lo que, para mí, habían sido las últimas horas. Si de verdad Ámbar se había levantado debido al acto de rebelión de Dworkin dentro de las Cortes del Caos, esto indicaba que todos nosotros estábamos relacionados con las mismas fuerzas que ahora nos amenazaban. Por supuesto, era bastante difícil saber hasta dónde se podía confiar en las palabras de Dworkin. Sin embargo, el camino negro llegaba hasta las Cortes del Caos, aparentemente como consecuencia directa del ritual realizado por Brand, basado en los principios que aprendió de Dworkin. Afortunadamente hasta ahora, las partes de la narración de Dworkin que requerían la máxima aceptación para ser creídas, eran aquellas que carecían de importancia desde un punto de vista inmediato y práctico. Aun así, mis sentimientos no estaban del todo reconciliados al saber que descendíamos de un unicornio...

-¡Corwin!

Tiré de las riendas. Abrí mi mente a la llamada y apareció la imagen de Ganelón.

-Estoy aquí -le dije-. ¿.Dónde conseguiste un mazo de Triunfos? ¿Y cómo aprendiste a usarlos?

-Cogí uno hace poco de la biblioteca. Pensé que sería una buena idea disponer del medio para entrar en contacto contigo en caso de necesidad. Y con respecto a su manejo, puse en práctica lo que tú y los otros parecéis hacer... Estudio el Triunfo, pienso en él y me concentro en establecer contacto con la persona.

-Debí haberte conseguido uno hace tiempo -comenté-. Fue un olvido por mi parte que me alegra que hayas remediado. ¿Estás simplemente probándolos o ha ocurrido algo?

-Lo segundo -contestó-. ¿Dónde te encuentras?

-Si creemos en las coincidencia, me dirijo a verte.

-¿Te encuentras bien?

-Sí.

-Estupendo. Continúa tu camino. Todavía no me atrevo a traerte hasta donde yo me encuentro de la manera que lo hacéis vosotros. Te veré dentro de un rato.

-De acuerdo.

Rompió el contacto y yo solté las riendas y continué la marcha. Durante un momento, me irritó que él simplemente no me hubiera pedido

un mazo de Triunfos. Luego recordé que había estado fuera durante una semana, tiempo de Ámbar. Probablemente se había preocupado por mi ausencia, y no confiaba en ninguno de los demás para que se lo dieran. Tal vez tenía razón.

El descenso fue rápido, al igual que el balance del viaje al campamento. El caballo -cuyo nombre, de paso, era Drum- parecía feliz de ir a alguna parte y tenía la tendencia de desviarse con cualquier excusa. En un momento lo hice galopar para cansarlo un poco y poco después divisé el campo. En ese instante me di cuenta de que echaba de menos a Star.

Cuando entré en el campamento fui el centro de las miradas y los saludos. El silencio me seguía y toda actividad cesó a mi paso. Me pregunté si pensaban que había ido para dar la orden de batalla.

Ganelón surgió de su tienda antes de que yo hubiera desmontado.

-Has sido rápido -observó, estrechando mi mano cuando bajé del caballo-. Llevas un bonito caballo.

-Sí -acordé, entregándole las riendas a su ordenanza-. ¿Qué noticias tienes?

-Bueno... -comenzó-. He estado hablando con Benedict...

-¿Algún movimiento en el camino negro?

-No, no. Nada de eso. Vino a verme después de visitar a sus amigos -los Tecy- para decirme que Random se encontraba bien, que estaba siguiendo una pista que podría conducirle hasta Martin. Después conversamos de otros asuntos, y finalmente me pidió que le contara todo

lo que supiera sobre Dará. Random le dijo cómo había atravesado el Patrón, y entonces él llegó a la conclusión de que había demasiado gente, aparte de ti, que conocía su existencia.

-¿Y qué le dijiste?

-Todo.

-¿Incluyendo las hipótesis, las especulaciones... después de la noche en Tir-na Nog'th?

-Así es.

-Ya veo. ¿Cómo lo tomó?

-Pareció excitado. Incluso me atrevería a decir que feliz. Ven y habla tú mismo con él.

Asentí y él se dirigió hacia la tienda. Retiró la cortina y se hizo a un lado. Entré.

Benedict estaba sentado en un banco bajo al lado de un baúl sobre el cual había un mapa extendido. Trazaba algo en el mapa con el largo dedo metálico de la esquelética y reluciente mano unida al mecánico brazo forjado a fuego, mortal y de cables plateados, que yo había traído

desde la ciudad en el cielo; todo el aparato ahora estaba unido al muñón de su brazo derecho justo por debajo del punto donde la manga había sido cortada en su camisa marrón. Esta transformación me paró en seco con un escalofrío repentino, ya que se parecía mucho al fantasma que yo había encontrado allí arriba. Sus ojos se alzaron hasta posarse en los míos y levantó la mano en señal de saludo, fue un gesto casual y perfectamente ejecutado, esbozando la sonrisa más amplia que yo hubiera visto jamás cruzar su cara.

-¡Corwin! -exclamó, poniéndose de pie y extendiendo aquella mano.

Me obligué a estrechar ese aparato que casi me mata. Pero Benedict parecía más favorablemente dispuesto hacia mí de lo que lo había estado en mucho tiempo. Apreté la mano nueva y la presión que ejerció fue perfecta. Traté de quitarme de la mente su frialdad y sus angulosidades, casi lográndolo ante la sorpresa que me produjo ver el dominio que había adquirido sobre ella en tan poco tiempo.

-Te debo un disculpa -me dijo-. He sido injusto contigo. Lo siento mucho.

-No te preocupes -comenté-. Lo entiendo.

Apoyó durante un momento la mano en mi hombro, y mi creencia de que nuestras diferencias aparentemente habían sido solventadas se vio oscurecida sólo por el tacto de aquellos eficaces y mortales dedos en mi espalda.

Ganelón se rió entre dientes y trajo otro banco, que colocó en el otro extremo del baúl. Mi irritación por que hubiera contado los detalles que yo no quería divulgar, sin importar las circunstancias, se vio mitigada ante la vista de sus efectos: no recordaba a Benedict de tan buen humor; obviamente, Ganelón estaba feliz de haber eliminado nuestras diferencias.

Yo mismo sonreí y acepté el banco, desabrochándome el cinturón de la espada y colgando a Grayswandir del mástil de la tienda. Ganelón sacó tres copas y una botella de vino. Cuando colocó las copas delante nuestro y servía el vino, comentó:

-Para devolverte la hospitalidad que mostraste en tu tienda, aquella noche en Avalón.

Benedict cogió la copa, sin producir apenas ningún sonido al hacerlo.

-Estamos más relajados en esta tienda -observó-. ¿No es así, Corwin?

Asentí y alcé mi copa.

-Por esta tranquilidad. Que siempre siga así.

-He tenido mi primera oportunidad en mucho tiempo -dijo- de hablar con Random en profundidad. Ha cambiado bastante.

-Sí -acordé.

-Ahora me siento más inclinado a confiar en él que en tiempos pasados. Tuvimos tiempo de conversar cuando dejamos a los Tecy.

-¿Hacia dónde os dirigíais?

-Según algunos comentarios que Martin les había hecho, parecía encaminarse a un lugar que yo conozco y que está bastante alejado en la Sombra... la ciudad de piedra de Heerat. Fuimos hasta allí y comprobamos que nos encontrábamos en la pista correcta. Había pasado por aquel sitio.

-No conozco Heerat -comenté.

-Es un lugar de adobe y piedra... una ciudad que está en el cruce de varias rutas comerciales. Una vez allí, Random descubrió noticias que le conducían hacia el este, y se internó más en la Sombra. Nos despedimos en Heerat, ya que yo no quería permanecer demasiado tiempo fuera de Ámbar. También tenía un asunto personal que quería investigar. Me contó que vio a Dará atravesando el Patrón el día de la batalla.

-Es verdad -corroboré-. Lo hizo. Yo también me encontraba allí.

Asintió.

-Como te dije, Random me impresionó. Le creí cuando me lo contó. Y si esto era así, también es posible que tú dijeras la verdad. Dándolo por sentado, tenía que investigar las afirmaciones de la muchacha. Tú no estabas a mano, así que vine a ver a Ganelón -esto fue hace varios días- e hice que me contara todo lo que supiera acerca de Dará.

Miré a Ganelón, quien inclinó ligeramente la cabeza.

-Así que ahora crees que has descubierto a un pariente nuevo -expresé-, un pariente mentiroso y casi con toda certeza un enemigo... pero, a pesar de todo, de la familia. ¿Cuál será tu próximo paso?

Bebió un sorbo de vino.

-Me gustaría que esa relación fuera verdadera -comenzó-. La idea, de alguna manera, me agrada. Por lo que deseo averiguar con total certeza si es real o ficticia. Si descubro que de verdad estamos relacionados, entonces querría entender los motivos que hay detrás de sus acciones. Y también me gustaría que me dijera por qué nunca me reveló a mí directamente su existencia. -Depositó su copa en el baúl, alzó su nueva mano y flexionó los dedos-. Así que quiero comenzar -continuó- sabiendo todas las cosas que experimentaste en Tir-na Nog'th y que incidan directamente en mí y en Dará. También siento una profunda curiosidad sobre esta mano, que actúa como si hubiera sido hecha especialmente para mí. Nunca supe que se pudiera obtener un objeto físico en la Ciudad en el Cielo. - Cerró la mano en un puño, abriéndola luego, giró la muñeca, extendió el brazo, lo alzó, bajándolo suavemente hasta apoyarlo en su rodilla-. Random realizó una perfecta operación quirúrgica, ¿no crees? -concluyó.

-Totalmente -acordé.

-Bien, ¿me contarás la historia?

Asentí y bebí un poco de vino.

-Ocurrió en el Palacio en el Cielo -comencé-. El lugar estaba bañado por sombras cambiantes y oscuras como la tinta. Sentí el impulso de visitar el salón del trono.

Lo hice, y cuando las sombras se abrieron, te vi a ti de pie a la derecha del trono, y llevabas ese brazo. Cuando la atmósfera se aclaró más, vi a Dará sentada sobre el trono. Avancé y la toqué con Grayswandir, lo que me hizo visible a ella. Declaró que yo estaba muerto desde hacía varios siglos, ordenándome regresar a la tumba. Cuando le exigí que me diera su ascendencia, dijo que descendía de ti y de la doncella del infierno, Lintra.

Benedict respiró profundamente pero no dijo nada. Yo continué:

-El tiempo, explicó ella, transcurría de manera tan diferente en el lugar de su nacimiento, que allí habían pasado varias generaciones. Ella era la primera de su especie que poseía los atributos humanos regulares. De nuevo ordenó que me marchara. Durante todo ese tiempo tú estudiabas a Grayswandir. Entonces atacaste para alejarla del peligro, y los dos luchamos. Mi espada podía tocarte y tu brazo podía tocarme. Eso fue todo. Con respecto a nosotros, fue un enfrentamiento entre fantasmas. Cuando el sol ascendió y la ciudad desaparecía, tú me atrapaste por el hombro con esa mano. La separé de tu brazo con Grayswandir y escapé. Retornó conmigo debido a que todavía estaba aferrada mi hombro.

-Es curioso -dijo Benedict-. Tenía entendido que ese lugar mostraba profecías falsas... los miedos y deseos ocultos del visitante en vez del cuadro real de lo que ocurrirá. Pero también a veces revela verdades desconocidas. Y como en la mayoría de los casos, es difícil separar lo verdadero de lo falso. ¿Cómo lo interpretaste tú?

-Benedict -declaré-, yo me inclino a creer la historia de su origen. Tú nunca la has visto, pero yo sí. En algunos aspectos se parece a ti. Y con respecto a lo demás... sin duda es como tú lo has expresado.

Lentamente asintió, y comprendí que no estaba convencido pero no quería insistir en el asunto. Sabía tan bien como yo lo que implicaba el resto. Si él decidiera reclamar el trono, y lo conseguía, era posible que algún día abdicara en favor de su única descendiente.

-¿Qué harás? -le pregunté.

-¿Hacer? -respondió-. ¿Qué es lo que está haciendo Random respecto a su hijo? La buscaré y la encontraré, y escucharé su historia de sus propios labios, y luego tomaré una decisión. Sin embargo, esto puede esperar, por lo menos hasta que se solucione el problema del camino negro. Ese es otro asunto que quiero que discutamos.

-¿Sí?

-Si el tiempo transcurre de una manera tan diferente en su fortaleza, han tenido más tiempo del que necesitaban para montar otro ataque. No deseo que esperemos hasta enfrentarnos con ellos sin la completa seguridad de que ganaremos. Estoy pensando en recorrer el camino negro hasta su origen y atacarlos en su propio terreno. Desearía hacerlo con tu aprobación.

-Benedict -pregunté-, ¿has contemplado alguna vez las Cortes del Caos?

Alzó la cabeza y contempló una de las vacías paredes de la tienda.

-Eras atrás, en mi juventud -dijo-. Cabalgué hasta el fin de mi resistencia, donde todo acaba. Y allí, bajo un cielo dividido, posé mis ojos sobre un horrible abismo. No sé si el lugar permanece allí o si el camino llega hasta tan lejos, pero, si ese fuera el caso, estoy dispuesto a recorrerlo otra vez.

-Ese es el caso -declaré.

-¿Cómo puedes estar seguro?

-He regresado de esa tierra. Una ciudadela oscura flota en el abismo. El camino llega hasta ella.

-¿Fue muy duro el trayecto?

-Toma -dije, extrayendo el Triunfo y pasándoselo-. Era de Dworkin. Lo encontré entre sus cosas. Acabo de probarlo; y me llevó allí. El tiempo, una vez que llegas, pasa muy rápido. Fui atacado por un jinete que recorría un camino de niebla, este camino no aparece en la carta. El contacto con los Triunfos es difícil estando allí; tal vez se deba a la diferencia temporal. Gérard me trajo de vuelta.

Estudió la carta.

-Parece el lugar que vi entonces -dijo por fin-. Esto soluciona nuestros problemas logísticos. Con uno de nosotros en cada extremo y manteniendo contacto con los Triunfos, podemos transportar las tropas directamente, como lo hicimos aquella vez desde Kolvir a Garnath.

Asentí.

-Ese es uno de los motivos por el que te lo enseñé, para mostrarte mi buena fe. Tal vez exista otra manera que implique menos riesgos que llevar a nuestras tropas hacia lo desconocido. Quisiera que retrasaras tu intento hasta que yo compruebe más detalladamente mi plan.

-De todas las formas tendré que posponerlo, ya que primero quiero establecer un servicio de inteligencia que me consiga más datos sobre ese lugar. Ni siquiera sabemos si tus armas automáticas funcionan allí, ¿verdad?

-No. No tenía ninguna conmigo para probarla.

Frunció los labios.

-Tendrías que haberte llevado una contigo.

-Las circunstancias de mi partida no me lo permitieron.

-¿Circunstancias?

-En otro momento te lo contaré. Aquí no tiene ninguna relevancia. Hablaste de seguir el camino negro hasta su origen...

-¿Si?

-Ese no es su verdadero origen. Su verdadero origen está en la verdadera Ámbar, en el defecto del Patrón original.

-Sí, lo sé. Tanto Random como Ganelón me describieron vuestro viaje al lugar donde yace el verdadero Patrón, y el daño que tiene. Veo la analogía, la posible conexión...

-¿Recuerdas mi huida de Avalen y tu persecución?

Como respuesta, sólo sonrió levemente.

-Hubo un punto en el que atravesamos el camino negro -dije-. ¿Lo recuerdas?

Entrecerró los ojos.

-Sí -contestó-. Abriste un sendero a través de él. Y donde lo hiciste el mundo volvió a la normalidad. Lo había olvidado.

-Fue el efecto del Patrón sobre el camino -expliqué-, y creo que este efecto puede usarse en una escala mucho mayor.

-¿Cómo de grande?

-Algo que nos permita eliminar todo el camino.

Se echó hacia atrás y estudió mi rostro.

-¿Entonces por qué no lo intentas ya?

-Primero tengo que concretar ciertas cosas.

-¿Cuánto tiempo te tomará hacerlo?

-No mucho. Posiblemente sólo unos pocos días. Tal vez unas semanas.

-¿Por qué no lo mencionaste antes?

-Yo mismo lo descubrí hace muy poco tiempo.

-¿Cómo se hace?

-Básicamente, se reduce a reparar el Patrón.

-De acuerdo -dijo-. Supongamos que tienes éxito. El enemigo todavía estará ahí -hizo un gesto hacia Garnath y el camino negro-. Alguien una vez les abrió un pasaje.

-El enemigo siempre ha estado ahí -dije yo-. Y dependerá de nosotros que nunca más se les brinde una entrada... encargándonos adecuadamente de aquellos que en primer lugar se la proporcionaron.

-Estoy de acuerdo contigo en ese punto -aceptó-, pero eso no es lo que quería decir. Necesitan una lección, Corwin. Quiero enseñarles el respeto apropiado para Ámbar, un respeto tal que incluso si el camino se abre otra vez, teman usarlo. Eso es lo que quise decirte. Es necesario.

-No tienes idea de lo que sería llevar una batalla hasta aquel lugar, Benedict. Es -literalmente- indescriptible.

Sonrió y se incorporó.

-Entonces creo que lo mejor será que lo vea por mí mismo -dijo-. Me quedaré con esta carta durante un tiempo, si no te importa.

-No me importa.

-Bien. Entonces prepara tu estrategia acerca del Patrón, Corwin, mientras yo inspecciono el camino. Supongo que esto tomará cierto tiempo. Ahora debo irme para dar las órdenes pertinentes a mis comandantes mientras yo esté ausente. Establezcamos que ninguno de los dos dará un paso decisivo sin consultar primero con el otro.

-De acuerdo -acepté.

Acabamos nuestro vino.

-Pronto me pondré en marcha -comenté-. Que tengas buena suerte.

-Tú también -sonrió otra vez-. Todo está mejor entre nosotros -dijo, y me apretó el hombro al salir.

Le seguimos fuera.

-Trae el caballo de Benedict -le ordenó Ganelón al ordenanza que estaba al lado de un árbol próximo; volviéndose, le ofreció la mano a Benedict-. Yo también quiero desearte suerte -comentó.

Benedict asintió, estrechándosela.

-Gracias, Ganelón. Por muchas cosas.

Benedict sacó sus Triunfos.

-Pondré a Gérard al tanto -dijo- antes de que me traigan el caballo.

Buscó entre las cartas y sacó una, estudiándola.

-¿Qué es lo que tienes que hacer para reparar el Patrón? -me preguntó Ganelón.

-Tengo que conseguir una vez más la Joya del Juicio -contesté-. Con ella, puedo volver a trazar la zona dañada.

-¿Es peligroso?

-Sí.

-¿Dónde está la Joya?

-En la Tierra de Sombra, donde la dejé.

-¿Y por qué la abandonaste?

-Temí que estuviera matándome.

Sus facciones cobraron una cualidad casi imposible cuando hizo una mueca.

-No me gusta como suena esto, Corwin. Tiene que haber otra manera de hacerlo.

-Si la conociera, la usaría.

-¿Supón que sigues el plan de Benedict y los atacamos en su fortaleza? Una vez me dijiste que él es capaz de reunir legiones casi infinitas en la Sombra. También comentaste que es el mejor de todos en el campo de batalla.

-Pero el daño todavía seguiría en el Patrón, y surgiría cualquier otro peligro que llenaría ese hueco. Siempre. El enemigo del momento no es tan importante como nuestras debilidades internas. Si no arreglamos esto estamos perdidos, aunque en nuestra tierra no haya ningún conquistador extranjero.

Se dio la vuelta.

-No puedo discutir contigo. Tú conoces tu propio reino -dijo-. Pero todavía tengo el presentimiento de que tal vez cometes un grave error al arriesgarte tú mismo en algo que quizás sea innecesario en un momento en que se te necesita tanto.

Me reí entre dientes, ya que era la palabra que había utilizado Vialle y que yo no quise reconocer como mía cuando la usó.

-Es mi deber -le dije.

No replicó.

Benedict, a unos doce pasos de distancia, aparentemente había establecido contacto con Gérard, ya que murmuró algo y luego se detuvo, escuchando. Nosotros permanecimos allí de pie, esperando que él concluyera su conversación para despedirnos.

-... Sí, está aquí ahora -le escuché comentar-. No, lo dudo mucho. Pero...

Benedict miró en mi dirección varias veces y sacudió la cabeza.

-No, no lo creo -dijo. Luego añadió-: De acuerdo, ven.

Extendió su brazo nuevo y Gérard se materializó, aferrado a él. Gérard volvió la cabeza, me vio, e inmediatamente se aproximó hasta donde yo me encontraba.

Me inspeccionó de arriba a abajo, como si buscara algo.

-¿Qué ocurre? -pregunté.

-Brand -replicó-. Ya no está en sus habitaciones. Y ha dejado un rastro de sangre. Todo el lugar está revuelto, como si se hubiera producido una pelea.

Bajé la vista a la parte frontal de mi camisa y mis pantalones.

-¿Y buscas manchas de sangre? Como puedes ver, llevo la misma ropa que antes. Puede que esté sucia y arrugada, pero eso es todo.

-Eso en realidad no prueba nada -dijo.

-Fue idea tuya mirar. No mía. ¿Por qué crees...?

-Tú fuiste el último en verle -comentó.

-Salvo la persona con la que luchó... si es que hubo alguna.

-¿Qué quieres decir?

-Ya conoces sus arranques de ira, sus estados de ánimo. Tuvimos una pequeña discusión. Tal vez cuando me marché comenzó a romper cosas, incluso tal vez se cortó el mismo y, disgustado, se marchó a través de un Triunfo a otro lugar... ¡Espera! ¡Su alfombra! ¿Había alguna mancha de sangre en esa pequeña alfombra que hay ante su puerta?

-No estoy seguro... no, no lo creo. ¿Por qué?

-Es una evidencia circunstancial de que lo hizo él mismo. Está muy apegado a esa alfombra. Evita ensuciarla.

-No me trago eso -comentó Gérard-, y la muerte de Caine todavía no está aclarada... y aún están las muertes de los sirvientes de Benedict, que quizás descubrieran que buscabas pólvora. Y ahora Brand...

-Este bien podría ser otro intento de culparme a mí -observé-, y Benedict y yo hemos mejorado nuestras relaciones.

Se volvió hacia Benedict, que no se había movido de donde estaba a doce pasos de distancia, y que nos contemplaba, escuchando.

-¿Te ha presentado alguna coartada para esas muertes? -le preguntó Gérard.

-No directamente -contestó Benedict-, pero gran parte de la historia ahora aparece bajo una luz más clara. Tanto es así, que estoy inclinado a creerlo todo.

Gérard sacudió la cabeza y volvió a mirarme con furia.

-Todavía no está aclarado -dijo-. ¿Sobre qué discutíais tú y Brand?

-Gérard -comenté-, eso es asunto nuestro, hasta que Brand y yo decidamos lo contrario.

-Lo arrastré de vuelta a la vida y velé por él, Corwin. Y no lo hice simplemente para ver cómo lo mataban por una discusión.

-Usa tu cerebro -le pedí-. ¿De quién fue la idea de buscarlo de la manera en que lo hicimos? ¿De traerlo de vuelta?

-Querías algo de él -observó-. Y ya lo obtuviste. Entonces se convirtió en un estorbo.

-No. Pero incluso si ese fuera el caso, ¿crees que lo hubiera hecho de una manera tan estúpidamente obvia? Si lo han matado, entonces es con el mismo propósito que mataron a Caine... para culparme.

-También utilizaste la excusa de lo obvio con la muerte de Caine. Me parece que puede ser una especie de sutileza... algo en lo que tú eres un maestro.

-Ya hemos pasado por esto antes, Gérard...

-...Y tú sabes lo que te dije entonces.

-Sería difícil olvidarlo.

Alargó un brazo y me cogió el hombro derecho. Inmediamente le hundí mi puño izquierdo en el estómago y me aparté. Entonces se me ocurrió que tal vez debería haberle dicho lo que Brand y yo habíamos hablado.

Pero no me gustó la manera en que me lo pidió.

Nuevamente se abalanzó sobre mí. Lo esquivé, dándole un golpe flojo cerca del ojo derecho. Continué fintando y lanzando golpes, principalmente para mantenerle la cabeza hacia atrás. Yo no me encontraba en condiciones de volver a luchar con él, y Grayswandir estaba en el interior de la tienda. Me encontraba completamente desarmado.

No dejaba de bailar a su alrededor. Si lanzaba una patada con mi pierna izquierda me dolía el costado. Una vez le di en el muslo con mi pie derecho, pero fui lento y estaba un poco desequilibrado, por lo que la patada no causó mucho daño. Continué fintando.

Finalmente logró bloquear mi puño izquierdo, cogiéndome el bíceps con la mano. Debí apartarme entonces, pero tenía su guardia abierta. Me acerqué y le di un fuerte puñetazo en el estómago con toda la fuerza que fui capaz de concentrar. El golpe lo dobló, quitándole el aire, pero su mano se cerró aún más en mi brazo. Con su mano izquierda bloqueó el gancho que le lancé, a la vez que continuaba su movimiento ascendente hasta que el canto de su mano chocó contra mi pecho, al mismo tiempo que doblaba mi brazo izquierdo hacia atrás con tal fuerza que me arrojó al suelo. Si conseguía lanzarse encima mío, aquel sería el final.

Se apoyó en el suelo sobre una rodilla y extendió su mano hacia mi garganta.

IX

Intenté bloquear su mano, pero ésta se detuvo a mitad de trayecto. Volví la cabeza y vi que otra mano sujetaba el brazo de Gérard, frenándolo.

Rodé por el suelo, apartándome de él. Cuando alcé la vista de nuevo, vi que Ganelón lo tenía sujeto. Gérard tiró de su brazo, sin conseguir liberarlo.

-Mantente al margen de esto, Ganelón -le dijo.

-¡Lárgate, Corwin! -gritó Ganelón-. ¡Ve a recuperar la Joya!

Al tiempo que gritaba, Gérard comenzaba a incorporarse. Ganelón cruzó su puño izquierdo y conectó con la mandíbula de Gérard. Este se derrumbó a sus pies. Ganelón se acercó y le lanzó una patada a los riñones, pero Gérard le cogió el pie y lo arrojó de espaldas. Yo logré incorporarme apoyándome con una mano.

Gérard se puso de pie y se abalanzó sobre Ganelón, que también se ponía de pie entonces. Casi cuando ya estaba sobre él, Ganelón le conectó dos golpes seguidos al estómago, parándolo en seco. Inmediatamente los puños de Ganelón comenzaron a moverse como pistones sobre el abdomen de Gérard. Durante varios segundos, Gérard pareció demasiado atontado como para protegerse, y cuando finalmente se agachó, cruzando los brazos sobre su cuerpo, Ganelón le propinó un derechazo a la mandíbula que le hizo trastabillear hacia atrás. Al instante se lanzó sobre él, bloqueando a Gérard entre sus brazos y enganchando su pierna derecha detrás de la suya. Este se cayó con Ganelón encima suyo. Entonces se sentó a horcajadas sobre Gérard y le lanzó su puño derecho a la mandíbula. Cuando la cabeza de Gérard cayó inerme, volvió a darle con el izquierdo.

Repentinamente, Benedict intervino en la pelea, pero Ganelón eligió ese momento para ponerse de pie. Gérard yacía inconsciente y sangraba por la boca y la nariz.

Temblando, yo mismo me puse de pie, limpiándome el polvo.

Ganelón me sonrió.

-No te quedes mucho tiempo -me comentó-. No sé cómo me iría en una segunda pelea. Ve a buscar la piedra.

Miré a Benedict y éste asintió. Regresé a la tienda en busca de Grayswandir. Cuando salí, Gérard todavía no se había movido, pero Benedict permaneció delante de mí.

-Recuerda -comentó-, tú tienes mi Triunfo y yo tengo el tuyo. No se dará ningún paso importante sin consultar con el otro.

Asentí. Iba a preguntarle por qué ayudó a Gérard y no a mí. Pero lo pensé, y preferí no estropear nuestra nueva y reciente amistad.

-De acuerdo.

Me dirigí hacia donde estaban los caballos. Ganelón me dio una palmada en el hombro cuando se me acercó.

-Buena suerte -me deseó-. Iría contigo, pero hago falta aquí... especialmente ahora que Benedict quiere ir al Caos.

-Buena pelea -dije-. No creo que tenga ningún problema. No te preocupes.

Me encaminé hacia las caballerizas. Poco después ya estaba montado y en marcha. Ganelón me saludó cuando pasé cerca y yo le devolví el gesto. Benedict se encontraba de rodillas al lado de Gérard.

Me dirigí hacia el sendero más cercano, que me llevaría a Arden. El mar estaba a mi espalda, Garnath y el camino negro a mi izquierda, Kolvir a la derecha. Tenía que alejarme un poco antes de poder manipular el material de la Sombra. El día quedó claro una vez que perdí de vista Garnath. Me metí en el sendero y seguí su amplia curva que se introducía en el bosque, donde las húmedas sombras y el distante trinar de los pájaros me recordaron los largos períodos de paz que habíamos conocido tanto tiempo atrás junto con la sedosa y resplandeciente presencia del maternal unicornio.

Mis dolores desaparecieron con el rítmico andar del caballo, y otra vez pensé en el combate que había sostenido. No era difícil entender la actitud de Gérard, ya que claramente me había hablado de sus sospechas, advirtiéndome de lo que sucedería. Aun así, fue tan poco oportuno lo que ocurrió con Brand, fuera lo que fuere, que no podía dejar de verlo como otro acto para retrasarme o frenarme por completo. Tuve suerte al tener a Ganelón a mano y en buena forma física para que colocara sus puños en los sitios adecuados en el momento preciso. Me pregunté qué hubiera hecho Benedict si sólo hubiéramos estado los tres. Tenía la sensación de que habría esperado, para intervenir en el último momento, evitando así que Gérard me matara. Todavía no me sentía feliz con nuestro acuerdo, aunque ciertamente era una mejora en nuestra relación.

Todo lo cual hizo que me preguntara otra vez qué había ocurrido con Brand. ¿Habían conseguido Piona o Bleys, por fin, liquidarlo? ¿Había intentado él asesinarlos solo, encontrándose con una respuesta inesperada? ¿Le sacaron de palacio con los Triunfos de los que iban a ser sus víctimas? ¿Habían conseguido, de alguna manera, sus aliados de las Cortes del Caos llegar hasta él? ¿Pudo uno de sus guardianes de la torre, esos seres con espolones en las manos, descubrirlo? ¿O todo ocurrió como le sugerí a Gérard...unas heridas autoinfligidas accidentalmente en un arranque de furia, seguido de una huida colérica de Ámbar para planear sus próximos pasos en otra parte?

Cuando surgen muchas preguntas acerca de un sólo evento la respuesta muy raramente se consigue por lógica pura. Sin embargo, tenia que pensar en todas las posibilidades, tenía que contar con algo cuando aparecieran más hechos. Mientras tanto, pensé detenidamente en todas las cosas que me dijo, analizando sus propuestas y defensas bajo la luz de todo lo que yo sabía en ese momento. Salvo por una excepción, no dudaba del desarrollo de los acontecimientos. El había construido los hechos con mucho cuidado como para dejar que se derrumbaran así de

fácilmente… pero también tuvo tiempo más que suficiente para pensar en todo con sumo cuidado. No, fue en la manera en que planteó la historia donde había algo oculto. Su reciente propuesta prácticamente me lo confirmaba.

El viejo sendero giró, ensanchándose y volviendo a estrecharse, siguiendo rumbo al noroeste y descendiendo ligeramente hacia la tupida arboleda.

El bosque había cambiado muy poco. Casi parecía el mismo sendero que un joven había recorrido siglos antes, cabalgando por el simple placer de hacerlo, para explorar el vasto reino verde que se extendía por casi todo el continente, si antes no se perdía en la Sombra.

Habría sido agradable volver a hacerlo sólo por esos motivos.

Después de lo que me pareció una hora, ya me había adentrado lo suficiente en el bosque: sus árboles eran grandes torres oscuras que hacían que la poca luz que podía captar pareciera nidos de aves Fénix en sus ramas más altas, siempre húmedas, con la suavidad crepuscular confundiendo los contornos de las ramas y los troncos, la madera caída y las mohosas rocas. Un ciervo atravesó de un salto el sendero, desconfiando del escondite que le brindaban unos excelentes matorrales a la derecha del camino. Las canciones de los pájaros sonaban a mi alrededor, nunca muy cerca. Esporádicamente vi las huellas de otros jinetes. Algunas eran bastante frescas, pero no permanecieron mucho tiempo en el sendero. Kolvir ya no se veía; de hecho, hacía un buen rato que había desaparecido.

El sendero ascendió de nuevo, y supe que pronto llegaría hasta la cima de una pequeña cresta y que luego tendría que atravesar unas rocas, descendiendo una vez más. Los árboles se espaciaron un poco a medida que subíamos, hasta que finalmente tuve una vista parcial del cielo. Dicha vista se agrandó al seguir avanzando, y cuando llegué a la cima escuché el distante grito de un ave de presa.

Alcé la vista y vi una gran forma oscura que giraba y giraba muy alta en el cielo. Me apresuré a dejar atrás las rocas, sacudiendo las riendas para que el caballo galopara tan pronto como el camino quedó sin obstáculos. Nos lanzamos a toda velocidad hacia abajo, con la intención de conseguir refugio bajo los grandes árboles una vez más.

El pájaro lanzó un grito cuando aceleramos la marcha, pero logramos ocultarnos en la penumbra sin ningún incidente. Entonces frené gradualmente al caballo y seguí escuchando, pero no oí ningún sonido que viniera del cielo. Esta parte del bosque era casi igual a la que habíamos dejado detrás de la cresta, salvo por una pequeña corriente que durante un trayecto seguía el curso del sendero, que luego atravesaba por un vado poco profundo. Más allá, el camino se ensanchaba y se filtraba un poco más de luz por entre el ramaje, iluminando nuestro paso más o menos durante una legua. Casi habíamos recorrido la distancia suficiente para que yo pudiera comenzar las primeras manipulaciones de la Sombra que me conducirían de vuelta hasta el

sendero de la Tierra, lugar de mi antiguo exilio. Sin embargo, era difícil hacerlo desde ahí. Decidí ahorrarme la presión a mí mismo y al caballo y continué un poco más. Realmente no había ocurrido nada que fuera amenazador. El ave podría ser un cazador salvaje... y probablemente lo fuera.

Sólo un pensamiento me molestaba.

Julián...

Arden era territorio de Julián y estaba permanentemente patrullado por sus guardabosques desde varios campamentos diseminados por la zona, donde sus tropas siempre permanecían preparadas para cualquier eventualidad... eran los guardias de la frontera interior de Ámbar, vigilantes tanto contra las incursiones naturales como contra aquellas que pudieran aparecer desde los límites de la Sombra.

¿A dónde se había dirigido Julián cuando abandonó el palacio tan abruptamente la noche que apuñalaron a Brand? Si sólo deseaba ocultarse, no tenía ninguna necesidad de hacerlo en otra parte que no fuera Arden. Aquí era fuerte, y estaba respaldado por sus hombres, libre en un reino que conocía mejor que ninguno de nosotros. Era muy posible que ahora estuviera bastante cerca. Además, también le gustaba la caza. Tenía a sus perros infernales, tenía sus aves...

Medio kilómetro, un kilómetro...

Y justo en ese momento, escuché el sonido que más temía. Atravesando el verdor y la penumbra, aparecieron las notas de un cuerno de caza. Surgieron a cierta distancia a mi espalda, y creo que desde la izquierda del sendero.

Hice que el caballo galopara, y los árboles no fueron más que contornos borrosos a ambos lados. El sendero aquí era recto y llano. Tomamos ventaja de ello.

Entonces, desde mi retaguardia, escuché un rugido... una especie de tos que surgiera desde las profundidades del pecho, un gruñido que nacía y resonaba en un amplio espacio pulmonar. No sabía qué era lo que podía haberlo emitido, pero no era ningún perro. Ni siquiera un perro del infierno hacía ese ruido. Miré atrás, pero no vi signos de ninguna persecución. Así que me mantuve agazapado y le hablé un poco a Drum para tranquilizarlo.

Después de un rato, escuché un sonido de ramas aplastadas lejos a mi derecha, pero el rugido no se repitió más. Varias veces volví a mirar, pero no pude discernir qué era lo que causaba ese estruendo. Poco después, oí nuevamente el cuerno, mucho más cerca, y esta vez fue respondido por unos gruñidos y ladridos que eran inconfundibles. Los perros del infierno se aproximaban... bestias veloces y poderosas, crueles, que Julián había encontrado en alguna sombra y a las que entrenó para la caza.

Decidí que ya era momento para que comenzara la manipulación de la Sombra. La presencia de Ámbar todavía era fuerte a mi alrededor, pero ya no podía postergarlo.

El sendero comenzó a curvarse hacia la izquierda, y a medida que galopábamos por él los árboles a ambos lados disminuyeron de tamaño, quedando atrás. Otra curva, y el camino nos llevó hasta un claro de unos doscientos metros de diámetro. Entonces alcé la vista y vi que ese maldito pájaro todavía daba vueltas encima nuestro, ahora mucho más cerca: lo suficientemente próximo como para que lo arrastrara conmigo a la Sombra.

Resultó más complicado de lo que yo había esperado. Quería un espacio abierto en el cual pudiera maniobrar con mi caballo y golpear con mi espada libremente en caso de que fuera necesario. Sin embargo, la aparición de este espacio dejaba mi posición completamente a la vista del pájaro, al que no había podido despistar.

Muy bien. Llegamos hasta una colina baja, la subimos y luego comenzamos el descenso, pasando al lado de un árbol solitario que había sido calcinado por un rayo. En su rama más próxima había un halcón de color gris, plata y negro. Mientras nos acercábamos, le silbé, lo que hizo que emprendiera el vuelo, lanzando un salvaje y penetrante grito de batalla.

Apresurándome, escuché claramente los ladridos de los perros y el retumbar de los cascos de los caballos. Mezclado con estos sonidos había algo más, se parecía a una vibración, a una sacudida del terreno. Volví a mirar hacia atrás, pero ninguno de mis perseguidores había alcanzado aún la cima de la colina. Concentré mi mente en que desapareciera el camino y las nubes ocultaron el sol. Flores extrañas aparecieron a lo largo del sendero -verdes y amarillas y púrpuras- y se escuchó el ruido sordo de truenos distantes. El claro se ensanchó, alargándose. Se hizo completamente llano.

Nuevamente escuché el sonido del cuerno. Me volví otra vez.

Entonces apareció a la vista, y en ese instante me di cuenta de que yo no era el objeto de la persecución, que los jinetes, los perros, el ave, iban detrás de la cosa que corría tras de mí. Por supuesto, esta era una distinción más bien académica, ya que yo iba delante, y posiblemente fuera el objeto de *su* persecución. Me incliné sobre Drum, gritándole y clavando mis rodillas en sus flancos, percatándome al hacerlo de que esa abominación avanzaba más deprisa que nosotros. Fue una reacción surgida del pánico.

Me perseguía una manticora.

La última vez que vi una fue el día anterior a la batalla en la que Eric murió. Apareció cuando conducía a mis tropas por las pendientes ocultas de Kolvir y abrió por la mitad a un nombre llamado Rail. La eliminamos con armas automáticas. La cosa medía tres metros y medio de largo y, al igual que ésta, tenía rostro humano y hombros de león; además tenía unas alas como de águila plegadas a sus costados y un aguijón de escorpión que se curvaba por encima de su cuerpo. Por aquel entonces un cierto número de ellas había logrado filtrarse desde la Sombra,

acosándonos en nuestro camino a la batalla. No existía ningún motivo para creer que habíamos matado a todas, salvo por el hecho de que no se había visto a ninguna desde esa época, y no volvió a detectarse ninguna evidencia de su existencia en las cercanías de Ámbar. Aparentemente, ésta había vagado hasta Arden, viviendo en el bosque desde entonces.

Una última mirada hacia atrás me indicó que en cualquier momento me podría desmontar si no me enfrentaba a ella. También me mostró una oscura avalancha de perros que bajaban por la colina.

Desconocía la inteligencia o la psicología de la manticora. La mayoría de las bestias que huyen no se detendrían a atacar salvo que se las moleste directamente. Generalmente la supervivencia es el instinto que predomina sobre cualquier otro. Pero, por otro lado, no estaba seguro de que la manticora se diera cuenta de que la perseguían. Tal vez comenzó a seguir mi pista y después descubrieron

la de ella. Quizás sólo tuviera una acción en la mente. No era ese el momento de reflexionar en todas las posibilidades.

Desenvainé a Grayswandir y giré mi montura hacia la izquierda, tirando inmediatamente de las riendas cuando ya había dado la vuelta.

Drum relinchó y se incorporó sobre sus patas traseras. Sentí que me deslizaba hacia atrás, así que salté al suelo y me hice a un lado.

Pero había olvidado en ese momento la velocidad de los perros de presa, de la misma manera que olvidé con cuánta facilidad nos habían alcanzado una vez a Random y a mí cuando íbamos en el Mercedes de Flora; también olvidé que, a diferencia de los perros normales, comenzaron a despedazar el coche.

Súbitamente aparecieron encima de la manticora, eran unos doce o más perros que saltaban y mordían. La bestia echó la cabeza hacia atrás y lanzó otro grito cuando la atacaron. Pasó el brutal aguijón entre sus filas, lanzando a uno por los aires y atontando o matando a otros dos. Entonces se alzó y dio la vuelta, golpeando con sus patas traseras a medida que descendía.

Pero mientras realizaba ese movimiento, un perro hincó los dientes en su pata trasera izquierda y dos más ya atacaban sus ancas, a la vez que otro se había encaramado a su espalda, mordiéndole en el hombro y en el cuello. Los restantes daban vueltas a su alrededor. Tan pronto como se desembarazaba de uno, los demás se lanzaban encima, desgarrándole la carne.

Finalmente eliminó al que tenía sobre la espalda con su aguijón de escorpión y le sacó las entrañas al que le despedazaba la pata. Sin embargo, ya perdía sangre por una docena de heridas. Poco después se hizo evidente que tenía problemas con esa pata, porque apenas podía golpear con ella y menos aún mantener su peso cuando atacaba con las otras. Mientras tanto, otro perro se había subido a su lomo y le mordía el cuello. Parecía que le costaba mucho más quitarse a éste de encima. Otro se aproximó por su derecha y le desgarró la oreja. Dos más le abrieron las

ancas, y cuando se incorporó otra vez sobre sus patas traseras uno se lanzó al ataque y le abrió el estómago. Sus ladridos y gruñidos parecía que también la confundían, y comenzó a atacar desesperadamente a las formas grises que no paraban de moverse.

Yo había cogido las riendas de Drum y trataba de calmarlo lo suficiente para montar otra vez y largarme de allí. El se encabritaba y quería alejarse, y hube de emplear una considerable dosis de persuasión para mantenerlo en el lugar.

Mientras tanto, la manticora emitió un amargo y angustiado grito. Había atacado frenéticamente al perro que tenía en la espalda y se había clavado su propio aguijón en el hombro. Los perros aprovecharon esta distracción y se lanzaron sobre cualquier parte que estuviera desguarnecida, mordiendo y desgarrando.

Estoy convencido de que los perros la hubieran matado, pero en ese momento los jinetes llegaron a la cima, y empezaron a descender. Eran cinco, con Julián a la cabeza. Vestía su armadura blanca y su cuerno de caza colgaba de su cuello. Montaba su gigantesco corcel, Morgenstern, una bestia que siempre me odió. Alzó la larga lanza que llevaba y saludó con ella en mi dirección. Luego la bajó y le gritó unas órdenes a los perros. A regañadientes se apartaron de su presa. Incluso el perro que se encontraba en el lomo de la manticora aflojó la mandíbula y saltó al suelo. Todos se echaron atrás cuando Julián preparó la lanza y tocó los costados de Morgenstern con sus espuelas.

La bestia volvió la cabeza hacia él, lanzó un último grito de desafío, y saltó hacia adelante, mostrando los colmillos. Atacaron al unísono, y por un momento mi visión se vio bloqueada por Morgenstern. Pero después al cabo de unos instantes me di cuenta, por el comportamiento del caballo, de que el golpe había sido certero.

Entonces vi a la bestia completamente extendida, con grandes manchas de sangre sobre su pecho, que fluía alrededor de la lanza clavada.

Julián desmontó. Le dijo algo a los otros jinetes que no pude escuchar. Permanecieron montados. Contempló a la manticora que aún se retorcía, luego me miró y sonrió. Dio unos pasos y plantó su pie sobre la bestia, cogiendo la lanza con una mano y arrancándola de su cuerpo. Entonces la clavó en el suelo y ató las riendas de Morgenstern en ella. Extendió la mano y palmeó la grupa del caballo, me miró otra vez y se volvió, dirigiéndose hacia mí.

Cuando me tuvo en frente, dijo:

-Desearía que no hubieras matado a Bela.

-¿Bela? -repetí.

Miró al cielo. Yo seguí su mirada. No había ningún pájaro a la vista.

-Era uno de mis favoritos.

-Lo siento -comenté-. Interpreté mal lo que ocurría.

Asintió.

-De acuerdo. He hecho algo por ti. Ahora puedes devolverme el favor contándome qué ocurrió después de irme del palacio. ¿Se recuperó Brand?

-Sí -contesté-, y tú estás fuera de toda sospecha con respecto a él. Dijo que fue Piona quien le apuñaló. Y ella tampoco estaba allí para ser interrogada. También se marchó aquella noche. Es una sorpresa que no coincidierais el uno con el otro.

Sonrió.

-Lo imaginé -observó.

-¿Por qué huiste en circunstancias tan sospechosas? -pregunté-. No quedaste en una buena posición.

Se encogió de hombros.

-No sería la primera vez que se me acusa falsamente, que se sospecha de mí. Y si la intención cuenta para algo, soy tan culpable como nuestra pequeña hermana. Lo hubiera hecho yo mismo de haber podido. De hecho, tenía un puñal preparado la noche que lo rescatamos. Lo malo es que no estuve lo suficientemente cerca en ningún momento.

-¿Pero por qué? -inquirí.

Se rió.

-¿Por qué? Porque le tengo miedo a ese bastardo, esa es la razón. Durante mucho tiempo pensé que estaba muerto, y así lo esperaba... deseé que finalmente lo hubieran matado los poderes oscuros con los que mantenía tratos. ¿Cuánto sabes, de verdad, sobre él, Corwin?

-Mantuvimos una larga charla.

-¿Y...?

-Admitió que él, Bleys y Piona habían formado un plan para hacerse con el trono. Harían que Bleys fuera coronado, pero los tres compartirían el verdadero poder. Utilizaron las fuerzas a las que te refieres para garantizar la ausencia de Papá. Brand dijo que intentó ganarse a

Caine para su causa, pero que éste prefirió irse contigo y con Eric. Entonces vosotros tres planeasteis una cábala similar para apoderaros del poder antes que ellos, colocando a Eric en el trono.

Asintió.

-Los hechos están situados en el orden correcto, pero no el motivo. Nosotros no queríamos el trono, al menos no tan desesperadamente ni en ese momento. Formamos nuestro grupo para oponernos al suyo, ya que había que oponerse a ellos para proteger el trono. Al principio, sólo pudimos convencer a Eric para que asumiera un Protectorado. Lo que él temía era que alguien lo matara si se coronaba bajo esas condiciones. Entonces apareciste tú con la legítima reclamación de la corona. En ese momento no podíamos permitir que tu causa prosperara, ya que el

grupo de Brand amenazaba con una guerra abierta. Pensamos que frenarían sus acciones si se encontraban con el trono ya ocupado. No podíamos sentarte a ti en él, porque tú te habrías negado a ser una marioneta, papel que tendrías que desempeñar debido a que el juego ya había empezado e ignorabas muchas cosas. Así que persuadimos a Eric para que asumiera el riesgo y fuera coronado. Es así como ocurrió.

-De manera que cuando yo llegué, me quemó los ojos y me arrojó a una mazmorra por diversión.

Julián dio media vuelta y volvió a contemplar a la manticora.

-Eres tonto -dijo finalmente-. Desde el principio fuiste un instrumento. Te usaron para obligarnos a precipitar nuestra acción y, sin importar lo que ocurriera, tú perdías. Si ese estúpido ataque de Bleys hubiera tenido éxito, tú no habrías sobrevivido lo suficiente ni siquiera para descansar de la batalla. Si fracasaba, como ocurrió, Bleys desaparecería, como lo hizo, dejándote a ti con tu vida en peligro acusado de intento de usurpación. Tú habías cumplido su propósito y tenías que morir. Nos dejaron muy poca elección al respecto. Por derecho, tendríamos que haberte matado… y tú lo sabes bien.

Me mordí los labios. Podría haber dicho muchas cosas. Pero si lo que me contaba se aproximaba algo a la verdad, en parte tenía razón. Además, quería escucharlo todo.

-Eric -continuó- supuso que eventualmente recuperarías la vista…teniendo en cuenta la forma en que nuestro cuerpo se regenera. Era una situación muy delicada. Si Papá regresaba, Eric podría devolver la corona justificando todos sus actos satisfactoriamente… excepto si te mataba. Ese hubiera sido un movimiento demasiado obvio para garantizar su continuidad en el trono más allá de los problemas del momento. Y con toda franqueza, te diré que lo que él quería era encerrarte y olvidarse de ti.

-¿Entonces de quién fue la idea de quemarme los ojos?

De nuevo permaneció en silencio durante un buen rato. Luego habló muy bajo, casi en un susurro:

-Escucha todo lo que voy a decirte, por favor. Fue mía, y tal vez te salvó la vida. Cualquier castigo que se te infligiera tenía que ser casi tan importante como una pena de muerte, de lo contrario te habrían matado ellos. Ya no tenías ninguna utilidad para su grupo, pero si seguías vivo y en Ámbar, existía potencialmente la posibilidad de que te convirtieras en un peligro en el futuro. Utilizarían tu Triunfo y, una vez establecido el contacto, te matarían; o te liberaban, sacrificándote posteriormente en una acción contra Eric. Sin embargo, si estabas ciego, desaparecía la necesidad de eliminarte y ya no les servirías para nada que pudieran tener en mente. Esto te salvó quitándote de la escena durante un tiempo, y nos salvó a nosotros evitando que cometiéramos un acto más contundente que algún día podría ser utilizado en contra nuestra. Tal como lo vimos, no nos quedaba ninguna otra elección. Era lo único que podíamos hacer. No podíamos ser tolerantes, porque

entonces sospecharían que te reservábamos para usarte luego. Y en el momento que hubieras adquirido la más mínima perspectiva de valor, habrías sido un hombre muerto. Lo más que podíamos hacer era pasar por alto cada visita que realizara Lord Rein. Eso era lo único.

-Ya veo -comenté.

-Sí -acordó él-. Recuperaste la vista demasiado pronto. Nadie imaginó que la recobrarías tan rápidamente, ni que serías capaz de escapar como lo hiciste. ¿Cómo lo conseguiste?

-¿Acaso Macy's comenta su estrategia comercial con Gimbel's?

-¿Perdón?

-He dicho..., no importa. ¿Qué sabes del encarcelamiento de Brand?

De nuevo me observó.

-Todo lo que sé es que hubo una especie de escisión en su grupo. Desconozco los detalles. Por algún motivo, Bleys y Piona temían matarlo y a la vez temían dejarlo en libertad. Cuando lo liberamos del compromiso con ellos -el confinamiento-, Piona, aparentemente, demostró más miedo de verlo libre.

-Y tú comentaste que le temías lo suficiente como para eliminarlo. ¿Por qué, después de todo el tiempo transcurrido, cuando todo ese asunto era historia y la esfera de poder nuevamente cambió de manos? Estaba débil, casi incapacitado. ¿Qué daño podía hacer?

Suspiró.

-No entiendo el poder que posee -dijo-, pero es muy considerable. Sé que puede viajar a través de la Sombra con su mente; puede sentarse en una silla y localizar lo que busca en la Sombra, trayéndolo hasta él con un simple acto de voluntad, sin moverse de ella; también viaja por la Sombra de manera muy similar. Abre su mente al lugar que quiere visitar, forma una especie de portal mental y luego, simplemente, lo cruza. Incluso creo que a veces sabe lo que la gente piensa. Es como si él mismo se hubiera convertido en una especie de Triunfo viviente. Conozco esto porque he visto cómo lo hacía. Casi al final, cuando lo teníamos bajo vigilancia en el palacio, se libró de nosotros de este modo. Fue la vez que viajó a la Tierra de sombra e hizo que te ingresaran en Bedlam. Una vez que conseguimos apresarlo de nuevo, uno de nosotros permaneció con él todo el tiempo. Sin embargo, todavía no sabíamos que podía atraer objetos de la Sombra. Cuando él se dio cuenta de que tú habías escapado, trajo a una bestia espantosa que atacó a Caine, quien entonces era su guardaespaldas. Y nuevamente fue en tu busca. Creo que después de eso Bleys y Piona lo capturaron, antes de que pudiéramos hacerlo nosotros, y no volví a verlo hasta aquella noche en la biblioteca cuando lo liberamos. Le tengo miedo porque posee poderes mortíferos que yo no entiendo.

-En ese caso, me pregunto cómo consiguieron encerrarlo.

-Piona tiene poderes muy parecidos, y creo que Bleys también los tenía. Entre ellos dos parece que anularon la mayor parte de los poderes de Brand a la vez que creaban un lugar donde éstos fueran inoperantes.

-No del todo -observé-. Pudo enviarle un mensaje a Random. De hecho, una vez contactó conmigo, aunque débilmente.

-Por lo que dices, es obvio que no del todo -comentó-. Pero sí lo suficiente. Hasta que nosotros atravesamos esas defensas.

-¿Qué sabes de la actitud de ellos hacia mí... primero me encierran, luego intentan matarme... luego salvarme?

-Eso no lo entiendo -contestó-, salvo que formaba parte de la lucha de poder que había estallado dentro- de su propio grupo. Sé que se dividieron, e imagino que uno u otro lado tenía en mente usarte para su beneficio. Por lo que, naturalmente, un lado quería matarte mientras que el otro luchaba por mantenerte con vida. Al final, Bleys fue el primero en llegar hasta ti, momento que aprovechó para lanzar el ataque sobre Ámbar.

-Pero él fue quien intentó matarme en la Tierra de sombra -comenté-. El fue quien disparó a las ruedas de mi coche.

-¿Oh?

-Bueno, eso es lo que me dijo Brand..., aunque hay muchos puntos nebulosos.

-Ahí no puedo ayudarte -replicó-. Desconozco lo que ocurría dentro de su grupo por aquel entonces.

-Sin embargo, te veías con Piona en Ámbar -indiqué-. De hecho, eras más que cordial con ella siempre que os encontrabais.

-Por supuesto -dijo, sonriendo-. Siempre he sentido predilección por Piona. Ciertamente es la más adorable y civilizada de todos nosotros. Es una pena que Papá fuera intransigente con respecto al matrimonio entre hermanos, como bien sabes. Me molestó que tuviéramos que ser adversarios durante tanto tiempo. Pero, después de la muerte de Bleys, de tu encarcelamiento y la coronación de Eric, todo volvió a ser normal entre nosotros dos. Ella aceptó su derrota con elegancia, y ahí acabó todo. Obviamente, estaba tan asustada como yo ante el posible retorno de Brand.

-Brand contó los hechos de manera diferente -comenté-, pero, una vez más, es lo que haría él. Dijo que Bleys todavía vive, que lo localizó con su Triunfo y sabe que está en la Sombra, entrenando otro ejército para un nuevo ataque contra Ámbar.

-Supongo que es posible -dijo Julián-. Pero ahora nos encontramos adecuadamente preparados para enfrentarnos a él, ¿no es cierto?

-Comentó que ese sería una ataque de distracción -continué-, que el verdadero vendría desde las Cortes del Caos, a través del camino

negro. Dice que Piona está oculta, preparando el acceso para este ataque.

Frunció el ceño.

-Espero que estuviera mintiendo -observó-. Me perturbaría ver su grupo reorganizado contra nosotros nuevamente, y esta vez con ayuda de las fuerzas oscuras. Además, odiaría que Piona estuviera involucrada en ello.

-Brand aseguró que él ya no pertenecía al grupo, que había visto el error de su alianza... y demás aseveraciones por el estilo.

-¡Ja! Antes confiaría en esta bestia que acabo de matar que en la palabra de Brand. Espero que hayas tenido el sentido común de mantenerlo vigilado..., aunque de poco serviría si recuperó sus poderes.

-¿Pero qué puede estar planeando ahora?

-O ha resucitado al viejo triunvirato, pensamiento que no me gusta nada, o tiene un plan nuevo en el que sólo está involucrado él. Pero recuerda esto, *tiene* un plan. Nunca ha estado satisfecho de ser únicamente un espectador. Siempre está maquinando algo. Juraría que incluso intriga mientras duerme.

-Tal vez tengas razón -dije-. ¿Sabes? Algo nuevo ha ocurrido, y todavía no sé si para bien o para mal. Acabo de pelearme con Gérard. Piensa que le hice algún daño a Brand. Esto no es así, pero no me encontraba en posición de demostrar mi inocencia. Soy la última persona, que yo sepa, que vio a Brand hoy. Gérard visitó sus habitaciones hace muy poco. Dice que están totalmente revueltas, con manchas de sangre aquí y allí, y que Brand no está. No sé qué pensar.

-Yo tampoco. Pero espero que eso signifique que alguien ha hecho el trabajo bien esta vez.

-Señor -repliqué-, todo está tan confuso. Ojalá hubiera sabido todo esto antes.

-Nunca se dio la oportunidad adecuada para contártelo -comentó-, hasta ahora. Ciertamente, no cuando estabas prisionero y a mano, y después tú desapareciste durante una buena temporada. Cuando volviste con tus tropas y tus armas nuevas, no sabía cuáles eran tus intenciones. Luego todo sucedió demasiado deprisa y Brand regresó. Era demasiado tarde. Tuve que largarme para salvar mi vida. Aquí en Arden soy fuerte. Aquí, puedo repeler cualquier ataque suyo. Tengo a mis patrullas en alerta constante y a la espera de que se sepa la muerte de Brand. Quería preguntaros a uno de vosotros si aún vivía. Pero no me decidía sobre con quién hablar; pensé que todavía sería sospechoso si hubiera muerto. Pero tan pronto como contactara con alguien, y si aún estaba vivo, pensaba matarlo yo mismo. Y ahora esto... ¿Qué piensas hacer, Corwin?

-Voy a buscar la Joya del Juicio a un lugar donde la guardé en la Sombra. Hay una manera de utilizarla en la destrucción del camino negro. Lo intentaré.

-¿Cómo?

-Es una historia demasiado larga, y me ha venido a la cabeza un pensamiento terrible.

-¿Cuál?

-Brand quiere la Joya. Me preguntó sobre ella, y ahora que sé la habilidad que tiene para encontrar lo que desea en la Sombra, trayéndolo sin moverse... ¿Hasta dónde tiene dominado este poder?

Julián quedó pensativo.

-No es omnisciente, si eso es lo que quieres saber. Nosotros encontramos lo que deseamos en la Sombra de la manera habitual...o sea, yendo hacia ello. De acuerdo con Piona, él se evita el trayecto. Por lo tanto, es *un* objeto, y no un objeto en particular, lo que él atrae. Además, por lo que Eric me contó, la Joya es un elemento muy peculiar. Creo que Brand, una vez que encuentre el lugar en el que se halla, tendrá que ir él mismo en su busca.

-Será mejor que me apresure. Tengo que llegar antes que él.

-Veo que montas a Drum -observó Julián-. Es un buen animal, y resistente. Ha pasado por muchas cabalgadas terribles.

-Es bueno saberlo -dije-. ¿Qué harás tú ahora?

-Contactar con alguien en Ámbar para que me ponga al día de todo lo que tú y yo hemos dejado en e! aire. Probablemente con Benedict.

-No lo intentes -comenté-. Te resultará imposible, ya que se ha marchado hacia las Cortes del Caos. Trata con Gérard, y mientras hablas con él convéncelo de que soy un hombre honorable.

-Los pelirrojos son los únicos magos de esta familia, pero trataré... *¿Has* dicho las Cortes del Caos?

-Sí, pero no hay tiempo para explicártelo.

-Por supuesto. Vete ya. Confío en que más adelante lo tengamos.

Alargó la mano y me apretó el brazo. Miré a la manticora y a los perros sentados a su alrededor.

-Gracias, Julián. Yo... Eres un hombre difícil de entender.

-No tanto. Creo que el Corwin al que odié murió hace siglos. ¡Emprende la marcha! Si Brand aparece por aquí, colgaré su pellejo de un árbol.

Mientras yo montaba le gritó unas órdenes a los perros, y éstos se lanzaron sobre el cadáver de la manticora, arrancando enormes trozos de carne de él. Cuando pasé al lado de esa extraña, inmensa y humana cara, vi que todavía sus ojos permanecían abiertos, aunque estaban vidriosos. Eran azules, y la muerte no les había robado una cierta inocencia preternatural. O tal vez fuera el regalo final de la muerte... una insensata manera de distribuir las ironías.

Conduje a Drum hasta el sendero y comencé mi cabalgada hacia el infierno.

X

Avanzando a lo largo del sendero a paso lento, con nubes que oscurecen el cielo y un relincho de Drum producido por el recuerdo o la anticipación... Un giro a la izquierda, un ascenso... La tierra es marrón, amarilla, de nuevo marrón... Los árboles se dispersan... Y la hierba que se agita entre ellos en la creciente y fresca brisa... Un fuego súbito en el cielo... Un tremor libera las gotas de lluvia...

Empinado y rocoso es el suelo ahora... El viento sacude mi capa... Sigo subiendo... Hasta donde las rocas están veteadas de plata y los árboles marcan un límite... La hierba, como fuegos verdes, muere bajo la lluvia... Hacia arriba, hacia las alturas escarpadas y resplandecientes, bañadas por la lluvia, donde las nubes se arraciman y hierven como un río desbordado y lleno de lodo... La lluvia aguijonea como perdigones y el viento se aclara la garganta para cantar... Subimos y subimos, y la cima aparece a la vista como la cabeza de un toro asustado, guardando el sendero con sus cuernos... Nos inunda el olor del ozono cuando llegamos a la cima y pasamos rápidamente de largo: la lluvia repentinamente queda bloqueada, el viento desaparece...

Salimos por el lado más alejado... No llueve, el aire está quieto, el cielo despejado y oscurecido por una densa negrura plagada de estrellas... Los meteoritos entran y arden, entran y arden, cauterizando las heridas fugaces, desvaneciéndose, desvaneciéndose... Las lunas, arrojadas como un puñado de monedas... Tres brillantes centavos, una opaca moneda de veinticinco, un par de peniques, uno de ellos con el brillo perdido y mellado... Entonces se inicia el descenso, por ese largo y sinuoso camino... Los cascos suenan claros y metálicos en el aire nocturno... En algún lugar escucho una tos como de gato... Una oscura forma cruza ante una luna baja, andrajosa y veloz...

Descendemos... La tierra cae en picado a ambos lados... Debajo sólo hay oscuridad... Nos movemos por la cima de una pared infinitamente alta y curva, el camino mismo está iluminado por la luz de la luna... El sendero se tuerce, haciéndose transparente... Pronto se dispersa, gaseoso, neblinoso, con estrellas debajo y arriba... Estrellas debajo y a ambos lados... No hay tierra... Sólo existe la noche, la noche y el delgado y translúcido sendero que debo intentar recorrer, descubriendo lo que se siente al hacerlo, para el caso de que lo necesite en el futuro...

Se produce un silencio absoluto, y la ilusión de la lentitud se pega a cada movimiento... Poco después, el sendero desaparece, y avanzamos como si estuviéramos nadando bajo el agua a una enorme profundidad, las estrellas peces brillantes... Es la libertad, es el poder de la cabalgada infernal que produce el júbilo, tan diferente de la temeridad que a veces surge en la batalla, la audacia de una proeza arriesgada bien realizada, el ímpetu de lo exacto seguido del hallazgo de la palabra adecuada para el poema... Es esto y la búsqueda en sí misma, cabalgando, cabalgando, cabalgando, quizás de ninguna parte a ninguna parte, a

través y entre los minerales y los fuegos del vacío, libre de la tierra y el aire y el agua…

Corremos detrás de un meteoro, rozamos su masa… Ganando velocidad en su superficie agrietada, bajamos, circunvalamos y volvemos a subir… Se convierte en una gran llanura, haciéndose más clara, de color amarillo…

Es arena, ahora hay arena sustentando nuestros movimientos… Las estrellas se desvanecen a medida que la oscuridad se diluye en el amanecer de un nuevo día… Guadañas de sombras delante, con árboles del desierto en su interior…

Cabalgo hacia la oscuridad… Atravesándola… Brillantes pájaros asustados emprenden el vuelo, se quejan, vuelven a posarse sobre las ramas…

Entre los árboles que se hacen tupidos… El suelo es más oscuro, el camino más estrecho… Frondas de palmeras se encogen hasta caber en la mano, la corteza se oscurece… Un giro a la derecha, un ensanchamiento del camino… Nuestros cascos sacando chispas de las piedras… El sendero se hace más grande, convirtiéndose en una calle flanqueada de árboles… Diminutas hileras de casas pasan a los lados… Persianas brillantes, escalinatas de mármol, pantallas pintadas más allá de los paseos de losetas… Veo un carro lleno de vegetales frescos tirado por un caballo…

Paseantes humanos se vuelven a mirar… Un pequeño murmullo de voces…

Continuamos… Pasando debajo de un puente… Siguiendo la corriente hasta que se ensancha en un río, que se dirige al mar…

Trotando a lo largo de la playa bajo un cielo del color del limón, con nubes azules que se deslizan velozmente… La sal, los fucos, las conchas, la suave anatomía de madera a la deriva… La espuma blanca que se desprende del mar de color de cal…

Galopamos, hacia el lugar donde las aguas chocan con una terraza… Subimos por las escaleras, cada escalón cruje y suena bajo el peso, perdiendo su identidad, uniéndose con el estruendo del oleaje… Hacia arriba, arriba, hacia la lisa llanura recubierta de árboles, con una ciudad dorada que resplandece, como un espejismo, a lo lejos…

La ciudad crece, oscureciéndose bajo un sombrío paraguas, con sus grises torres enhiestas, cristal y metal despidiendo luz a través de las tinieblas… Las torres comienzan a oscilar…

La ciudad se derrumba sobre sí misma, silenciosamente, a medida que nosotros pasamos… Las torres se desmoronan, el polvo vuela, suspendiéndose en el aire… Un ruido suave, como el de una vela al apagarse, inunda la atmósfera…

Una tormenta de polvo, que desaparece rápidamente deja su lugar a la niebla… A través de ella se escucha el sonido de las bocinas de los automóviles… Una oscilación, una breve subida, una transformación en el

gris-blanco, blanco-perla, cambiando... Nuestras huellas en un trozo de carretera... Hacia la derecha hay innumerables hileras de vehículos inmóviles... Blanco-perla, gris-blanco, otra vez alejándose...

Gritos y aullidos que provienen de ninguna dirección... Resplandores fortuitos de luz...

Subiendo una vez más... La niebla desciende y desaparece... Hierba, hierba, hierba... El cielo ahora está claro y es de un azul delicado... Un sol que se apresura a ponerse... Pájaros... Una vaca que pace en el campo, mira y pace...

Saltamos por encima de una cerca de madera para continuar la carrera sobre un camino comarcal... Un frío repentino surge más allá de la colina... la hierba está seca y hay nieve en el suelo... Una casa de campo con techo de estaño sobre una elevación del terreno, una estela de humo flota sobre ella...

Continuamos... Las colinas crecen, el sol desciende, arrastrando a la oscuridad tras de sí... Estrellas salpicando el paisaje... Aquí una casa, alejada... Allí otra, con un largo y serpenteante camino entre viejos árboles... Faros...

Nos apartamos a un lado del camino... Tiro de las riendas y dejo que pase...

Me limpio la frente y me quito el polvo de la camisa. Palmeo el cuello de Drum. El vehículo que se aproxima frena cerca de mí, y veo al conductor boquiabierto. Sacudo ligeramente las riendas y Drum comienza a andar. El coche frena hasta detenerse y el conductor me grita algo, pero no me detengo. Momentos después, le escucho alejarse.

Durante un buen rato anduvimos por un camino a través del campo. Marchamos a un paso cómodo y dejé atrás puntos de referencia, recordando otras épocas. Unos pocos kilómetros después llegué hasta otro camino, más ancho y en mejores condiciones. Doblé allí, permaneciendo en el andén de la derecha. La temperatura siguió bajando, pero el aire frío tenía una fragancia limpia. Una luna partida brillaba por encima de las colinas a mi izquierda. Unas pocas nubes recorrían el cielo, rozando el cuarto de la luna con una suave y polvorienta luz. Había muy poco viento; apenas un movimiento ocasional de las ramas, sólo eso. Después de un rato, llegué hasta una serie de depresiones en el camino, lo que me indicó que casi había alcanzado mi objetivo.

Una curva y un par de depresiones más... Y vi la roca al lado de la carretera, donde leí mi dirección.

Entonces tiré de las riendas y contemplé la colina. Había un coche al lado de la carretera y luz dentro de la casa. Saqué a Drum del camino y atravesamos el campo hasta una arboleda. Até sus riendas a un árbol de hoja perenne, acaricié su cuello y le dije que no tardaría mucho.

Volví al camino. No había ningún coche a la vista. Lo crucé y me dirigí hasta la parte más alejada de la carretera, dejando atrás al coche.

La única luz que había en la casa provenía del salón, a la derecha. Rodeé la casa por la izquierda, encaminándome hacia la parte trasera. Me detuve al llegar al patio, mirando a mi alrededor. Había algo que no estaba bien.

El patio trasero parecía muy cambiado. Faltaban un par de viejas tumbonas que había al lado de un desvencijado gallinero que nunca me preocupé de arreglar. Yendo más lejos aún, también faltaba el gallinero. La última vez que pasé por aquí aún estaban. También faltaban las ramas muertas que yo amontoné para usar como leña.

Tampoco estaba el montón de abono.

Me acerqué hasta el lugar donde había estado. Todo lo que quedaba era una irregular parcela de tierra vacía del tamaño que ocupó el abono.

Recordé que cuando sintonicé con la Joya descubrí que podía sentir su presencia si me concentraba en ello. Cerré los ojos por un momento y lo intenté.

Nada. Volví a mirar, inspeccionando cuidadosamente la zona, pero no vi ningún resplandor. No esperaba verlo, y menos cuando no pude sentir su presencia.

Cuando pasé por la casa no vi ninguna cortina en la habitación iluminada. La estudié detenidamente, notando que ninguna de las ventanas tenía cortinas, persianas o contraventanas. Por lo tanto...

Me encaminé hacia el otro extremo de la casa. Aproximándome a la primera ventana iluminada, eché un rápido vistazo. Casi todo el suelo estaba cubierto por sábanas. Había un hombre con un mono de trabajo y una gorra pintando la pared opuesta a donde yo me encontraba.

Claro.

Le había pedido a Bill que vendiera el lugar. Le firmé los papeles necesarios cuando estuve ingresado en la clínica local al proyectarme desde Ámbar a mi viejo hogar -probablemente debido a cierto poder de la Joya- cuando me apuñalaron. Eso habría ocurrido varias semanas atrás, de acuerdo con el tiempo de aquí y usando el factor de conversión de Ámbar a la Tierra de sombra, que era aproximadamente de dos días y medio por uno, contando con los ocho días que me tomó mi viaje a las Cortes del Caos según el tiempo de Ámbar. Bill, por supuesto, se apresuró a cumplir mi pedido. Pero la casa estaba en malas condiciones entonces, ya que permaneció abandonada durante varios años, y fue saqueada... Necesitaba algunas ventanas nuevas, arreglarle el techo, nuevas tuberías, pintarla... Y había un montón de escombros que sacar, tanto fuera como dentro...

Di media vuelta y bajé por el camino principal hasta la carretera, recordando la última vez que recorriera este trayecto sumido en el delirio, arrastrándome sobre las manos y las rodillas, con la sangre que me chorreaba del costado. Aquella noche era más fría, y la nieve cubría la tierra. Pasé cerca del lugar donde me senté entonces, tratando de llamar la atención de un coche con la funda de una almohada. El recuerdo era ligeramente borroso, pero todavía recordaba a los que pasaron de largo.

Crucé la carretera, abriéndome camino por el campo, entre los árboles. Solté a Drum y monté.

-Todavía tenemos que andar un poco más -le dije-. Pero esta vez no será mucho.

Volvimos hasta la carretera y seguimos por ella, dejando atrás mi casa. Si no le hubiera dicho a Bill que la vendiera, el montón de abono aún estaría allí con la Joya. Y yo podría estar de regreso en Ámbar con la piedra colgando alrededor de mi cuello, dispuesto a intentar lo que tenía que hacer. Pero ahora tenía que buscarla, y con cada momento que pasaba sentía que el tiempo se acababa. Me consolaba saber que el tiempo aquí transcurría de modo favorable con respecto a Ámbar. Espoleé a Drum y sacudí las riendas. A pesar de esa ventaja no tenía ningún sentido que lo desperdiciara.

Media hora después llegué a la ciudad y bajé por una calle vacía de una zona residencial cuyas casas me rodeaban por todos los lados. Las luces estaban encendidas en la casa de Bill. Entré en el camino que conducía hasta ella. Dejé a Drum en su patio trasero.

Alice contestó a mi llamada, me contempló un momento y luego exclamó:

-¡Dios mío! ¡Cari!

Minutos después me encontraba sentado en el salón con Bill y una copa en la mesita de mi derecha. Alice se había ido a la cocina, tras cometer el error de preguntarme si tenía hambre.

Bill me estudió mientras encendía su pipa.

-Tu manera de aparecer y desaparecer sigue siendo llamativa.

Sonreí.

-Está motivada por la urgencia -comenté.

-Aquella enfermera de la clínica… casi nadie creyó su historia.

-¿Casi nadie?

-La minoría a la que me refiero soy yo, por supuesto.

-¿Qué historia contó?

-Juró que te dirigiste hasta el centro de la habitación, te volviste bidimensional, y simplemente desapareciste, como el viejo soldado que eres, acompañado por algo parecido a un arcoiris.

-El glaucoma puede producir el síntoma del arcoiris. Debería hacerse un examen de la vista.

-Lo hizo -dijo-. La tenía perfecta.

-Oh. Lamentable. Lo siguiente que se me ocurre es que se trate de una lesión neurológica.

-Vamos, Cari. Ella está bien. Tú lo sabes.

Sonreí y tomé un sorbo de mi copa.

-Y tú -continuó- te pareces a alguien que una vez vi en una carta. Eres exactamente igual, incluso la espada. ¿Qué está ocurriendo, Cari?

-Es muy complicado -comenté-. Ahora más que la última vez que hablamos.

-¿Lo que significa que todavía no puedes explicarme nada?

Sacudí la cabeza.

-Te has ganado un recorrido completo por mi hogar..., cuando todo esto acabe -observé-, si es que aún me queda un hogar. En estos mismos instantes el tiempo está realizando cosas terribles en mi contra.

-¿Qué puedo hacer para ayudarte?

-Por favor, necesito información sobre mi vieja casa. ¿Quién es la persona que la está arreglando?

-Ed Wellen. Es un contratista de esta zona. Creo que lo conoces. ¿No te colocó una ducha, o algo así?

-Sí, sí lo hizo..., lo recuerdo.

-Su negocio ha crecido bastante. Compró equipo pesado, y ahora tiene a unos cuantos hombres trabajando para él. Yo me ocupé de los papeles que necesitó para la licencia.

-¿Sabes a quién tiene trabajando en mi casa en este momento?

-No, ahora no. Pero puedo averiguarlo de inmediato -Colocó la mano sobre el auricular del teléfono que tenía a su lado-. ¿Le llamo?

-Sí -comenté-, pero hay algo más. Sólo estoy interesado en una cosa. Había un montón de abono en el patio trasero. La última vez que estuve seguía allí. Ha desaparecido. Tengo que averiguar dónde está.

Ladeó la cabeza hacia la derecha y sonrió mordiendo la pipa.

-¿Hablas en serio? -preguntó finalmente.

-Totalmente -contesté-. Cuando me hirieron escondí algo en el abono. Y tengo que recuperarlo.

-¿Qué era?

-Un rubí.

-Supongo que de un precio incalculable.

-Tienes toda la razón.

Asintió lentamente.

-Si se tratara de otra persona, pensaría que es una broma -dijo-. Un tesoro en un montón de abono... ¿Es una reliquia familiar?

-Sí. Cuarenta o cincuenta quilates. Con un engarce sencillo y una cadena maciza.

Se quitó la pipa y silbó.

-¿Te importa si te pregunto por qué la colocaste ahí?

-Si no lo hubiera hecho ahora estaría muerto.

-Es una buena razón.

De nuevo posó la mano en el teléfono.

-Hubo bastante movimiento en la casa -observó-. Bastante si pensamos que aún no hemos puesto ningún anuncio. Alguien que se lo comenta a alguien, quien a su vez lo oyó de otra persona. Esta misma mañana yo llevé a un hombre a verla. Lo está pensando. Puede que la vendamos muy pronto.

Comenzó a marcar un número.

-Espera -pedí-. Dime cómo era.

Volvió a colgar el teléfono y alzó la vista.

-Un hombre delgado -dijo-. Pelirrojo. Tenía barba. Dijo que era un artista y que quería una casa en el campo.

-¡Hijo de puta! -exclamé, justo cuando Alice entraba en el salón con una bandeja.

Hizo un sonido reprobador y sonrió, pasándome después la bandeja.

-Es sólo un par de hamburguesas y ensalada que quedó del mediodía -comentó-. No mucho.

-Gracias. Estaba a punto de comerme a mi caballo. Aunque me hubiera sentido mal después.

-Me imagino que a él tampoco le hubiera gustado. Que aproveche -dijo, y regresó a la cocina.

-¿Estaba todavía el montón de abono en el patio cuando le enseñaste la casa? -pregunté.

Cerró los ojos y frunció el ceño.

-No -comentó al cabo de un rato-. El patio ya estaba limpio.

-Por lo menos eso es algo -murmuré, y empecé a comer.

Hizo la llamada, y habló unos minutos. Capté la conversación gracias a las preguntas que hizo Bill, pero la escuché por completo cuando él colgó, a la vez que acababa mi comida y la ayudaba a bajar por mi garganta con lo que quedaba en mi copa.

-Me dijo que odiaba que se desperdiciara un buen abono -comenzó Bill-. Así que lo cargó en su furgoneta y se lo llevó a su granja. Lo volcó sobre una tierra que piensa cultivar, pero todavía no tuvo la oportunidad de extenderlo. Dijo que no vio ninguna piedra preciosa, pero que se le pudo haber pasado por alto.

Asentí.

-Si me puedes prestar una linterna, será mejor que la busque ahora.

-Seguro. Te llevaré hasta su casa -dijo.

-No me gustaría separarme de mi caballo.

-Bueno, probablemente necesites un rastrillo, y una pala o un pico. Yo puedo llevarlos y nos encontramos allí, si sabes cómo ir solo.

-Sé dónde está la granja de Ed. Y supongo que él tendrá todo lo que puede hacerme falta.

Bill se encogió de hombros, sonriendo.

-De acuerdo -dije-. Primero deja que vaya al baño, y luego nos marchamos.

-Me pareció que conocías al posible comprador.

Puse la bandeja a un lado y me incorporé.

-Tú oíste hablar de él como Brandon Corey.

-¿El tipo que se hizo pasar por tu hermano y que te encerró en el hospital?

-No fingió. Es mi hermano. Pero eso no es culpa mía. Perdóname.

-Estuvo allí.

-¿Dónde?

-En la casa de Ed, esta tarde. Al menos sé que fue por allí un pelirrojo.

-¿Qué le dijo?

-Dijo que era un artista. Pidió permiso para colocar su caballete y pintar uno de los campos.

-¿Y Ed le dejó?

-Sí, claro. Pensó que era una buena idea. Por eso me lo contó. Quería alardear un poco.

-Coge las cosas. Nos encontraremos en su casa.

-Bien.

Lo segundo que hice en el baño fue sacar los Triunfos. Tenía que hablar con alguien en Ámbar inmediatamente, alguien que fuera lo suficientemente fuerte para poder detener a Brand. ¿Pero quién? Benedict iba camino de las Cortes del Caos, Random se encontraba buscando a su hijo, y yo acababa de separarme de Gérard en términos que no eran demasiado amigables. Lamenté no disponer de un Triunfo de Ganelón.

Decidí que sería Gérard.

Saqué su carta y me concentré. Momentos después establecí el contacto.

-¡Corwin!

-¡Sólo escúchame, Gérard! Brand está vivo, si eso te sirve de consuelo. Estoy completamente seguro de ello. Esto es importante. De vida o muerte. Tienes que hacer algo... ¡y pronto!

Su expresión cambiaba constantemente mientras yo hablaba: ira, sorpresa, interés...

-Continúa -dijo.

-Puede que Brand regrese pronto. De hecho, tal vez ya se encuentre en Ámbar. Todavía no lo has visto, ¿verdad?

-No.

-Es preciso que no recorra el Patrón.

-No entiendo de qué me hablas. Pero puedo colocar a un guardia fuera de la cámara del Patrón.

-Ponlo dentro de la cámara. Brand puede ir y venir mediante sistemas que nosotros no conocemos. Ocurrirá un desastre si atraviesa el Patrón.

-Entonces se lo impediré yo personalmente. ¿Qué ocurre?

-No tengo tiempo ahora. Esto es lo siguiente que tienes que hacer. ¿Regresó Llewella a Rabma?

-Sí, está allí.

-Ponte en contacto con ella utilizando su Triunfo. Tiene que advertirle a Moire que el Patrón en Rabma también ha de estar vigilado.

-¿Es muy serio esto, Corwin?

-Podría ser el fin -dije-. No dispongo de más tiempo, me marcho.

Rompí el contacto y me encaminé a la cocina, donde estaba la puerta trasera; allí sólo me detuve lo suficiente para darle las gracias a Alice y despedirme. Si Brand se había apoderado de la Joya, sintonizando con ella, la situación era muy peligrosa. Tuve el presentimiento de lo que haría.

Monté en Drum y me dirigí al camino. Bill salía del garaje.

XI

En muchos lugares donde Bill no pudo hacerlo, yo corté por el campo, lo que me permitió llegar casi al mismo tiempo que él. Cuando tiré de las riendas, él hablaba con Ed, quien señalaba hacia el sudoeste.

Tras desmontar, Ed observó a Drum.

-Un bonito caballo -comentó.

-Gracias.

-Has estado fuera.

-Sí.

Nos estrechamos las manos.

-Me alegra verte de nuevo. Le estaba diciendo a Bill que no sé cuánto tiempo se quedó ese pintor. Me imaginé que se marcharía cuando oscureciera, por lo que no le presté mucha atención. Ahora bien, si el tipo buscaba algo que era tuyo y sabía lo del abono, por lo que sé aún puede estar ahí fuera. Si quieres cojo la escopeta y os acompaño.

-No -dije-, gracias. Creo que sé quién es. No hará falta ningún arma. Echaremos un vistazo.

-Muy bien -comentó-. Dejad que vaya con vosotros y os eche una mano.

-No hace falta que lo hagas -repliqué.

-¿Me encargo de tu caballo? ¿Qué te parece si le doy algo de beber y de comer, y luego lo cepillo un poco?

-Estoy seguro de que él te lo agradecerá. Sé que yo lo haría.

-¿Cómo se llama?

-Drum.

Se acercó a Drum y le habló.

-De acuerdo -dijo-. Estaré en el granero un rato. Si me necesitáis para algo, simplemente gritad.

-Gracias.

Saqué los utensilios de la furgoneta de Bill y él cogió la linterna eléctrica; luego nos dirigimos al sudoeste, donde Ed nos indicara.

Mientras cruzábamos el campo yo inspeccionaba donde Bill iluminaba con la linterna, buscando el abono. Cuando vi lo que podían ser sus restos, involuntariamente retuve el aliento. Alguien había dispersado los terrones de tierra, ya que no hubieran caído así desde una furgoneta.

Sin embargo..., el hecho de que alguien los removiera significaba que no había encontrado lo que buscaba.

-¿Qué piensas? -preguntó Bill.

-No sé -le contesté, depositando las herramientas en la tierra y acercándome al abono-. Ilumina aquí.

Observé detenidamente lo que quedaba del montón, luego cogí un rastrillo y comencé a hurgar en él. Rompí cada terrón y lo esparcí sobre la tierra, pasando los pinchos del rastrillo. Después de un rato, Bill depositó la linterna sobre el suelo en un buen ángulo y se acercó para ayudarme.

-Tengo el presentimiento... -dijo.

-Yo también.

-... de que hemos llegado tarde.

Seguimos pulverizando la tierra y esparciéndola, pulverizándola y esparciéndola...

Sentí el cosquilleo de una presencia familiar. Me erguí y esperé. El contacto se produjo momentos después.

-¡Corwin!

-Dime, Gérard.

-¿Qué has dicho? -preguntó Bill.

Alcé la mano para que guardara silencio y me concentré en Gérard. Estaba en penumbra ante el brillante comienzo del Patrón y se apoyaba sobre su enorme espada.

-Tenías razón -dijo-. Brand apareció por aquí, sólo hace un momento. No estoy seguro de cómo entró. Surgió de las sombras a la izquierda, allí -señaló-. Me miró durante un momento, dio media vuelta y se alejó. No me respondió cuando le llamé. Así que encendí la linterna, pero no lo vi por ningún sitio. Simplemente desapareció. ¿Qué quieres que haga ahora?

-¿Llevaba la Joya del Juicio?

-No lo sé. Sólo le vi un momento, y había poca luz.

-¿Están vigilando el Patrón en Rabma?

-Sí. Llewella dio la alerta.

-Bien. Sigue de guardia. Pronto me pondré en contacto contigo.

-De acuerdo. Corwin... con respecto a lo que ocurrió antes...

-Olvídalo.

-Gracias. Ese Ganelón es un tipo duro.

-Sí que lo es -dije-. Mantente alerta.

Su imagen se desvaneció cuando rompí el contacto, pero entonces ocurrió algo extraño. La sensación de contacto, el sendero, continuó en mí, sin un objeto fijo, abierto, como una radio encendida que no estuviera sintonizada a ninguna frecuencia.

Bill me miraba de forma peculiar.

-Cari, ¿qué ocurre?

-No lo sé. Espera un minuto.

Repentinamente se produjo el contacto otra vez, aunque no con Gérard. Ella debió concentrarse en mí mientras yo hablaba con él.

-Corwin, es importante...

-Adelante, Fi.

-No encontrarás lo que buscas ahí. Lo tiene Brand.

-Comenzaba a sospecharlo.

-Tenemos que detenerlo. Desconozco cuánto sabes...

-Ya no estoy seguro yo tampoco -comenté-, pero hice que vigilaran el Patrón de Ámbar y el de Rabma. Gérard acaba de decirme que Brand apareció en el de Ámbar, pero huyó.

Asintió con un movimiento de su delicada y bien formada cabeza. Sus rojas trenzas estaban inusualmente desarregladas. Parecía cansada.

-Estoy al tanto de ello -dijo-. Lo tengo bajo vigilancia. Pero te has olvidado de otra posibilidad.

-No -comenté-. De acuerdo con mis cálculos, Tir-na Nog'th todavía no se alzará...

-No me refería a eso. Brand se dirige al Patrón original.

-¿Para sintonizar con la Joya?

-Así es.

-Para atravesarlo, tendrá que cruzar la parte dañada. Creo que eso es bastante difícil.

-Así que sabes lo del Patrón -observó-. Bien. Eso nos ahorra tiempo. Pero la zona oscura no resultará tan difícil para él como lo sería para uno de nosotros. Ha hecho un pacto con esa oscuridad. Debemos detenerlo inmediatamente.

-¿Sabes de algún atajo para llegar allí?

-Sí. Ven a mí. Yo te llevaré.

-Dame un minuto. Quiero a Drum conmigo.

-¿Para qué?

-Nunca se sabe. Por eso lo quiero conmigo.

-Muy bien. Entonces llévame hasta donde estás tú. No existe ninguna diferencia si partimos desde allí.

Extendí la mano. Después de un segundo, estrechaba la de ella. Dio un paso.

-¡Señor! -exclamó Bill, dando un paso atrás-. Dudaba de tu cordura, Cari. Ahora dudo de la mía. Ella... ella estaba en una de las cartas, ¿no es así?

-Sí. Bill, esta es mi hermana Piona. Piona, este es Bill Roth, un muy buen amigo.

Fi extendió su mano y sonrió, y yo los dejé allí mientras iba en busca de Drum. Poco después volvía con él.

-Bill -dije-. Siento haber desperdiciado tu tiempo. Mi hermano tiene la joya. Ahora debemos ir tras él. Gracias por tu ayuda.

Estreché su mano. Y él dijo:

-Corwin.

Sonreí.

-Sí, ese es mi nombre.

-Tu hermana y yo estuvimos hablando. No descubrí mucho en tan poco tiempo, pero sé que es un asunto peligroso. Así que buena suerte. Pero todavía me gustaría que me contaras toda la historia algún día.

-Gracias -dije-. Intentaré complacerte.

Monté, me agaché y alcé a Piona hasta que cabalgó delante de mí.

-Buenas noches, señor Roth -dijo ella. Luego, dirigiéndose a mí, añadió-: Vamos hacia el campo, al paso.

Así lo hice.

-Brand me dijo que fuiste tú quien lo apuñaló -comenté tan pronto como nos alejamos y estuvimos solos.

-Es verdad.

-¿Por qué?

-Para evitar todo esto.

-Hablé durante un buen rato con el. Aseguró que originalmente fuisteis tú, Bleys y él mismo, los que planeasteis el asalto al poder.

-Es correcto.

-Me contó que intentó ganarse a Caine para vuestro lado, pero que él no quiso saber nada del asunto, contándoselo a Eric y a Julián. Lo cual provocó que formaran su propio grupo, bloqueándoos el paso al trono.

-Básicamente es cierto. Caine tenía ambiciones personales... a largo plazo, pero igualmente eran ambiciones. Sin embargo, no se encontraba en posición de ponerlas en práctica. Así que decidió que si su posición debía ser más baja, prefería tenerla bajo el mando de Eric y no de Bleys. Puedo entender su punto de vista.

-También me aseguró que vosotros tres hicisteis un trato con los poderes que hay al final del camino negro, en las Cortes del Caos.

-Sí -comentó-, lo hicimos.

-Utilizas el pasado.

-En lo que respecta a Bleys y a mí, sí.

-No es eso lo que me contó Brand.

-Nunca lo hubiera hecho.

-Dijo que Bleys y tú queríais continuar con esa alianza, pero que él cambió de opinión. Debido a ello, asegura que os volvisteis en su contra y lo encerrasteis en aquella torre.

-¿Y por qué simplemente no lo matamos?

-Me rindo. Dímelo.

-Era demasiado peligroso para estar en libertad, pero tampoco podíamos matarlo, ya que poseía algo vital.

-¿Qué?

-En ausencia de Dworkin, Brand era el único que sabía cómo reparar el daño que él mismo le hizo al Patrón original.

-Tuvisteis mucho tiempo para sacarle esa información.

-Posee recursos increíbles.

-¿Entonces por qué le apuñalaste?

-Te lo repito, para evitar todo esto. Si el problema se reducía a la elección entre su libertad o su muerte, era mejor que muriera. Preferíamos arriesgarnos descubriendo nosotros mismos la manera de reparar el Patrón.

-Siendo este el caso, ¿por qué consentiste en cooperar para traerlo de regreso?

-Primero, no cooperaba, trataba de impedirlo. Pero erais demasiados. Llegasteis hasta él a pesar mío. Segundo, tenía que estar cerca en caso de que lo consiguierais. Es una pena que sobreviviera.

-¿Dices que Bleys y tú no estabais convencidos de la alianza, pero que Brand sí?

-Así es.

-¿Esa duda hasta qué punto afectaba vuestro deseo por el trono?

-Llegamos a la conclusión de que nos arreglaríamos sin ninguna ayuda externa.

-Ya veo.

-¿Me crees?

-Me temo que sí.

-Gira aquí.

Penetramos por una hendidura en la ladera de la colina. El camino era muy estrecho y oscuro, iluminado sólo por una pequeña franja de estrellas. Piona manipuló la Sombra mientras hablábamos, alejándonos del campo de Ed, descendiendo a un páramo cubierto por la niebla,

ascendiendo luego otra vez hacia un sendero rocoso y claro en las montañas. Ahora, mientras cruzábamos ese desfiladero oscuro, sentí cómo manipulaba de nuevo la Sombra. El aire era fresco pero no frío. La oscuridad a nuestra derecha e izquierda era absoluta, proyectando la ilusión de una profundidad enorme que nos impedía ver las rocas que nos rodeaban. Súbitamente me di cuenta de que esa impresión se veía reforzada por el hecho de que los cascos de Drum no producían ningún eco o sonido.

-¿Qué puedo hacer para recuperar tu confianza?

-Pides mucho.

Se rió.

-Deja que te lo pregunte de otra manera. ¿Qué puedo hacer para convencerte de que digo la verdad?

-Sólo contéstame a una pregunta.

-¿Cuál?

-¿Quién disparó a las ruedas de mi coche?

Se rió de nuevo.

-Ya te lo has imaginado, ¿no es verdad?

-Tal vez. Dímelo tú.

-Brand -observó-. Como fracasó borrando tu memoria, decidió que debía realizar un trabajo completo.

-La versión que me llegó de esa historia es que Bleys hizo los disparos y me dejó en el lago; que Brand llegó a tiempo para sacarme de él y salvó mi vida. De hecho, el informe de la policía indicaba algo parecido.

-¿Quién llamó a la policía? -preguntó.

-Fue una llamada anónima, pero...

-Bleys los llamó. Una vez que comprendió lo que ocurría, se dio cuenta que no llegaría a tiempo para salvarte. Esperaba que la policía sí lo hiciera. Afortunadamente, así ocurrió.

-¿Qué quieres decir?

-Brand no te sacó fuera del coche. Lo hiciste tú solo. El se quedó allí para estar seguro de que morirías, pero tú saliste a la superficie y te arrastraste a la orilla. Entonces él bajó para comprobar cómo estabas, para decidir si expirarías solo dejándote allí o si te lanzaba otra vez al lago. Pero la policía llegó entonces y él se marchó. Poco después nosotros lo cogimos y pudimos derrotarlo, encerrándolo en la torre. Eso requirió un gran esfuerzo. Más tarde, me puse en contacto con Eric y le conté lo ocurrido. Entonces él le ordenó a Flora que te ingresara en la otra clínica y se asegurase de que permanecías allí hasta después de su coronación.

-Encaja -dije-. Gracias.

-¿Qué es lo que encaja?

-En tiempos más tranquilos que estos, ejercí de médico en una ciudad pequeña; y aunque nunca me dediqué a los casos psiquiátricos, sé que no tratas a una persona con terapia de electroshock para devolverle la memoria. La TES generalmente tiene el efecto opuesto. Destruye algunos de los recuerdos más recientes. Mis sospechas surgieron cuando me enteré de que Brand ordenó que me aplicaran ese tratamiento. Así que desarrollé mi propia hipótesis. El accidente de coche no fue lo que me devolvió la memoria, ni tampoco la TES. La estaba recuperando yo de forma natural y no como resultado de algún trauma determinado. Supongo que debí dar indicios de que era así y, de alguna manera, Brand se enteró de ello, decidiendo que aquello no le favorecería en ese momento. Por lo que se desplazó hasta la sombra en la que yo me hallaba e hizo que me ingresaran, sometiéndome a un tratamiento que él creyó borraría todos los recuerdos que yo había recuperado. En parte tuvo éxito, ya que no recuerdo con claridad los días siguientes a las sesiones. Supongo que el accidente también contribuyó un poco. Pero cuando me escapé de Porter y sobreviví a su intento de matarme, el proceso de recuperación continuó cuando desperté en Greenwood antes de mi fuga definitiva. Mientras permanecía en casa de Flora fui recordando con más claridad el pasado. Dicho proceso se vio acelerado cuando Random me llevó a Rabma, donde atravesé el Patrón. Sin embargo, si esto no hubiera ocurrido, estoy seguro de que igualmente habría recuperado todos mis recuerdos. Tal vez más tarde, pero ya había logrado atravesar la primera barrera, y el proceso de recuperación estaba en marcha, acelerándose poco antes de llegar a Rabma. Por lo que llegué a la conclusión de que Brand trataba de sabotearme, y eso es lo que encaja con lo que me has dicho.

La franja de estrellas se había estrechado, y finalmente desapareció encima nuestro. Ahora avanzábamos por lo que parecía un túnel totalmente negro, donde apenas distinguíamos unos pequeños destellos de luz que parecían provenir de una larga distancia por delante.

-Sí -comentó ella en la oscuridad-, tu conjetura es correcta. Brand te temía. Dijo que había visto tu retorno una noche en Tir-na Nog'th, y que estropearías todos nuestros planes. En ese entonces no le presté atención, ya que ni siquiera sabía que tú aún vivías. Imagino que fue en ese momento cuando decidió que te encontraría. Si descubrió tu paradero por algún medio arcano, o si lo leyó en la mente de Eric, no lo sé. Posiblemente fue gracias a esto último. A veces es capaz de tales proezas. Bueno, sin importar cómo te localizó, ya conoces el resto de la historia.

-Fue la presencia de Flora en aquel lugar y su extraña relación con Eric lo que primero despertó sus sospechas. Por lo menos eso es lo que me dijo. No es que importe demasiado ahora. ¿Qué te propones hacer con él si lo capturamos?

Se rió entre dientes.

-Tienes tu espada -dijo.

-Brand me contó, y no hace mucho, que Bleys todavía está vivo. ¿Es verdad?

-Sí.

-¿Entonces por qué me encuentro yo aquí y no él?

-Bleys no está sintonizado con la Joya. Tú sí. Tú interactúas con ella en distancias cortas, y probablemente te ayude a preservar tu vida en caso de que te encuentres en inminente peligro de perderla. Por lo tanto, el riesgo no es demasiado grande -observó. Momentos más tarde, añadió-: Pero no confíes en ello. Un golpe rápido tal vez supere la reacción de la Joya. Puedes morir aunque la tengas.

La luz que teníamos delante nuestro se hizo más grande y brillante, pero de aquella dirección no nos llegaba ninguna ráfaga de viento, ningún olor o sonido. A medida que avanzábamos, pensé en las sucesivas oleadas de explicaciones que recibiera desde mi regreso, cada una con su complejo de motivaciones, de justificaciones de lo ocurrido mientras yo estuve ausente, de lo que había ocurrido desde mi regreso y de lo que ocurría ahora. Las emociones, los planes, las sensaciones, los objetivos que yo vi lanzados en un remolino de aguas desbordadas a través de una ciudad de hechos que lentamente erigí en la tumba de aquel otro yo... Y aunque un acto es un acto, en la mejor tradición Steiniana, cada ola de interpretación que rompía contra mí, cambiaba la posición de una o más cosas que yo suponía decididamente ancladas, y al hacerlo, alteraban el total, hasta el punto de que toda la vida parecía una interacción cambiante de la Sombra alrededor de una Ámbar como símbolo de una verdad que nunca conseguiría. Sin embargo, no podía negar que ahora sabía mucho más de lo que supe en todos estos años pasados, que me encontraba mucho más cerca del corazón de los acontecimientos de lo que había estado antes, que toda la acción en la que me vi atrapado desde mi regreso no parecía deslizarse hacia un propósito final. ¿Y qué es lo que quería yo? ¡La posibilidad de averiguar qué era lo correcto y actuar de acuerdo con ello! Me reí. ¿Quién consigue lo primero, y menos lo segundo, de estos absolutos? Me conformaba con una adecuada aproximación a la verdad. Eso sería suficiente... Y la posibilidad de esgrimir mi espada unas pocas veces en la dirección correcta: ésta era la más alta compensación que yo podía recibir del mundo de la una de la tarde por los cambios producidos desde el mediodía. Me reí otra vez y comprobé que mi espada estuviera suelta en su funda.

-Brand me dijo que Bleys había reunido otro ejército... -comencé.

-Más tarde -me interrumpió-, más tarde. No nos queda tiempo.

Y tenía razón. La luz se había expandido, convirtiéndose en una abertura circular. Se había aproximado a nosotros en una proporción desmesurada con relación a

nuestro avance, como si el túnel mismo estuviera contrayéndose. Parecía que el día se abalanzara a través de lo que yo elegí contemplar como la boca de la cueva.

-De acuerdo -comenté, y momentos más tarde llegamos hasta la entrada y la traspasamos.

Cuando salimos parpadeé varias veces. A mi izquierda estaba el mar, que parecía fundirse con un cielo del mismo color. El sol dorado que flotaba/colgaba por encima/dentro de él, emitía resplandores desde todas las direcciones. Detrás mío, sólo había roca. Nuestro acceso a este lugar se había desvanecido sin dejar ningún rastro. A poca distancia debajo y delante nuestro -quizás a unos treinta metros- yacía el Patrón original. Una figura negociaba el segundo de sus arcos exteriores, toda su atención estaba tan concentrada en esta actividad que aparentemente aún no había notado nuestra presencia. Un resplandor de color rojo surge cuando da un giro: la Joya, que cuelga de su cuello como antes colgó del mío, del de Eric, del de Papá. La figura, por supuesto, era Brand.

Desmonté. Alcé los ojos hasta Piona, pequeña y abatida, y le puse las riendas de Drum en sus manos.

-¿Algún consejo, aparte de que vaya tras él? -murmuré.

Sacudió la cabeza.

Entonces di media vuelta y desenfundé a Grayswandir, luego emprendí la marcha.

-Buena suerte -me deseó en voz baja.

Cuando caminaba hacia el Patrón, vi la larga cadena que salía de la entrada de la cueva y que llegaba a la ahora inmóvil forma de Wixer, el grifo. La cabeza de Wixer yacía en el suelo a varios pasos a la izquierda de su cuerpo. Tanto del cuerpo como de la cabeza manaba sangre de color normal sobre la piedra.

Cuando me acerqué al comienzo del Patrón, realicé un rápido cálculo. Brand ya había recorrido varios giros alrededor de la espiral general del diseño. Se encontraba aproximadamente a unas dos vueltas en su interior. Si sólo estuviéramos separados por un giro, podía alcanzarle con mi espada una vez que me encontrara en una posición paralela a la suya. La marcha, sin embargo, se hacía más dura a medida que uno penetraba en el interior del Patrón. En consecuencia, Brand avanzaba a un paso regularmente decreciente. Así que estaríamos cerca. No tenía porqué alcanzarlo en persona. Simplemente debía atravesar una vuelta y media hasta quedar paralelo a él.

Coloqué mi pie sobre el Patrón y avancé tan rápido como pude. Las chispas azules surgieron alrededor de mi pie tan pronto como me lancé a través de la primera curva contra la creciente resistencia que imponía el Patrón. Las chispas aumentaron rápidamente. Mi cabello comenzaba a erizarse cuando llegué hasta el Primer Velo, y ya se oía claramente el crepitar. Hice fuerza contra la presión del Velo,

preguntándome si Brand ya se habría percatado de mi presencia, incapaz de permitirme la distracción de una mirada hacia él en ese momento. Me enfrenté a la resistencia con fuerza renovada, y varios pasos después había atravesado el Velo y de nuevo mis movimientos fueron más fáciles.

Alcé la vista. Brand emergía del terrible Segundo Velo, rodeado hasta la cintura de chispas azules. Tenía en la cara una sonrisa de determinación y triunfo cuando lo atravesó y dio un paso adelante. Entonces me vio.

La sonrisa se le borró y dudó, lo cual me dio ventaja. Nunca debes detenerte en el Patrón si puedes evitarlo. Si lo haces, te cuesta mucha energía avanzar otra vez.

-¡Llegas tarde! -gritó.

No le respondí. Continué avanzando. Fuegos azules cayeron del dibujo del Patrón en la hoja de Grayswandir.

-No podrás atravesar la zona negra -dijo.

Continué avanzando. La zona negra se encontraba justo delante mío. Me alegró que el daño no se encontrara en una de las partes más difíciles del Patrón. Brand continuaba su marcha y lentamente se aproximaba a la Gran Curva. Si pudiera cogerlo ahí, no sería rival para mí. No tendría la fuerza o la velocidad necesarias para defenderse.

Cuando me acercaba a la parte dañada del Patrón, recordé la manera en que Ganelón y yo habíamos cortado el camino negro durante nuestra huida de Avalón. Al atravesarlo eliminé con éxito el poder del camino manteniendo la imagen del Patrón en mi mente. Ahora, por supuesto, tenía al mismo Patrón rodeándome por todos los lados, y la distancia no era tan grande. Mi primer pensamiento había sido que Brand sólo intentaba distraerme con su amenaza, pero se me ocurrió que la fuerza de la zona oscura bien podía ser mucho más fuerte aquí, que era de donde surgía. Cuando llegué hasta ella, Grayswandir resplandeció con tal intensidad que brilló por encima de la luz que había tenido antes. En un impulso, toqué el borde de la negrura con su punta, justo en el sitio donde acababa el Patrón.

Grayswandir hendió la negrura y no pude alzarla por encima de ella. Seguí andando mientras mi espada cortaba la zona delante mío, deslizándose por su superficie en lo que parecía una aproximación a los trazos originales. Yo la seguí. El sol pareció oscurecerse a medida que caminaba por aquel tenebroso terreno. Súbitamente fui consciente de los latidos de mi corazón, y el sudor me bañó la frente. Una sombra grisácea cayó sobre todo. El mundo se volvió turbio, y el Patrón pareció desvanecerse. Era como si resultara fácil dar un paso en falso en esta parte, y no estuve seguro de si el resultado sería el mismo de producirse en las partes intactas del Patrón. No quería averiguarlo.

Mantuve los ojos en el suelo, siguiendo la línea que inscribía Grayswandir ante mí, siendo el fuego azul de la espada el único color que quedaba en el mundo. Pie derecho, pie izquierdo...

Repentinamente, la dejé atrás y Grayswandir quedó libre en mi mano una vez más, su fuego parcialmente disminuido... no sabía si ello se debía al contraste con el paisaje otra vez iluminado o a otro motivo.

Busqué a Brand con los ojos y vi que se aproximaba a la Gran Curva. Yo me acercaba al Segundo Velo. En unos pocos minutos los dos estaríamos concentrados en el esfuerzo que esto suponía. Sin embargo, la Gran Curva es más difícil, más prolongada que el Segundo Velo. Yo me encontraría libre y avanzaría rápidamente de nuevo antes de que él acabara con su barrera. Entonces yo tendría que atravesar la zona dañada una vez más. El, por entonces, seguro que estaría libre, aunque avanzaría más lentamente que yo, ya que se encontraría en la parte donde el camino aún se hace más arduo.

A cada paso que daba se alzaba una estática ininterrumpida, y una sensación de cosquilleo permeó todo mi cuerpo. Las chispas se elevaron hasta media pierna. Era como si avanzara por un campo de trigo eléctrico. Mi cabello nuevamente estaba parcialmente erizado.

Sentía su movimiento. Miré hacia Piona una vez, que todavía estaba montada sobre Drum, inmóvil, observando.

Avancé con decisión hasta el Segundo Velo.

Ángulos... giros cortos, abruptos...La resistencia creció y creció ante mí, por lo que toda mi atención, toda mi fuerza, se concentró en luchar contra ella. Nuevamente me invadió cierta sensación de intemporalidad, como si nunca hubiera dejado de hacer otra cosa, como si estuviera obligado a hacerlo siempre. Y lo haría... centrando todo mi deseo ante tanta intensidad que todo lo demás quedaba excluido... Brand, Piona, Ámbar, mi propia identidad... Las chispas se alzaron todavía más a medida que avanzaba y giraba, jadeando, cada paso requería un esfuerzo más grande que el anterior.

Seguí abriéndome camino. Otra vez hacia la zona negra.

Con precaución, apoyé a Grayswandir en el suelo y comencé nuevamente el proceso. De nuevo surgió la atmósfera gris, la niebla monocromática, sólo anulada por el azul de mi espada que cortaba el camino ante mí como una incisión quirúrgica.

Cuando salí a la luz normal, busqué a Brand. Aún se encontraba en el cuadrante occidental, luchando con la Gran Curva; todavía le quedaba un tercio por recorrer. Si empujaba con más fuerza, tal vez pudiera cogerlo cuando saliera de ella. Concentré toda mi determinación en avanzar lo más rápido posible.

A medida que llegaba al extremo norte del Patrón, cogiendo la curva que me introduciría de nuevo en él, repentinamente me di cuenta de lo que ocurriría.

Iba a derramar más sangre sobre el Patrón.

Si todo se reducía a la simple elección de dañar más al Patrón o dejar que Brand lo destruyera por completo, no me quedó duda de cuál elegiría. Sin embargo, tenía que haber otro camino. Sí...

Aminoré ligeramente mi paso. Sería una cuestión de sincronización. En ese momento, su camino era mucho más duro que el mío, lo que me daba una cierta ventaja. Irónicamente, recordé entonces la preocupación que sentía Brand por no manchar su alfombra. Pero mantener el Patrón limpio sería más difícil.

Se aproximaba al final de la Gran Curva cuando decidí llevar su mismo ritmo mientras calculaba la distancia que me separaba de la zona oscura. Había llegado a la conclusión de que derramaría su sangre sobre la zona negra que ya estaba dañada. La única desventaja que tenía yo era que me encontraría a la derecha de Brand. Para minimizar el beneficio que obtendría de ello, me quedaría detrás suyo.

Brand luchaba y avanzaba, todos sus movimientos en cámara lenta. Yo también luché, pero no tan arduamente. Mantuve su paso. Entonces me pregunté qué pasaría con la Joya y la afinidad que habíamos compartido desde que sintonizara con ella. Sentía su presencia delante, a mi izquierda, incluso ahora que no podía verla en el pecho de Brand. ¿Realmente intentaría salvarme, aunque no la llevara, en caso de que Brand cobrara ventaja en el conflicto que se avecinaba? Sintiendo su presencia, casi creía que sí. Me había alejado de la persona que me apuñaló, buscando, de alguna manera, en el interior de mi mente un lugar que yo consideraba seguro -mi propia cama-, transportándome allí. Al sentirla en ese momento, casi viendo el camino ante Brand a través suyo, creí que obraría en mi favor una vez más. Pero recordé las palabras de Piona, y decidí no contar con ello. Sin embargo, medité sobre sus otros poderes, especulé con mi habilidad para controlarla a distancia...

Brand casi había acabado la Gran Curva. Desde algún nivel de mi ser lancé mi mente hacia afuera y establecí contacto con la Joya. Imponiéndole mi voluntad, llamé a una tormenta del tipo «tornado rojo» que había destruido a Iago. No sabía si podría controlar ese fenómeno particular en este lugar, pero de todas formas la llamé y la dirigí contra Brand. Al principio no ocurrió nada, aunque percibí que la Joya funcionaba y trataba de obedecerme. Con un esfuerzo final, Brand atravesó la última resistencia, dejando atrás la Gran Curva.

Yo me encontraba justo detrás suyo.

Misteriosamente, lo supo. En el instante en que la presión desapareció, sacó su espada, avanzó unos pasos más rápidamente de lo que yo pensé que podría, puso su pie izquierdo delante suyo y se volvió, mirándome a. los ojos por encima de las líneas de nuestras espadas.

-Veo que lo has conseguido -comentó a la vez que tocaba la punta de mi espada con la suya-. Pero nunca hubieras llegado tan pronto hasta aquí si no hubiera sido por la zorra que está montada en el caballo.

-Esa no es manera de hablar de nuestra hermana -dije, amagando una estocada y viendo como él la paraba.

Los dos nos encontrábamos limitados en nuestros movimientos, ya que ninguno podía lanzarse de lleno a un ataque sin verse obligado a

abandonar el Patrón. Pero yo estaba más limitado aún, ya que no deseaba que sangrara allí. Fingí una ataque frontal y él retrocedió, deslizando su pie izquierdo por la línea del Patrón detrás suyo. Entonces retrasó el pie derecho, adelantándolo otra vez cuando me lanzó un corte directo a la cabeza. ¡Maldición! Lo bloqueé y contraataqué por puro reflejo. No quería alcanzarlo con el corte al pecho que le lancé, pero la punta de Grayswandir trazó un arco por encima de su esternón. Escuché una vibración en el aire encima nuestro. Pero no podía permitirme el lujo de apartar mis ojos de Brand. Se miró el pecho y retrocedió un poco más. Bien. En ese momento una línea roja decoró su camisa donde mi espada le había cortado. Hasta ese momento la tela parecía absorber la sangre. Adelanté un pie y amagué, lanzando una estocada; detuve la suya, ataqué y volví a atacar... hice todo lo que se me ocurrió para que siguiera retrocediendo. Gozaba de una ventaja psicológica sobre él, ya que los dos sabíamos que yo tenía más envergadura y que era más rápido. Brand se acercaba a la zona negra. Sólo unos pasos más... Oí el sonido como de un único tañido de campana, seguido de un gran rugido. Una sombra cayó repentinamente sobre nosotros, como si una nube acabara de ocultar el sol.

Brand alzó la vista. Creo que lo podría haber matado en ese momento, pero aún se encontraba un poco alejado de donde quería que cayese.

Se recuperó inmediatamente y me miró enfurecido.

-¡Maldito seas, Corwin! Eso lo has hecho tú, ¿no? -gritó, y entonces me atacó, descartando la poca precaución que todavía le quedaba.

Desafortunadamente, me encontraba en una mala posición, ya que me había acercado a él de costado, preparado para obligarle a retroceder. Tenía la guardia abierta y estaba ligeramente desequilibrado. Incluso cuando paré su ataque, me di cuenta de que no sería suficiente; retorciéndome, caí hacia atrás.

Mientras me desplomaba me esforcé por mantener

mis pies en su lugar. Me apoyé sobre el codo derecho y la mano izquierda. Maldije, ya que el dolor fue muy grande y mi codo resbaló hacia el costado, frenando la caída con mi hombro derecho.

La estocada de Brand había pasado de largo, y rodeados por halos azules, mis pies todavía tocaban la línea. Me encontraba fuera del alcance de Brand para una estocada mortal, aunque todavía podía paralizarme.

Alcé mi brazo derecho, que aún empuñaba a Grayswandir, delante mío. Me senté. Cuando lo hice, vi que la formación roja, ribeteada de color amarillo en los bordes, ahora remolineaba justo encima de Brand, crepitando y arrojando chispas y pequeños relámpagos, con su rugido convertido ya en aullido.

Brand cogió su espada por el corte y la alzó por encima de su hombro como si fuera una lanza, apuntando en mi dirección. Supe que no podría pararla, que no la esquivaría.

Proyecté mi mente hacia la Joya y sobre la formación del cielo...

Hubo un brillante fogonazo cuando un pequeño rayo descendió y tocó su espada...

La espada cayó de su mano, que inmediatamente se dirigió a su boca. Con la mano izquierda cogió la Joya del Juicio como si supiera lo que yo estaba haciendo y buscara anular mi acto cubriéndola. Mientras se lamía los dedos quemados, alzó la vista, la ira había desaparecido de su rostro remplazada por un miedo que bordeaba el terror. El cono estaba descendiendo.

Entonces dio media vuelta y saltó hacia la zona oscurecida; mirando hacia el sur, alzó los dos brazos y gritó algo que no pude entender por encima del aullido de fondo.

El cono cayó sobre él, pero él pareció adoptar una estructura bidimensional mientras éste caía. Su contorno osciló. Comenzó a encogerse... pero no se debió a una reducción del tamaño real, sino a un efecto de distancia-miento. Poco a poco se perdió en la distancia y desapareció, justo antes de que el cono tocara la zona en la que había estado.

Con él se fue la Joya, y yo me quedé sin nada con lo que controlar la formación que flotaba encima de mí. No sabía si seguir tumbado o incorporarme de nuevo sobre el

Patrón. Elegí esto último, ya que el remolino parecía atacar todo aquello que rompiera la secuencia normal. Me senté otra vez y me arrastré hacia la línea. Luego me incliné, agazapándome, momento en que el cono se elevó de nuevo. El aullido también decreció. Los fuegos azules alrededor de mis botas desaparecieron por completo. Me volví y contemplé a Piona. Con un gesto ella me indicó que me pusiera de pie y continuara.

Me incorporé y vi que el vórtex se disipaba más con cada movimiento que hacía. Dirigiéndome hacia la zona en la que Brand acababa de estar, utilicé una vez más a Grayswandir delante mío. Los retorcidos restos de la espada de Brand yacían en un extremo del lugar oscuro.

Deseé que hubiera una manera fácil de salir del Patrón. Me parecía tan inútil acabar el recorrido ahora... Pero no hay modo de dar media vuelta una vez que has entrado en él. Así que me encaminé hacia la Gran Curva. ¿A dónde se había proyectado Brand? Si lo supiera, le ordenaría al Patrón que me enviara tras él. Tal vez Piona lo sabía. Sin embargo, seguro que se había trasladado a un lugar donde contaba con aliados. Sería una estupidez ir tras él solo.

Me consolé pensando que al menos había impedido la sintonización con la Joya.

Entonces entré en la Gran Curva. Y las chispas cubrieron todo mi cuerpo.

XII

El sol brillaba intensamente sobre las rocas de mi izquierda esa tarde sobre la montaña, proyectando largas sombras en las rocas de la derecha; filtrándose a través del follaje que cubría mi tumba; contrarrestando un poco los fríos vientos de Kolvir. Solté la mano de Random y me volví para contemplar al hombre que estaba sentado ante el mausoleo.

Su rostro coincidía con la cara dibujada en el Triunfo que encontramos en el Patrón. Ahora distinguí unas líneas que le surcaban la boca, el ceño más marcado, unido a un cansancio general en la mirada y en el contorno de la mandíbula que no se apreciaban en la carta.

Así que lo supe antes de que Random dijera:

-Este es mi hijo Martin.

Martin se puso de pie cuando me acerqué. Estrechó mi mano y dijo:

-Tío Corwin -su expresión cambió ligeramente cuando habló. Me observó atentamente.

Era varios centímetros más alto que Random, pero de la misma complexión ligera. Sus pómulos y su barbilla eran parecidos, y su cabello de la misma textura.

Sonreí.

-Has estado mucho tiempo fuera -comenté-. Yo también.

Asintió.

-Pero nunca estuve de verdad en Ámbar -replicó- Crecí en Rabma... y en otros lugares.

-Entonces permite que te dé la bienvenida, sobrino. Llegas en una época interesante. Random te lo habrá contado.

-Sí -dijo-. Por eso preferí verte aquí y no en el palacio.

Miré a Random.

-El último tío que conoció fue Brand -observó Random-, y bajo circunstancias muy desagradables. ¿Acaso le culpas?

-No. Yo mismo me enfrenté con él hace muy poco tiempo. Y no puedo decir que haya sido el más grato de los encuentros.

-¿Te enfrentaste con él? -dijo Random-. No entiendo.

-Se ha marchado de Ámbar y tiene la Joya del Juicio. Si hubiera sabido antes lo que sé ahora, todavía estaría en la torre. El es el traidor, y es muy peligroso.

Random asintió.

-Lo sé -comentó-. Martin confirmó todas las sospechas que teníamos sobre quién lo apuñaló... fue Brand. ¿Pero qué es eso de la Joya?

-Se me adelantó en llegar al sitio donde yo la oculté en la Tierra de sombra. Pero tenía que atravesar el Patrón y proyectarse en su interior para sintonizar con la Joya. Impedí que lo hiciera en el Patrón original de la verdadera Ámbar. Sin embargo, se me escapó. Ahora mismo vengo de hablar con Gérard. Enviamos una patrulla de guardias a través de Piona para evitar un nuevo intento en caso de que regrese. Nuestro propio Patrón y el de Rabma también están bajo vigilancia.

-¿Por qué ese deseo de sintonizar con la Joya? ¿Sólo por unas tormentas? Demonios, metiéndose en la Sombra podría manipular todo el clima que quisiera.

-Una persona sintonizada con la Joya podría borrar el Patrón.

-¿Oh? ¿Y entonces qué ocurriría?

-El mundo tal como lo conocemos llegaría a su fin.

-Oh -repitió Random. Luego añadió-: ¿Cómo demonios lo sabes?

-Es una larga historia y no tengo tiempo para contártela, pero me lo dijo Dworkin y le creo.

-¿Todavía vive?

-Más tarde hablaremos.

-De acuerdo. Pero Brand tiene que estar loco para hacer algo así.

Asentí.

-Estoy seguro de que piensa que puede crear un nuevo Patrón, diseñando otra vez el universo con él como director general.

-¿Y puede hacerlo?

-En teoría, quizás. Pero incluso Dworkin tiene serias dudas de que ésto pueda repetirse. Cuando él lo hizo la combinación de factores fue única... Sí, creo que Brand está loco. Mirando hacia atrás, recordando sus cambios de personalidad, sus ciclos anímicos, es como si se pudiera distinguir un esquema esquizoide. No sé si el pacto que hizo con el enemigo quebró algo en su interior. Realmente importa poco. Desearía que estuviera de nuevo en su torre. Desearía que Gérard fuera un médico incompetente.

-¿Sabes quién lo apuñaló?

-Piona. Dile a ella que te cuente la historia.

Se apoyó en mi epitafio y sacudió la cabeza.

-Brand -murmuró-. Maldito sea. Cualquiera de nosotros pudo matarlo en varias ocasiones... en los viejos tiempos. Pero justo cuando te llevaba hasta el límite, cambiaba. Y, pasado un tiempo, pensabas que después de todo no era una mala persona. Es una pena que no nos empujara un poco más en el momento oportuno...

-¿Debo suponer que la época de caza está abierta? -preguntó Martin.

Le miré. Los músculos alrededor de su mandíbula se habían tensado y sus ojos se estrecharon. Por un momento todos nuestros rostros pasaron por el suyo, como si fuera un mazo de cartas de la familia. Todo nuestro egoísmo, odio, envidia, orgullo y nuestros abusos fluyeron en ese instante... y él todavía no había pisado Ámbar. Algo estalló en mi interior; extendí los brazos y los posé sobre sus hombros.

-Tienes buenas razones para odiarle -dije-, y la respuesta a tu pregunta es «sí». La temporada de caza está abierta. No veo otra manera de tratar con él que no sea destruirlo. Yo mismo le odié mientras permaneció como una abstracción. Pero... ahora es distinto. Sí, tiene que morir. Pero no dejes que ese odio sea tu bautismo de entrada en la familia. Ha habido tanto odio entre nosotros. Miro tu cara... no sé... Lo siento, Martin. Todo sucede tan deprisa en este momento. Eres joven. Yo he visto mas cosas que tú. Y algunas me molestan... de manera diferente. Eso es todo.

Le solté y retrocedí.

-Cuéntame algo de ti -pedí.

-Tuve miedo de Ámbar durante mucho tiempo -comenzó-, y supongo que todavía tengo miedo. Desde que él me atacó me pregunto si en algún momento me cogerá otra vez. He permanecido mirando por encima de mi hombro durante muchos años. Supongo que os temía a todos. A la mayoría de vosotros os conocí como figuras en unas cartas... incluida la mala reputación. Le dije a Random -papá- que no quería conoceros a la vez, y él me sugirió que te viera a ti primero. Ninguno de los dos pensó en ese momento que tú estarías interesado en conocer algunas cosas que yo sé. Pero cuando las mencioné, papá dijo que tenía que verte tan pronto como fuera posible. Me ha contado todo lo ocurrido hasta ahora... ¿sabes? Conozco algunas de las causas.

-Tuve ese presentimiento... cuando no hace mucho tiempo surgió un nombre determinado.

-¿Los Tecy? -preguntó Random.

-Los mismos.

-No es fácil saber por dónde empezar... -dijo Martin.

-Sé que creciste en Rabma, que atravesaste el Patrón, y que luego usaste tu poder sobre la Sombra para visitar a Benedict en Avalón -observé-. Benedict te amplió conocimientos sobre la Sombra y Ámbar, instruyéndote en el uso de los Triunfos y de las armas. Más tarde, te marchaste para recorrer la Sombra por ti mismo. Y también estoy al corriente de lo que te hizo Brand. Eso es todo lo que sé.

Asintió, y dirigió sus ojos hacia el oeste.

-Una vez que dejé a Benedict, viajé durante años por la Sombra -comenzó-. Esos fueron los tiempos más felices que viví. Aventura, excitación, conocer nuevos lugares, hacer... Siempre supe que algún día, cuando fuera más inteligente y tuviera más experiencia, viajaría a

Ámbar y conocería a mi familia. Entonces apareció Brand. Yo estaba acampado en la ladera de una pequeña colina, descansando de un largo viaje mientras comía, de camino para visitar a mis amigos, los Tecy. Brand contactó conmigo en ese momento. Varias veces hablé con Benedict a través de su Triunfo cuando él me enseñaba cómo usarlo, y también lo hice posteriormente, durante mis viajes. Incluso alguna que otra vez me transportó a través de ellos, así que ya conocía la sensación que producían. Y aquello fue lo mismo, y durante un momento pensé que era Benedict que, de alguna manera, me estaba llamando. Pero no. Era Brand... lo reconocí por el dibujo de su carta.

Sentí curiosidad. No sabía cómo había contactado conmigo. Hasta donde yo sabía, no existía ningún Triunfo mío. Habló un minuto -no recuerdo lo que dijo-, y cuando el contacto se estableció claramente... me apuñaló. Entonces lo repelí, apartándolo, pero logró mantener la conexión. Me resultó difícil romperla, y cuando lo logré, él volvió a intentarlo. Pero yo lo bloqueé como Benedict me había enseñado. Finalmente, él se marchó. Me encontraba cerca de la casa de los Tecy. Logré montar en mi caballo y llegué hasta allí. Pensé que moriría, ya que nunca me habían herido tan gravemente. Pero después de un tiempo, me recuperé. Luego volví a sentir miedo, miedo de que Brand me encontrara y acabara lo que comenzó.

-¿Por qué no te pusiste en contacto con Benedict -pregunté- y le contaste lo ocurrido y el miedo que sentías?

-Lo pensé -contestó-, y también en la posibilidad de que Brand creyera que había tenido éxito, que yo estaba muerto de verdad. Desconocía qué clase de lucha por el poder se desarrollaba en Ámbar, pero llegué a la conclusión de que el intento de matarme formaba parte de ella. Benedict me había contado lo suficiente sobre la familia como para que ese fuera mi primer pensamiento. Así que decidí que lo mejor sería que permaneciera muerto a todos los efectos. Dejé a los Tecy antes de recuperarme del todo y cabalgué para perderme en la Sombra.

«Entonces ocurrió algo extraño -continuó él-, algo que nunca había encontrado, pero que en ese momento parecía virtualmente omnipresente: por todas las sombras que pasé, había un peculiar camino negro que se manifestaba de diferentes maneras. No lo entendía, pero ya que era lo único que me encontraba continuamente y que parecía viajar a través de la misma Sombra, sentí curiosidad por saber qué era. Decidí que lo seguiría y averiguaría de qué se trataba. Era peligroso. Pronto descubrí que no debía tocarlo. Por la noche lo recorrían extrañas formas. Los animales normales que se aventuraban en su interior enseguida enfermaban y morían. Así que tuve cuidado. No me acerqué a él más de lo debido para mantenerlo a la vista. Lo seguí a través de muchos lugares. Y pronto noté que a cualquier sitio que fuera lo que traía era muerte, desolación o problemas. No sabía qué pensar.»

«Yo todavía me encontraba débil por mi herida -siguió su narración-, y cometí el error de no descansar, de continuar mi marcha demasiado deprisa y sin parar durante todo un día. Aquella noche caí enfermo y al

irme a dormir estuve temblando arropado en mi manta hasta bien entrada la mañana. Durante todo este tiempo deliré, por lo que no sé exactamente cuándo apareció ella. Creí que formaba parte de mis sueños. Era una muchacha joven. Bonita. Me cuidó mientras me recuperaba. Se llamaba Dará. En ningún momento dejamos de hablar. Fue muy agradable... tener a alguien con quien pudiera hablar de aquella manera... Debí contarle toda mi vida. Luego ella me contó algo de la suya. No era de la zona en la que yo había caído enfermo. Me dijo que llegó hasta ahí viajando a través de la Sombra. Todavía no podía atravesarla como lo hacemos nosotros, aunque sabía que podría aprenderlo, ya que me aseguró que descendía de la Casa de Ámbar por la línea de Benedict. De hecho, estaba ansiosa por descubrir cómo lo hacíamos. Entonces, ella utilizaba el camino negro como transporte por la Sombra. Me contó que era inmune a sus efectos nocivos, ya que también estaba emparentada con los habitantes de donde el camino negro surgía, las Cortes del Caos. Pero tenía un gran empeño en descubrir nuestro sistema; yo le enseñé todo lo que sabía al respecto. Le conté sobre el Patrón, incluso se lo dibujé. Le mostré los Triunfos que yo llevaba -Benedict me había regalado un mazo- para que viera el aspecto que tenían sus otros parientes. Mostró un interés especial en el tuyo.»

-Voy entendiendo -dije yo-. Continúa.

-Me dijo que Ámbar, en la cúspide de su corrupción y orgullo, había desequilibrado una especie de balanza metafísica entre ella y las Cortes del Caos. Su gente tenía la obligación de enmendarlo destruyéndola por completo. El lugar del que ella venía no era una sombra de Ámbar, sino una entidad sólida por propio derecho. Mientras tanto, todas las sombras intermedias se veían afectadas malignamente por el camino negro. Como mi conocimiento de Ámbar es limitado, sólo podía escucharla. Al principio, acepté todo lo que me dijo. Brand, desde mi punto de vista, sí que encajaba en el mal imperante en Ámbar. Pero cuando se lo mencioné, me dijo que no. Que él era una especie de héroe en el lugar del que ella procedía. No sabía bien a qué se debía, pero ésto no le molestaba en absoluto. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba demasiado segura de todo lo que decía... siempre la envolvía un cierto aire de fanatismo cuando hablaba. Casi sin quererlo, me encontré defendiendo a Ámbar. Pensé en Llewella y en Benedict... y en Gérard, a quien había visto varias veces. Descubrí que estaba ansiosa por saber cosas de Benedict. Aquello resultó ser el punto débil en su armadura. Sobre este tema yo podía hablar con cierto conocimiento de causa, y ella deseaba creer todo lo bueno que yo pudiera decir. Así que no sé cuál fue el último efecto de esta conversación, sólo que al final parecía menos segura de sí misma...

- ¿Al final? -pregunté-. ¿Qué quieres decir? ¿Cuánto tiempo se quedó contigo?

-Casi una semana -replicó-. Me dijo que se ocuparía de mí hasta que me encontrara completamente recuperado, y así lo hizo. De hecho, permaneció a mi lado varios días más. Me contó que era para

asegurarse, pero a mí me pareció que disfrutaba con nuestras conversaciones. Finalmente, dijo que debía continuar su camino. Le pedí que se quedara conmigo, pero contestó que no. Me ofrecí a ir con ella, pero tampoco lo aceptó. Entonces debió darse cuenta de que la seguiría, ya que se marchó mientras yo dormía. Yo no podía entrar en el camino negro, y desconocía qué sombra recorrería en su ruta hacia Ámbar. Cuando desperté por la mañana y vi que se había marchado, por un momento pensé en dirigirme directamente a Ámbar. Pero aún tenía miedo. Tal vez algunos comentarios suyos reafirmaron mis temores. Decidí quedarme en la Sombra. Y así seguí viajando, viendo diferentes lugares y tratando de aprender... hasta que Random me encontró y me dijo que quería que fuera con él a casa. Pero primero me trajo hasta aquí para verte a ti, ya que quería que oyeras mi historia antes que los otros. Me comentó que tú conocías a Dará y que deseabas saber más sobre ella. Espero haberte ayudado.

-Lo has hecho -repliqué-. Gracias.

-Tengo entendido que al fin pudo atravesar el Patrón.

-Sí, y con éxito.

-Y que después se declaró enemiga de Ámbar.

-Así es.

-Espero -comentó- que no sufra ningún daño por ello. Fue muy atenta conmigo.

-Parece que sabe cuidarse bien -dije-. Pero..., sí, es una muchacha agradable. No puedo prometerte nada con respecto a su seguridad, ya que sé muy poco de ella y del papel que juega en este asunto. Pero lo que me has dicho ha sido de gran ayuda. La convierte en una persona a la que todavía puedo conceder el beneficio de la duda, por lo menos en lo que a mí respecta.

Sonrió.

-Me alegra oír eso.

Me encogí de hombros.

-¿Qué harás ahora? -pregunté.

-Lo llevaré a que conozca a Vialle -contestó Random-, y luego a los otros, si el tiempo y las oportunidades lo permiten. A menos que, por supuesto, haya surgido algo nuevo y me necesites.

-Han ocurrido varios acontecimientos nuevos -dije-, pero en este momento no te necesito. Aunque será mejor que te ponga al día. Todavía me queda un poco de tiempo.

A medida que le contaba a Random los sucesos desde su partida, pensé en Martin. Para mí todavía era un factor desconocido. Su historia podía ser completamente verdadera. De hecho, yo la creía. Pero, por otro lado, tenía el presentimiento de que estaba incompleta, que él, intencionadamente, ocultaba algo. Tal vez fuera una parte totalmente

inofensiva. Pero quizás no. No tenía ningún motivo para amarnos. Todo lo contrario. Y quizás Random estuviera introduciendo en nuestra casa un Caballo de Troya. Aunque yo no lo creía. Lo que ocurre es que no confío en nadie si tengo otra alternativa.

Aún así, nada de lo que le contaba en ese momento a Random podía ser utilizado en contra nuestra, y no creía que Martin fuera capaz de causarnos mucho daño si ese era su propósito. No, lo más probable es que estuviera siendo cauteloso como el resto de nosotros, y por los mismos motivos: miedo y autopreservación. Con una inspiración repentina, le pregunté:

-¿Volviste a encontrarte con Dará después?

Se sonrojó.

-No -respondió demasiado rápidamente-. Sólo esa vez. Fue la única.

-Ya veo -comenté.

Pero Random era un muy buen jugador de póker como para no notarlo; yo acababa de comprarnos un seguro instantáneo al pequeño precio de poner a un padre en guardia contra el hijo que acababa de encontrar después de tanto tiempo.

Enseguida conduje la conversación hacia Brand. Cuando comparábamos notas sobre la psicopatología, sentí el breve cosquilleo y la sensación de presencia que anuncia el contacto de un Triunfo. Alcé la mano y me volví.

Inmediatamente el contacto fue claro y Ganelón y yo nos contemplamos.

-Corwin -dijo-. Creí que ya era el momento de comprobar algunas cosas. En este momento tú tienes la Joya, Brand tiene la Joya, o aún la estáis buscando los dos. ¿Cuál de las tres posibilidades es la verdadera?

-Brand tiene la Joya -repliqué.

-Es una pena -observó-. Cuéntame qué ocurrió.

Se lo conté.

-Entonces Gérard estaba en lo cierto -dijo.

-¿Gérard te contó todo esto?

-No con tanto detalle -replicó Ganelón-, pero yo quise asegurarme de escuchar la historia completa. Hablé con él hace un momento -alzó la vista-. Si mi recuerdo de cuándo saldrá la luna es correcto, tienes que darte prisa.

Asentí.

-Sí, marcho ahora mismo hacia la escalera. No está muy lejos de aquí.

-Bien. Esto es lo que tienes que hacer...

-Sé lo que tengo que hacer -le corté-. Debo ir a Tir-na Nog'th antes de que lo haga Brand y bloquearle el camino al Patrón. En caso de que no lo consiga, iré otra vez tras él.

-Ese no es el plan -dijo.

-¿Se te ocurre una idea mejor?

-Si. ¿Llevas los Triunfos encima?

-En efecto.

-Bien. Primero, no podrás llegar antes que él e impedirle el paso al Patrón…

-¿Por qué no?

-Porque tienes que subir las escaleras para dirigirte al palacio, y luego bajar otra vez hasta donde se encuentra el Patrón. Eso te llevará bastante tiempo, incluso en Tir-na Nog'th… especialmente en Tir-na Nog'th, donde el tiempo fluye *de* manera diferente. Hasta puede que te encuentres con alguna visión que te dificulte el camino. Sea cual fuere el caso, él ya se habrá introducido en el Patrón cuando tú quieras llegar allí. Y tal vez ya haya recorrido demasiado camino como para que lo puedas alcanzar.

-Probablemente esté agotado. Eso hará que vaya despacio.

-No. Ponte en su lugar. Si tú fueras Brand, ¿no te habrías dirigido a una sombra donde la diferencia de tiempo te beneficiara? En vez de una sola tarde, bien puede haber dispuesto de varios días de descanso, preparándose para la ordalía que le espera esta noche. Es más seguro asumir que se encontrará en buen estado físico.

-Tienes razón -acepté-. Muy bien, no contaré con ello. Otra alternativa que se me ocurrió pero que soy reacio a poner en práctica, salvo que no quede otra salida, es matarlo desde lejos. Coger una ballesta o uno de nuestro rifles y simplemente dispararle en medio del Patrón. Lo único que me molesta de este plan es el efecto que produce nuestra sangre- sobre el Patrón. Tal vez sólo el Patrón original se vea afectado por ella, pero no lo sé.

-Correcto. No lo sabes -observó él-. Además, no quiero que dependas de armas convencionales allí arriba. Es un lugar extraño. Tú mismo dijiste que es un trozo peculiar de Sombra que flota en el cielo. Aunque descubriste la manera de que un rifle funcionara en Ámbar, puede que allí no se apliquen las mismas reglas.

-Es un riesgo -reconocí.

-Y con respecto a la ballesta… ¿imaginas que una repentina ráfaga de viento desvíe cada flecha que dispares?

-Me temo que no te sigo.

-La Joya. Caminó gran parte del Patrón original llevándola encima, y desde entonces ha dispuesto de cierto tiempo para practicar su uso.

¿Crees que es posible que ya se encuentre parcialmente sintonizado con ella?

-No lo sé. Yo mismo no sé muy bien cómo funciona ese proceso.

-Sólo quería indicarte que si actúa de esa manera, quizás pueda defenderse con ella. La Joya tal vez tenga otras propiedades que tú desconoces. Lo que quiero decirte es que quizás no puedas matarlo desde lejos. Y ni siquiera deseo que pienses en la posibilidad de que puedas usar el mismo truco que empleaste la última vez... no si él ejerce cierto control sobre ella.

-Haces que todo parezca más sombrío de lo que yo creía.

-Pero posiblemente más realista -replicó.

-Te lo concedo. Sigue. Dijiste que tenías un plan.

-Así es. Creo que no debemos permitir que Brand llegue hasta el Patrón de ninguna manera, ya que apenas pose un pie sobre él las probabilidades de desastre se incrementarán demasiado.

-¿Y no crees que yo llegaré a tiempo de impedírselo?

-No si él puede transportarse de un lado a otro de manera instantánea y tú tienes que caminar en su persecución. Estoy convencido de que se encuentra esperando la salida de la luna, y tan pronto como la ciudad cobre forma él estará allí, justo al lado del Patrón.

-Entiendo tu punto de vista, pero no veo la respuesta.

-La respuesta es que tú no pondrás el pie en Tir-na Nog'th esta noche.

-¡Espera un momento!

-¡Infiernos si voy a esperar! Trajiste a Ámbar a un experto en estrategia, y será mejor que escuches lo que tiene que decirte.

-De acuerdo, escucho.

-Me diste la razón cuando te dije que probablemente no llegarías a tiempo. Pero otra persona sí puede hacerlo.

-¿Quién y cómo?

-Me he puesto en contacto con Benedict. Ya ha vuelto. En este momento, se encuentra en Ámbar, en la cámara del Patrón. Ya debe haber completado el circuito y estará en el centro, esperando. Tú te dirigirás hasta el pie de las escaleras que conducen a la ciudad en el cielo. Una vez allí, esperarás a que salga la luna. Tan pronto como Tir-na Nog'th cobre forma, entras en contacto con Benedict a través de su Triunfo. Le dices que todo está listo, y él usa el poder del Patrón en Ámbar para transportarse hasta el Patrón de Tir-na Nog'th. No importa lo rápido que Brand viaje, no puede anticipar ese movimiento.

-Veo las ventajas -comenté-. Esa es la manera más veloz que un hombre tiene de llegar a la ciudad fantasma, y Benedict ciertamente es

una buena elección. No debería tener ningún problema para encargarse de Brand.

-¿Piensas de verdad que Brand no irá preparado? -dijo Ganelón-. Por todo lo que he oído de él, es inteligente aunque parezca imbécil. Tal vez anticipe algo así.

-Posiblemente. ¿Tienes alguna idea de lo que puede hacer?

-Una chinche* -comentó-. Perdóname. Estos bichos molestos.

-Todavía crees...

-Pienso que será mejor que permanezcas en contacto con Benedict todo el tiempo que él esté allí arriba, eso es lo que creo. Si Brand consigue alguna ventaja, tal vez tengas que rescatar a Benedict para salvarle la vida.

-Por supuesto. Pero entonces...

-Pero entonces habremos perdido una vuelta. Lo admito. Pero no todo el juego. Incluso si sintoniza totalmente con la Joya, tendrá que dirigirse al Patrón original para destruirlo... y está bajo vigilancia.

-Sí -dije-. Parece que has pensado en todo. Me has sorprendido moviéndote a esta velocidad.

-He tenido mucho tiempo libre últimamente, lo que puede ser negativo a menos que lo utilices para pensar. Y yo lo hice. Creo que deberías ponerte en marcha. El día no se hará más largo.

-De acuerdo -concedí-. Gracias por el consejo.

-Ahórratelas hasta que veamos qué sale de todo esto -comentó, y luego rompió el contacto.

-Esa conversación parecía importante -observó Random-. ¿Qué ocurre?

-Una buena pregunta -respondí-, pero mi tiempo se ha acabado. Tendrás que aguardar para conocer esta historia hasta la mañana.

-¿Puedo hacer algo para ayudarte?

-De hecho -dije-, sí. Tendréis que montar los dos en un sólo caballo o regresar a Ámbar a través de un Triunfo. Necesito a Star.

-Claro -aceptó Random-. No hay problema. ¿Eso es todo?

-Sí. El tiempo lo es todo.

Nos acercamos a los caballos.

Acaricié el cuello de Star varias veces y luego monté.

-Te veremos en Ámbar -dijo Random-. Buena suerte.

-En Ámbar -comenté-. Gracias.

---

* En inglés "bug", que *se* utiliza para indicar tanto una chinche como que un teléfono puede estar intervenido. (N. del T.)

Di media vuelta y me encaminé hacia el lugar donde está la escalera, introduciéndome en la sombra cada vez más larga que proyectaba mi tumba, poniendo rumbo hacia el este.

XIII

En la cresta más alta de Kolvir hay una formación rocosa que se asemeja a tres escalones. Me senté en el más bajo y esperé hasta que la ciudad surgiera encima mío. Para que esto ocurra son necesarias la noche y la luz lunar, y la mitad de estos requisitos ya había hecho su aparición.

Se veían nubes hacia el oeste y el noreste. Yo las vigilaba. Si se agrupaban lo suficiente como para ocultar la luz de la luna, Tir-na Nog'th se desvanecería en la nada. Esa es una de las razones por las que es aconsejable mantener a alguien sobre Kolvir en contacto contigo: para que te ponga a salvo con el Triunfo en caso de que la ciudad se esfume a tu alrededor.

Pero el cielo estaba despejado y lleno de estrellas conocidas. Cuando la luna apareciera y su luz cayera sobre la piedra en la que yo descansaba, la escalera en el cielo se volvería tangible, ascendiendo en un gran arco que conduciría hasta Tir-na Nog'th, aquella imagen de Ámbar que se desliza por el aire de la noche.

Me hallaba agotado. Demasiados acontecimientos en muy poco tiempo. Estar de repente descansando, con las botas a mi lado y masajeando los pies, con la cabeza reclinada, aunque fuera contra una roca, parecía un lujo, un placer puramente animal. Me arrebujé en mi capa para resguardarme del frío. Me hubiera encantado tomar un baño caliente, una comida completa, estar en una cama. Pero en el lugar donde me encontraba estos pensamientos adquirían una cualidad casi mítica. Ya era suficiente descansar como lo hacía en ese momento, dejando que las ideas fluyeran lentamente en mi cabeza, a la deriva, como si fueran meros espectadores que analizaran los acontecimientos del día.

Tanto.... pero al menos había recibido respuestas a algunas de mis, preguntas. Ciertamente, no a todas. Pero las suficientes para mitigar momentáneamente la sed de mi mente... Ya tenía cierta idea de lo ocurrido durante mi ausencia, y entendía mejor lo que ocurría ahora, lo que me brindaba seguridad sobre mis actos, sobre lo que *debía* hacer... Y tenía la sensación de saber más de lo que percibía conscientemente, de que poseía las piezas que encajaban en el rompecabezas; sólo tenía que rotarlas, colocándolas en su sitio adecuado. El ritmo de los acontecimientos recientes, particularmente los del día pasado, no me habían concedido tiempo para reflexionar. Sin embargo, en este momento, algunas de las piezas tomaban extraños derroteros...

Mi atención captó una oscilación por encima de mi hombro, un diminuto efecto en el que el aire se aclaró encima mío. Me volví, poniéndome de pie. Contemplé el horizonte. Había surgido un resplandor sobre el mar en el punto donde ascendería la luna. Las nubes también se habían movido ligeramente, pero no lo suficiente como para preocuparme. Entonces alcé la vista, pero la configuración de la ciudad aún no había

comenzado. Extraje mis Triunfos y busqué entre ellos para sacar el de Benedict.

Con el letargo olvidado miré al cielo, contemplando cómo la luna se expandía por encima del agua y proyectaba un sendero luminoso sobre las olas. Una forma casi imperceptible flotó repentinamente en el umbral de la visibilidad en el cielo. A medida que la luz aumentaba, unas chispas la recorrieron aquí y allí. Las primeras líneas, tenues como una tela de araña, aparecieron sobre la roca. Me concentré en la carta de Benedict, buscando el contacto...

Su fría imagen cobró vida. Estaba en la cámara del Patrón, de pie en el centro del diseño. Una linterna encendida brillaba al lado de su pie izquierdo. Notó mi presencia.

-Corwin -dijo-, ¿ha llegado el momento?

-Todavía no -le contesté-. La luna está saliendo. Y la ciudad se hace sólida. En muy poco tiempo cobrará forma. Quería asegurarme de que tú estabas preparado.

-Lo estoy -aseguró.

-Fue una suerte que regresaras en estos momentos. ¿Descubriste algo interesante?

-Ganelón me llamó -observó- tan pronto como se enteró de lo que había ocurrido. Su plan pareció bueno, razón por la que me encuentro aquí. Con respecto a las Cortes del Caos..., sí, creo que descubrí algunas cosas...

-Espera un momento -interrumpí.

Los filamentos de la luz de la luna habían asumido una apariencia tangible. El perfil de la ciudad era claro. La escalera se hizo visible completamente, aunque en algunos lugares era más borrosa que en otros. Extendí mi mano y toqué el segundo escalón, el tercero-Suave y frío, palpé el cuarto. Pero ante mi presión pareció ceder un poco.

-Casi -le dije a Benedict-. Probaré las escaleras. Prepárate.

Asintió.

Subí los escalones de piedra, uno, dos, tres. Entonces alcé mi pie y lo posé sobre el cuarto. Cedió ligeramente bajo mi peso. Temí levantar el otro pie, así que aguardé, contemplando la luna. Respiré el aire frío a medida que aumentaba el brillo y el sendero sobre las aguas se ensanchaba. Mirando hacia arriba, vi que Tir-na Nog'th perdía parte de su transparencia. Las estrellas se desvanecían detrás de su contorno. En aquel preciso instante, los escalones se hicieron sólidos bajo mi pie. Toda su elasticidad desapareció. Resistirían mi peso. Siguiendo su extensión con la mirada, pude ver la escalera en su totalidad, aquí translúcida, allí transparente, soltando chispas, pero completa, llegando hasta la ciudad silenciosa que flotaba por encima del mar. Alcé mi otro pie y me apoyé en el cuarto escalón. Si quisiera, unos pocos escalones más me llevarían por aquella escalera celestial hacia el lugar donde los sueños son reales, donde las neurosis

caminan y las profecías son dudosas, hacia una ciudad iluminada por la luna llena de deseos y pálida belleza, donde el tiempo se retuerce en sí mismo. Bajé la escalera y contemplé la luna, que se balanceaba sobre el borde húmedo del mundo. Bajo el brillo plateado me concentré en el Triunfo de Benedict.

-La escalera es sólida, la luna se ha alzado -dije.

-De acuerdo. Me pondré en marcha.

Le observé allí de pie, en el centro del Patrón. Alzó la linterna con su mano izquierda y por un momento permaneció inmóvil. Un instante después desapareció, lo mismo que el Patrón. Un segundo más tarde, y estaba dentro de una cámara similar, esta vez fuera del Patrón, al lado del lugar donde comienza. Levantó la linterna por encima de su cabeza y contempló toda la sala. Estaba solo.

Dio media vuelta y caminó hacia la pared, dejando la linterna en el suelo. Su sombra se extendió hasta llegar al Patrón, cambiando cuando él giró y volviendo a su primera posición.

Noté que este Patrón brillaba con una luz más pálida que el de Ámbar..., era de un blanco plateado, sin ese destello azulado que a mí me resultaba tan familiar. Su configuración era la misma, pero la ciudad fantasma proyectaba perspectivas engañosas. Generaba distorsiones -se estrechaba, se agrandaba- que parecían cambiar sin ningún motivo en especial sobre su superficie, como si lo estuviera viendo en su totalidad a través de una lente irregular y no con el Triunfo de Benedict.

Descendí los escalones y volví a sentarme en el más bajo. Seguí observando.

Benedict liberó el seguro de su espada.

-¿Sabes las posibles consecuencias que puede tener el derramamiento de sangre sobre el Patrón? -le pregunté.

-Sí. Ganelón me lo dijo.

-¿Sospechaste alguna vez... esto?

-Nunca confié en Brand -me contestó.

-¿Qué hay sobre tu viaje a las Cortes del Caos? ¿Qué descubriste?

-Este no es el momento, Corwin. Puede aparecer en cualquier instante.

-Espero que no aparezca ninguna visión que te distraiga -le dije, recordando mi propio viaje a Tir-na Nog'th y el papel que desempeñó Benedict en mi última aventura allí.

Se encogió de hombros.

-Uno les da poder prestándoles atención. Mi atención se concentra en un sólo asunto esta noche.

Giró, dando un vuelta completa, contemplando cada rincón de la cámara, y luego se detuvo.

-Me pregunto si sabe que estás ahí.

-Tal vez. Importa poco.

Asentí. Si Brand no aparecía, habríamos ganado un día. Los guardias vigilarían los otros Patrones, y Piona tendría la posibilidad de demostrar sus propias habilidades en asuntos arcanos, localizando para nosotros a Brand. Entonces lo perseguiríamos. Ella y Bleys ya lo habían detenido una vez. ¿Podría hacerlo sola ahora que Bleys no estaba disponible? ¿Habría encontrado Brand a Bleys? De todas formas, ¿para qué demonios quería Brand ese poder? Entendía su deseo por el trono. Sin embargo..., estaba loco, dejémoslo ahí. Era una desgracia, pero así estaban las cosas. ¿Fue hereditario o se debió a las circunstancias? Todos nosotros, hasta cierto punto, estábamos locos en lo que implicaba al trono. Para ser honesto, tenía que ser una especie de locura, ya que aún teniendo tanto luchábamos tan amargamente por conseguir una mínima ventaja sobre los demás. Lo que ocurría es que él llevaba esta tendencia a su extremo, y eso era todo. El parecía una caricatura de esta manía que albergábamos en nuestro interior. Desde este punto de vista, ¿importaba algo quién de nosotros fuera el traidor?

Sí, sí importaba. El fue el quien actuó. Loco o no, había ido demasiado lejos. Eric, Julián o yo nunca habríamos hecho lo que él hizo. Incluso Bleys y Piona se habían retirado de sus planes cada vez más peligrosos. Gérard y Benedict estaban por encima nuestro -moralmente, en madurez, en lo que fuera-, ya que ellos se habían automarginado de la lucha por el poder. Random cambió mucho en estos años. ¿Sería que los hijos del unicornio necesitaban eras para madurar? ¿Acaso todos maduramos pero, por alguna razón, Brand quedó a un lado? ¿O con sus actos Brand nos ayudaba a madurar? Como sucede con la mayoría de las preguntas, el único beneficio radicaba en formularlas, y no en la respuesta. Todos éramos tan parecidos a Brand que este hecho me provocaba un miedo que ningún otro pensamiento conseguía. Pero sí, importaba. Fueran cuales fueren las razones, él fue el quien actuó.

La luna estaba más alta, y su visión se superponía a mi contemplación interior de la cámara del Patrón. Las nubes seguían cambiando, remolineando alrededor de la luna. Pensé en decírselo a Benedict, pero sólo lo distraería. Por encima mío, Tir-na Nog'th se deslizaba como un arca supernatural sobre los mares de la noche.

... Y repentinamente apareció Brand.

Instintivamente, mi mano se dirigió a la empuñadura de Grayswandir, a pesar del hecho de que una parte de mí se dio cuenta desde el principio de que él se encontraba enfrente del Patrón donde estaba Benedict en una oscura cámara que flotaba en el cielo.

Mi mano cayó de nuevo. Benedict se había dado cuenta de la presencia intrusa enseguida, y se volvió para enfrentarla. No tocó su arma, sólo miró más allá del Patrón hacia nuestro hermano.

Uno de mis miedos fue que Brand apareciera directamente detrás de Benedict y lo apuñalara por la espalda. Yo no lo hubiera intentado, ya que incluso en la muerte los reflejos de Benedict hubieran podido acabar con su atacante. En apariencia, Brand tampoco estaba tan loco.

Brand sonrió.

-Benedict -dijo-. Qué extraño... Tú..., aquí.

La Joya del Juicio colgaba de su cuello como un fuego.

Todavía sonriendo, Brand desabrochó la hebilla del cinturón de su espada y dejó que su arma cayera al suelo. Cuando los ecos murieron, comentó:

-No soy estúpido, Benedict. Todavía no ha nacido ningún hombre que te pueda batir con la espada.

-No la necesito, Brand.

Brand empezó a caminar, lentamente, alrededor del contorno del Patrón.

-Y sin embargo la llevas como un sirviente del trono, cuando podrías haber sido rey.

-Eso nunca tuvo prioridad en la lista de mis ambiciones.

-Es verdad -se detuvo, a mitad de camino del Patrón-. Leal, automarginado. No has cambiado nada. Es una lástima que Papá te condicionara tan bien. Podrías haber llegado muy lejos.

-Tengo todo lo que quiero -dijo Benedict.

-... Fuiste apartado demasiado pronto.

-Brand, no podrás abrirte camino con tus palabras. No hagas que te lastime.

Con la sonrisa todavía en su rostro, Brand lentamente avanzó otra vez. ¿Qué intentaba? No veía clara su estrategia.

-Sabes que puedo hacer lo que otros no pueden -comentó Brand-. Si hay algo que desees y piensas que no puedes conseguir, esta es tu oportunidad de alcanzarlo. He aprendido cosas que no creerías.

Benedict esbozó una de sus contadas sonrisas.

-Has elegido el camino equivocado -observó-. Puedo caminar hacia lo que desee.

-¡Sombras! -se burló Brand, deteniéndose nuevamente-. ¡Cualquiera de los otros puede atrapar un fantasma! ¡Hablo de la realidad! ¡De Ámbar! ¡Del poder! ¡Del Caos! ¡No de un sueño hecho realidad, de un sucedáneo!

-Si hubiera querido más de lo que tengo, sabía lo que tenía que hacer. No lo hice.

Brand se rió, y avanzó de nuevo. Había adelantado un cuarto del camino alrededor de la periferia del Patrón. La Joya ardía más brillante. Su voz sonó metálica.

-Eres un tonto. ¡Llevas tus cadenas porque quieres! Pero si no deseas poseer nada y el poder no te atrae, ¿qué me dices del conocimiento? He aprendido el último saber de Dworkin. Y continué solo desde ahí y pagué oscuros precios para penetrar en los secretos del universo. Puede ser tuyo sin pagar nada.

-Habría un precio -contestó Benedict-, uno que yo no querría pagar.

Brand movió la cabeza y se sacudió el pelo. La imagen del Patrón entonces se hizo borrosa cuando la franja de una nube pasó por delante de la luna. Tir-na Nog'th se-desvaneció ligeramente, retornando luego a la solidez.

-Es verdad..., lo dices de verdad -observó Brand, sin notar la momentánea transparencia-. No te tentaré más. Pero tenía que intentarlo -se detuvo otra vez, contemplándolo-. Eres una persona demasiado competente para que desperdicies tu vida en el caos de Ámbar, defendiendo algo que obviamente se desmorona. Ganaré, Benedict. Borraré Ámbar y la construiré de nuevo. El viejo Patrón desaparecerá y yo trazaré el mío propio. Puedes estar conmigo. Te quiero a mi lado. Construiré un mundo perfecto, uno que tenga un acceso más directo a/y desde la Sombra. Unificaré Ámbar con las Cortes del Caos. Haré que ese reino se extienda directamente a través de toda la Sombra. Tú mandarás nuestras legiones, las fuerzas militares más poderosas jamás reunidas. Tú...

-Si tu nuevo mundo va a ser tan perfecto como dices, Brand, no habrá necesidad de legiones. Si, por otro lado, refleja la mente de su creador, entonces creo que será peor que el que tenemos ahora. Gracias por el ofrecimiento, pero me quedo con el reino que ya existe.

-Eres un tonto, Benedict. Uno con buenas intenciones, pero igualmente tonto.

Avanzó otra vez como al descuido. Se encontraba a quince metros de Benedict. A diez... Siguió avanzando. Finalmente se detuvo a unos siete metros, enganchando sus pulgares dentro del cinturón para mirarle. Benedict clavó sus ojos en él. Yo comprobé de nuevo la situación de las nubes. Una gran masa se deslizaba hacia la luna. No me preocupé, ya que si era necesario podría sacar a Benedict de allí. No valía la pena molestarlo en ese momento por las nubes.

-¿Por qué no te acercas y me partes en dos? -preguntó al fin Brand-. Desarmado como estoy, no te resultaría difícil. Y el hecho de que por nuestras venas corra la misma sangre no cambia nada, ¿verdad? ¿Qué esperas?

-Ya te dije que no deseo lastimarte -replicó Benedict.

-Y sin embargo lo harás si intento pasar a tu lado.

Benedict sólo asintió.

-Admite que me tienes miedo, Benedict. Todos me teméis. Incluso cuando me acerco desarmado, algo se te retuerce en las entrañas. Ves la confianza que tengo y no lo entiendes. Debes tener miedo.

Benedict no contestó.

-... Y temes mi sangre en tus manos -continuó Brand-, temes mi maldición de muerte.

-¿Temiste tú la sangre de Martin en las tuyas? -preguntó Benedict.

-¡Esa marioneta bastarda! -exclamó Brand-. No es uno de nosotros verdaderamente. Sólo fue un instrumento.

-Brand, no deseo matar a un hermano. Dame ese adorno que llevas alrededor del cuello y regresa conmigo a Ámbar. Todavía no es demasiado tarde para arreglar la situación.

Brand echó atrás la cabeza y se rió.

-¡Oh, qué palabras tan nobles! ¡Qué nobleza, Benedict! ¡Cómo un verdadero Señor del Reino! ¡Haces que me avergüence con tu exquisita virtud! ¿Y todo a causa de qué? -tocó la Joya del Juicio-. ¿Esto? -volvió a reírse y se adelantó-. ¿Esta baratija? ¿Si te la entrego nos podrá dar paz, amistad, orden? ¿Redimirá mi vida?

Se detuvo de nuevo, ya estaba a tres metros de Benedict. Alzó la Joya entre sus dedos y la contempló.

-¿Sabes el verdadero poder que tiene esto? -dijo.

-Basta de... -comenzó Benedict, y la voz se le ahogó en la garganta.

Brand rápidamente dio otro paso. La Joya brillaba intensamente. La mano de Benedict había comenzado a dirigirse a su espada, pero no la alcanzó. Estaba rígido, como si repentinamente se hubiera transformado en una estatua. Entonces comprendí, pero ya era demasiado tarde.

Nada de lo que dijo Brand tenía la menor importancia. Sólo fue una distracción mientras buscaba cautamente la frecuencia adecuada. Sí, estaba parcialmente sintonizado con la Joya, y el control limitado que ésta le daba le permitió paralizar a Benedict. Eran efectos que yo desconocía, pero de los que él estuvo al tanto en todo momento. Brand, premeditadamente, arribó a cierta distancia de Benedict, probando la Joya, acercándose, probándola de nuevo, hasta que encontró el lugar desde el cual pudo afectar al sistema nervioso de Benedict.

-Benedict -dije-, será mejor que vengas conmigo inmediatamente.

Y concentré mi voluntad, pero él no se movió ni replicó. Su Triunfo aún funcionaba, yo sentía su presencia, y podía observar los acontecimientos, pero no llegaba hasta él. La Joya obviamente estaba afectando a algo más que su sistema motriz.

Observé de nuevo las nubes. Crecían, dirigiéndose hacia la luna. Parecía que pronto la ocultarían. Si cuando esto ocurriera yo no sacaba a Benedict de allí, caería al mar tan pronto como la luz quedara bloqueada y la ciudad se desvaneciera. ¡Brand! Si se daba cuenta de esto, usaría la Joya y disiparía las nubes. Pero si lo hacía, probablemente tendría que soltar a Benedict. No creí que lo hiciera. Pero... Las nubes parecieron detenerse. Posiblemente no podría ponerlo en práctica, pero de todas formas saqué el Triunfo de Brand.

-Benedict, Benedict -dijo Brand-, ¿para qué sirve el mejor espadachín vivo si no puede empuñar la espada? Te dije que eras un tonto. ¿Pensaste que me dirigiría gustoso a mi muerte? Tendrías que haber confiado en el miedo que seguro sentiste. Tendrías que haber sabido que no entraría aquí sin alguna garantía. No te mentí cuando te dije que ganaría. Pero te eligieron bien, ya que eres el mejor. Ojalá hubieras aceptado mi oferta. Pero ya no importa. No me podéis detener. Ninguno de los otros tiene alguna posibilidad, y una vez que tú hayas muerto todo será más fácil.

Metió la mano en su capa y sacó una daga.

-¡Benedict, súbeme! -grité, pero fue en vano. No obtuve ninguna respuesta, no le quedaba fuerza para transportarme allí.

Cogí el Triunfo de Brand. Recordé la batalla mental que sostuve con Eric. Si pudiera atacar a Brand a través de su Triunfo, tal vez rompiera lo suficiente su concentración y Benedict quedaría libre. Concentré todas mis facultades en la carta, preparándome para un masivo asalto mental.

No ocurrió nada. El camino estaba helado y oscuro.

Su concentración ahí arriba, la unión mental con-la Joya, debía ser tan completa que yo no podía atravesarla. Todas mis posibilidades estaban bloqueadas.

Súbitamente la escalera se hizo más pálida y rápidamente miré a la luna. Un grupo de nubes había cubierto una parte de su cara. ¡Maldición!

Devolví mi atención al Triunfo de Benedict. Recuperé el contacto, aunque despacio, lo que me indicó que en algún lugar, muy en su interior, Benedict todavía era consciente. Brand se había acercado un paso más y todavía se burlaba. La Joya, en su pesada cadena, ardía con la luz que evidenciaba su uso. Se encontraban a unos tres pasos de distancia. Brand jugaba con la daga.

-... Sí, Benedict -decía-, seguramente habrías preferido caer en la batalla. Pero, por otro lado, míralo como una especie de honor... un honor iniciático. En ciertos aspectos, tu muerte permitirá el nacimiento de un orden nuevo...

Por un instante, el Patrón desapareció detrás de ellos. No podía apartar mis ojos de aquella escena como para examinar la luna. Allí, dentro de las sombras y la parpadeante luz, mientras le daba la espalda al Patrón, Brand no lo notó. Avanzó otro paso.

-Pero acabemos con esto -comentó-. Me espera una ardua tarea, y la noche envejece.

Se acercó más y bajó el puñal.

-Buenas noches, dulce Príncipe -dijo, aproximándose para asestarle el golpe.

En aquel momento, el extraño brazo metálico de Benedict, traído de aquel lugar de sombra y plata y luz de luna, se movió con la velocidad de una serpiente atacando. Esa cosa resplandeciente -de planos metálicos como las facetas de una gema, y su muñeca construida con un maravilloso conglomerado de cables de plata, salpicada de pecas de fuego, estilizada, esquelética, un juguete suizo, un insecto mecánico, funcional, mortal, hermosa a su manera- se lanzó hacia adelante con una velocidad que no pude seguir, mientras que el resto de su cuerpo permaneció inmóvil, como una estatua.

Los dedos mecánicos cogieron la cadena de la Joya alrededor del cuello de Brand. Inmediatamente el brazo tiró hacia arriba, alzando a Brand a una buena distancia del suelo. Brand soltó la daga y se cogió el cuello con las dos manos.

Detrás suyo, el Patrón se desvaneció una vez más. Retornó con un brillo mucho más pálido. El rostro de Brand a la luz de la linterna era una aparición horrible y retorcida. Benedict seguía congelado, manteniéndolo en alto, inmóvil: un palo de horca humano.

El Patrón se hizo más tenue. Encima mío, los escalones comenzaron a desaparecer. La luna estaba oculta a medias.

Contorsionándose, Brand alzó los brazos por encima de su cabeza, cogiendo la cadena por cada extremo de la mano de metal que la sostenía. El era fuerte, como lo somos todos nosotros. Vi que sus músculos se hinchaban, endureciéndose. Por ese entonces su cara se había oscurecido y su cuello era una masa de cables en tensión. Se mordió el labio; la sangre chorreó por su barba mientras tiraba de la cadena.

Con un agudo chasquido la cadena se partió y Brand cayó al suelo jadeando. Giró una vez, agarrándose el cuello otra vez con las dos manos.

Lenta, muy lentamente, Benedict bajó el extraño brazo. Todavía sostenía la cadena y la Joya. Dobló su otro brazo. Suspiró profundamente.

-¡Benedict! -grité-. ¿Me oyes?

-Sí -murmuró, y comenzó a hundirse en el suelo.

-¡La ciudad está desapareciendo! ¡Tienes que salir de ahí inmediatamente!

Extendí mi mano.

-Brand... -dijo, dando media vuelta.

Pero Brand también se hundía, y vi que Benedict no lo alcanzaría. Agarré la mano izquierda de Benedict y tiré. Ambos caímos al suelo en la elevada cresta de Kolvir.

Le ayudé a ponerse de pie. Luego los dos nos sentamos sobre la piedra, en silencio. Volví a mirar al cielo, Tir-na Nog'th había desaparecido.

Pensé en todo lo que había ocurrido aquel día de manera tan repentina. Me sentí dominado por el cansancio, y comprendí que mis energías estaban a punto de agotarse por completo, que necesitaba dormir. Apenas podía pensar. Recliné una vez más la cabeza contra la piedra, contemplando las nubes y las estrellas. Las piezas..., las piezas que deberían encajar si sólo se las colocaba de manera adecuada, presionando lo justo, en ese momento se retorcían y movían arbitrariamente, casi por propia voluntad...

-¿Crees que ha muerto? -preguntó Benedict, sacándome del ensueño parcial en el que estaba sumido, donde las formas comenzaban a cobrar solidez.

-Probablemente -contesté-. Físicamente no se encontraba bien cuando la ciudad se desmoronó.

-Era una larga caída. Tal vez logró escapar de la misma manera en que llegó.

-Ahora mismo apenas importa -comenté-. Le has arrancado los colmillos.

Benedict gruñó. Todavía sostenía la Joya, que en ese momento era de un rojo mucho más apagado que antes.

-Cierto -dijo finalmente-. El Patrón ahora está a salvo. Desearía... Desearía que en algún momento, hace mucho tiempo, algo que se dijo no hubiera sido dicho, algo que se hizo no hubiera sido hecho. Algo que, si lo hubiéramos sabido, le habría permitido crecer de otra manera, ayudándole a convertirse en otro hombre y no en la cosa amargada y retorcida que vi ahí arriba. Siento que se ha desperdiciado una persona que pudo ser diferente.

No le contesté. Lo que dijo podía ser cierto, o no. Tampoco importaba. Brand tal vez se encontrara en un estado casi psicótico, sea cual fuere el significado de eso, pero, una vez más, quizás no. Siempre hay un motivo. Cuando algo se arruina, cuando un acontecimiento terrible ocurre, hay una razón para ello. Sin embargo, todavía tienes en tus manos una situación arruinada y terrible, y explicarla no la remediará en nada. Si alguien comete un acto realmente atroz, hay una razón para que lo haga. Descúbrela si te interesa, y así descubrirás porqué es un hijo de perra. Pero lo importante es el hecho que queda.

Y ese hecho no lo cambiará ningún psicoanálisis póstumo. La gente nos juzga por los actos que hacemos y sus consecuencias. Cualquier otra interpretación que busques, sólo te ayudará a tener un sentimiento gratuito de superioridad moral, pensando cómo tú no lo habrías hecho de haber estado en su lugar. Por lo que creo que es mejor dejárselo al cielo. Yo no estoy cualificado.

-Deberíamos regresar a Ámbar -comentó Benedict-. Queda mucho por hacer.

-Espera -pedí.

-¿Por qué?

-He estado pensando.

Como no continué, finalmente me preguntó:

-¿Y…?

Jugué lentamente con mis Triunfos, guardando el suyo y el de Brand.

-¿No te has hecho ninguna pregunta acerca de ese nuevo brazo que llevas? -pregunté.

-Por supuesto. Lo trajiste tú de Tir-na Nog'th en circunstancias inusuales. Me encaja bien. Funciona. Y esta noche demostró su valor.

-Exactamente. ¿Pero no parece demasiado creer que esto último ha sido una mera coincidencia? Era la única arma que te daba una oportunidad contra la Joya ahí arriba. ¿Y dio la casualidad que era parte de ti… y justo tú fuiste la persona que estaba allí para usarla? Retrocede y piensa, y avanza de nuevo. ¿No hay por medio una extraordinaria -no, ridícula- cadena de coincidencias?

-Si lo explicas de esa manera… -observó él.

-Lo hago. Y tú te das cuenta, igual que yo, que hay algo oculto en este asunto.

-De acuerdo. Te lo concedo. ¿Pero cómo? ¿Cómo se hizo?

-No tengo ni idea -contesté, sacando la carta que hacía mucho, mucho tiempo que no miraba, sintiendo su frialdad bajo la yema de mis dedos-, pero el método no es importante. Has formulado la pregunta equivocada.

-¿Qué tendría que haber preguntado?

-No «¿Cómo?», sino «¿Quién?»

-¿Crees que un ser humano arregló toda esta serie de sucesos, desde el principio hasta la recuperación de la Joya?

-No lo sé. ¿Qué es humano? Pero estoy convencido de que alguien que los dos conocemos ha regresado y está detrás de todo.

-Muy bien. ¿Quién?

Le mostré el Triunfo que tenía en la mano.

-¿Papá? ¡Eso *es* ridículo! Tiene que estar muerto. Ha pasado tanto tiempo.

-Sabes que él posee la capacidad para planearlo. Es así de retorcido. Y nunca entendimos todos sus poderes.

Benedict se puso de pie. Se estiró, sacudiendo la cabeza.

-Creo que se te han enfriado las ideas, Corwin. Volvamos a casa.

-¿Sin comprobar mi presentimiento? ¡Vamos! Eso es muy poco deportivo. Siéntate y concédeme un minuto. Probemos con su Triunfo.

-Ya se habría puesto en contacto con alguien.

-No lo creo. De hecho... Ven. Concédeme ese placer. ¿Qué perdemos?

-De acuerdo. ¿Por qué no?

Se sentó a mi lado. Sostuve el Triunfo donde los dos pudiéramos verlo. Concentramos nuestras miradas. Lancé mi mente en busca del contacto. Se produjo casi inmediatamente.

Cuando nos miró, sonreía.

-Buenas noches. Ha sido un buen trabajo -dijo Ganelón-. Estoy satisfecho de que hayáis recuperado mi colgante. Pronto me hará falta.